

The book cover features a vertical, abstract background with a color palette of purples, blues, and browns, resembling a textured surface or a close-up of a material. The text is centered and arranged vertically.

**Alberto Kaplan**

**HISTORIAS  
CON CRISTIANOS,  
JUDÍOS E INCRÉDULOS**

**Nuevohacer**  
Grupo Editor Latinoamericano

Alberto Kaplan nació en Buenos Aires, inició la escuela primaria en Tucural, provincia de Santa Fe, y la completó en el barrio porteño del Once. Cursó la secundaria en el Colegio Nacional de Buenos Aires, y se graduó en la Facultad de Medicina de la UBA. Evoca con emoción a sus maestros Ricardo Finochietto en la Escuela Quirúrgica Municipal para Graduados, y Earl Walker en la Universidad Johns Hopkins de Baltimore, Estados Unidos, en cuyo hospital fue médico residente entre 1952 y 1954.



Es miembro fundador del Colegio Argentino de Neurocirujanos y de la Asociación Argentina de Neurocirugía, de la que fue el primer secretario. Fue neurocirujano del Hospital Rawson, del Hospital Israelita y del Sanatorio Güemes de Buenos Aires. Contribuyó a educar a varias generaciones de médicos como docente de la Facultad de Medicina de la UBA. Dictó cursos y concurrió a congresos de su especialidad en el país y en muchas partes del mundo, y expuso su experiencia en publicaciones nacionales y extranjeras.

Participó en numerosos certámenes literarios y obtuvo una mención en las jornadas de la Asociación de Médicos Municipales el año 2005. Su ensayo autobiográfico Memoria de un médico mereció una Faja de Honor de la Sociedad Argentina de Escritores en 1994. El libro de cuentos La Mira en Andrómeda vio la luz en Buenos Aires, en 1997. Está casado, y tiene cuatro hijos y once nietos.

Para la Fundación Wallenberg  
Condulmit  
Alberto Kaffer  
octubre 5 '09

**HISTORIAS CON  
CRISTIANOS,  
JUDÍOS E  
INCRÉDULOS**

Edición digital exclusiva de



ALBERTO KAPLAN

HISTORIAS CON  
CRISTIANOS,  
JUDÍOS E  
INCRÉDULOS

N u e v o   h a c e r

Grupo Editor Latinoamericano

Kaplan, Alberto

Historias con cristianos, judíos e incrédulos. la ed. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano, 2009. 160 p. ; 22x14 cm. (Escritura de hoy)

ISBN 978-950-694-853-5

1. Narrativa Argentina. I. Título CDD A863

Fecha de catalogación: 28/08/2009

O 2009 by Alberto Kaplan <2> 2009 de la primera edición by Grupo Editor Latinoamericano S.R.L., Avda. Santa Fe 1615, PB "A", (1060) Buenos Aires, Argentina. Tel./Fax: 4813-1342 grupo.editor@yahoo.com.ar

Çjueda hecho el depósito que dispone la ley 11.723.

Impreso y hecho en la Argentina, printed and made in Argentina.

*Colaboraron en la preparación de este libro:*

Diseño de tapa: Pablo Barragán. Composición armado: LM. Impresión y encuadernación: ES. del Cuarto Mundo. Se utilizó para el interior papel Obra Boreal de 80 g y para la tapa cartulina de 280 g, provistos por Papelera Alsina SA

*"Del hablador aprendí a callar; del fanático a ser indulgente, y del malévolo a tratar con amabilidad. Y por curioso que parezca, no siento ninguna gratitud hacia esos maestros. Descubrí el secreto del mar meditando sobre una gota de rocío."*

**Yibrán Jalil Yibrán**

## LA TRINIDAD DE MATEO BENEGAS

"Los ateos, los humanistas, los escépticos, los libre-pensadores imaginan el día que el mundo se libraré de Dios y de la religión, pero tienen tantas posibilidades de realizar su sueño como los anarcocapitalistas que prevén el fin de los gobiernos y la privatización de todo el mundo."

**Michael Shermer**

Por razones que sin duda esgrimió la izquierda del consejo universitario, mi cátedra de Historia de las Religiones iba a concursarse cada cinco años a pesar de ser yo el único intelectual capaz de ejercerla en nuestro país.

Nadie ignora que es imposible regresar a una carrera académica cuando se ha salido de ella, por lo cual decidí aceptar el desafío de mis colegas envidiosos demoliendo todos sus argumentos.

Pero mal que me pesara, debería aplazar la publicación de mi libro *San Agustín de Hipona y la Santísima Trinidad posmoderna*, una síntesis prudente y medulosa de lo que entiendo hubieran sido las opiniones del Santo si el Señor le hubiera ordenado cumplir su vida terrenal

en nuestro tiempo. Admití que algunas de mis opiniones, bien fundamentadas por cierto, podrían interpretarse como una crítica a las enseñanzas de nuestra Santa Madre, que no cabrían en la pluma de un profesor de historia de las religiones, de modo que no lo pensé más y el Sábado de Pascuas coloqué los manuscritos junto a la chimenea y le ordené a Lucas, mi secretario, que se deshiciera de ellos.

— Seguro, profesor —prometió mirándome de reojo.

— ¡Inmediatamente! —insistí.

— ¡No querrá que vuelen por el aire las hojas chamuscadas y se ensucien las bibliotecas y las alfombras! —me advirtió.

— No importa. ¡Tienen que desaparecer!

— ¡Marta me prohibió que hiciera arder papeles en la estufa-hogar!

— Pedile a esa mujer que se limite a trabajar como ama de llaves.

— Sí, profesor.

— ¡En esta casa mando yo!

— Los llevaré al horno de la calefacción.

— ¡Ya mismo!

Una hora después subí al último peldaño de la escalera para bajar un tomo de Borges, y detrás de los volúmenes bien ordenados encontré un envoltorio con los textos que tanto quería destruir.

— Ya me va a escuchar el muy... —prometí mientras tomaba con las dos manos el paquete.

Perdí el equilibrio, hice una pirueta en el aire e ignoro lo que sucedió después.

Siempre me intimidaron los viajes dentro o fuera del país y, desde que vivo en Dolores, me limito a visitar una vez por año el santuario de Lourdes acompañando al arzobispo de La Pampa, Salustiano Carámbano, mi antiguo confesor.

Para mí el turismo es un invento de la gente desocupada que no sólo deteriora las playas de Mar del Plata sino que también ahuyenta la fauna de la Reserva Ecológica, destruye



las pistas del Cerro Catedral o impulsa la prostitución en los bosques de Palermo.

Admito que las vacaciones no son ya un privilegio de los ricos y que los paquetes internacionales se convirtieron en el principal ingreso de muchas regiones empobrecidas, pero no justifico la avidez de las empresas que lucran con el dinero de la gente.

Opté entonces por prescindir de las ofertas consumistas organizando el viaje por mi cuenta y riesgo. Un día hice girar el globo terráqueo inmóvil desde hace tiempo sobre el escritorio y, cerrando los ojos, lo detuve con el índice en un lugar cualquiera que resultó ser una isla diminuta del Atlántico cerca de África: Edenia. Ese sería mi objetivo.

Llamé a la oficina de Aerolíneas Argentinas para reservar el boleto pero un empleado de mal humor me informó que se habían suspendido los vuelos directos, que patatín que patatán, la recesión, la gente más cuerda de lo que parece, el servicio con escasa aceptación del público, etcétera, etcétera.

En resumen, estaba obligado a partir de Ezeiza, aterrizar inevitablemente en Senegal e ingeniármelas para alcanzar mi destino por vía marítima.

Tardé una semana en preparar el equipaje sin olvidar el cepillo de dientes, las píldoras para la diarrea y los comprimidos contra el reuma del doctor Clisterio, mi médico de cabecera.

Días después, un Boeing 707 me depositó en Dakar luego de ocho interminables horas de vuelo y más muerto que vivo avancé hacia la aduana donde por poco me quitan la ropa para asegurarse de que no transportaba mercaderías prohibidas.

Los guardias me confiscaron un tomo de Rabelais porque no lograron ubicar el libro en la lista de los admitidos en el país, lo arrojaron a un canasto y decomisaron mis remedios y un relicario de mamá con un trozo del hábito de San Bartolomé antes de que lo despellejaran en Albanópolis. Tuvieron asimismo el descaro de extender un recibo para reclamar mis pertenencias al regreso y me exigieron firmar una declaración donde juraba no realizar actividades subversivas.

Estaba seguro de no recuperar mis píldoras, el libro ni el relicario, precioso recuerdo éste de mi madre en su lecho de muerte. Mamá me rogó que lo cuidara como la niña de mis ojos porque había recibido la bendición de San Inocencio quien, como se sabe, condenó al pelagianismo por afirmar que la libertad es decisiva para lograr la perfección humana y por refutar la trascendencia de la Gracia Divina y la Redención.

Pelagio negaba el pecado original y la necesidad de bautizar a los niños. La corrupción humana no es innata, afirmaba, sino debida a los malos ejemplos y nada tiene que ver con ella la caída de Adán. Quienes conducen una vida ejemplar apelan al libre albedrío, a la razón, a la conciencia, y van al cielo por sus propios méritos. La fe y el dogma casi no importan, sostenía Pelagio equivocadamente, porque la esencia de la religión es la acción moral.

Los inspectores sólo me permitieron reanudar el camino luego de embolsar los cinco dólares que había colocado ex profeso en la valija. Salí a la calle, le hice señas a un taxi que parecía haber cumplido ya su misión en la Tierra y le indiqué al chofer que me llevara al puerto. Me explicó en su jerga que no hablaba castellano. Repetí varias veces la palabra puerto, muy parecida a su equivalente francés, y me condujo al embarcadero donde un enorme cartel anunciaba:

### *VISITEZ EDENIA, LE PARADISE DU TROPIQUE*

Compré un boleto y me senté en la proa del *Sweet Sue*, un catamarán listo para hacerse a la mar cargado de pasajeros.

La embarcación se deslizó suavemente hasta el final de la escollera donde las olas comenzaron a batir los costados inclinándonos a babor y estribor. Me había puesto de rodillas implorando la ayuda del Señor, claro está, en mi idioma materno, cuando escuché una voz grave y serena:

— En Edenia hablamos *afrkolfrancoespangloportuguesio*, pero todos dominamos el español. ¿Es éste su primer viaje?

— Sí, señor. Soy un turista ecológico. Recorro el mundo por mi cuenta y riesgo para no dañar la naturaleza y, además...

— ¡Bravo! —me interrumpió—. Debemos preservarla a toda costa para transmitirla a los hijos tal como la recibimos de nuestros antepasados.

Me contó que la isla había sido habitada por diversas etnias africanas antes de que llegaran los invasores blancos que sometieron a los antiguos pobladores. En 1530, los españoles conquistaron el país e impusieron el idioma de Castilla y la religión católica, pero la fe no impidió que Edenia se transformara en un centro del comercio de esclavos, lo cual produjo una notoria prosperidad y atrajo el interés de los holandeses, franceses, portugueses e ingleses...

— A Dios rezando y con el mazo dando —recordé.

— ... hasta que se restringió el mercado.

— *Simius per argentum bailat* —repliqué con una traducción libre del aforismo español.

El pareció comprender y continuó:

— Muchos barcos se abastecían allí durante las guerras, y los marineros realizaban escalas higiénicas en los lupanares, lo cual expandió la síñlis pero renovó la conformación étnica de los pobladores.

— *Meretrix publica toluit pecata mundi* —me persigné.

— El oro de Sudáfrica captó el interés de los británicos que devastaron las granjas boers y confinaron a los civiles en campos de concentración...

— ... no fueron un invento del siglo XX —añadí.

— Los blancos que lograron huir se establecieron en Edenia, pero eran protestantes calvinistas y, para ellos, ¡vivir entre negros!...

Observé detenidamente a los viajeros. Había una docena de caucásicos vestidos a la europea pero los demás tenían rasgos africanos, usaban túnicas blancas y sandalias de cáñamo.

De pronto, una anciana comenzó a vociferar en la proa batiendo el parche de un tamboril mientras dos tripulantes intentaban disuadirla:

— ¡*Trancuilipas!* ¡*Calmación!* ¡*Espece de brute!* ¡*Velha de merde!*

Ante su manifiesta terquedad, la alzaron en vilo pero ella lanzó un chillido y cayó sobre la cubierta en medio de horribles convulsiones. Un chamán la cubrió con hojas de zarzaparrilla, sapos desecados y colas de zorro gris, al tiempo que unos jóvenes aumentaban los decibeles de un disco compacto de María Callas, lo cual pareció sacar a la mujer de su letargo mientras un quiropráctico le tomaba la cabeza y zamarreaba las vértebras cervicales.

Acabábamos de avistar tierra firme, el mar estaba calmo y un sol radiante iluminaba el paisaje. Poco a poco, la tripulación ordenó los bultos esparcidos en la cubierta y se escucharon expresiones de confraternidad:

— *¡A guda fortuna mi frendo! ¡Olvidemus nijt pra portar a home! ¡Chirlos na molhe and piquenhos! ¡Mercis miles!*

Descendí por la planchada satisfecho de encontrarme por fin en tierra firme y deposité la valija en el baúl de un *Renault* del 73 que me zarandé por las calles empedradas hasta el hotel *African Palace*, un edificio de dos plantas rodeado de cabañas dispersas entre wisterias, buganvillas, hibiscos, bigonias y floripondios.

— *¿Do you haue a reservation?* —me preguntó un empleado rubio y motoso.

— No entiendo una jota de inglés —le advertí.

— *¿Reseruazión, reservatzia, re ser... ?*

— No —lo interrumpí secamente.

— Le costará un millón de pesos edenios por día —me anunció luego en castellano, poniendo los ojos en blanco.

— ¿Un millón...? —casi caigo desmayado.

— No se preocupe. Equivale a diez dólares en la moneda del país.

Un ordenanza se hizo cargo de la valija y me acompañó al cuarto.

— Muy bonito —comenté mientras examinaba la cama de bronce de dos plazas, las consolas, el ropero con un espejo largo, la cómoda, el ventilador de techo, la mesa y las sillas de baobab.

En un rincón habían instalado una bañera, un inodoro y un recipiente con una ducha invertida que, según me informó el muchacho, llaman bidé y se usa para lavar las piernas.

— ¿Lo inventaron ustedes? —pregunté.

— Creo que los franceses.

— Mi nombre es Tomás —añadió—, Tomás Iscariote. Papá se llama Judas y es profesor de Filosofía. Trabajo aquí para pagar mis estudios.

Cuando se retiró traté en vano de acomodar mis pertenencias en el ropero. Apreté el timbre y se presentó una doncella:

Para servir a usted —me dijo con una sonrisa que descubrió dos hileras de dientes impecables enmarcados por labios firmes y carnosos.

Me senté en la cama admirando discretamente la armonía de sus curvas de gacela, las nalgas abultadas y los pechos prominentes que se movían con gracia mientras acomodaba los cajones. De pronto ordenó que me desvistiera. Me ruboricé pero antes de que pudiera evitarlo me puso como Adán sin que la perturbara mi desnudez, me condujo a la bañera y comenzó un lento proceso de higiene que no dejó área alguna sin asear escrupulosamente.

— ¡Dónde fueres, haz lo que vieres! —recordé sin molestar a la intrusa.

Pensé que se trataba de un servicio habitual en Edenia y lo asocié con la costumbre bíblica de lavar los pies de los peregrinos, práctica que hasta hoy cultivan el Santo Padre y los obispos como símbolo de amor al prójimo.

La dejé hacer pese al riesgo de infringir el precepto evangélico de la castidad que, como se sabe, no es obligatoria para alcanzar la gracia divina. Temiendo perderla, sin embargo, pensé que mirar no era pecado puesto que, de ser así, dejaríamos de ser castos ante la contemplación de las obras de arte, los desnudos por ejemplo, en los que con tanta prudencia ocultamos lo que ofende el decoro en los lugares de culto.

La joven se quitó la ropa mojada. Ciertos cambios en mi anatomía no parecieron amilantarla, me hizo salir de la bañera, me arrojó de espaldas en la cama y se sentó a horcajadas sobre mis partes tumefactas iniciando unos

movimientos rítmicos que alcanzaron un apogeo compartido. Caí entonces en la cuenta de que la mujer me había obligado a mantener una relación carnal abusándose de mi timidez e ignorancia de las costumbres del país.

— Placer sin pecado —me tranquilicé—. No incurre en falta quien realiza un acto repudiable en contra de su voluntad. ¿Por qué sería menos pecaminoso ocuparse de las extremidades inferiores del andariego que de su cola expuesta también a las inclemencias del camino?

Juré poner mi alma en orden, me hincé de rodillas y oré por la joven quien, un tanto asombrada, saltó de la cama, se higienizó en el bidé e hizo lo propio con mis genitales utilizando una esponja.

— ¿No sirve la lluvia invertida para lavarse las piernas? —le pregunté.

— ¿A quién se le ocurre tamaño disparate?

— Gracias por tu ayuda —atiné a decir—. ¿Cómo te llamas?

— Magdalena —me contestó—. Mi madre admiraba a la Santa que ungió los pies del Señor. Mi padre era un marino inglés. ¿Ordena algo más el caballero? Llámeme si me necesita.

Dormí un par de horas y volví a la entrada principal:

— Buenas noches —me saludó Tomás Iscariote—. ¿Quiere darse un chapuzón en el mar?

— Estoy cansado, olvidé mi traje de baño y nado muy mal —le contesté.

— Pues aquí nos metemos al agua como Adán en el Paraíso.

Me tomó la mano y me arrastró literalmente fuera del hotel. No había un alma en la playa. Dejamos la ropa sobre la arena y entramos al mar corriendo. Tomás nadaba como un delfín y yo traté de seguirlo hasta que el agua me llegó el cuello. Le pedí ayuda. Regresamos a donde hacía pie, volvimos juntos a la costa, extendió una toalla y nos acostamos a descansar.

Observé a Tomás de reojo. Era un hermoso mulato de hombros anchos, caderas estrechas y miembros musculosos.

De pronto mi vista se posó en sus partes íntimas. El lo advirtió y yo oculté las mías porque sentí vergüenza de mi cuerpo escuálido y de mi palidez de biblioteca ante ese Adonis africano. Hice un esfuerzo por levantarme pero él lo impidió sentándose sobre la raíz de mis piernas.

— Déjame en paz —le supliqué.

Tuve la sensación de que mi cuerpo se identificaba con el suyo a pesar de mis esfuerzos por huir. Finalmente, aulló y se apartó extenuado. Ya no me sorprendía lo insólito en Edenia, pero este episodio pasaba los límites de lo imaginable:

— Nada de esto debió ocurrir. Te abusaste de mí.

— Creo que fue todo lo contrario.

— Este mulato intentará ahora sobornarme para guardar el secreto —pensé y se lo dije.

— ¿Cuál secreto?

Era una discusión bizantina. Me acompañó al cuarto y manifestó su intención de pasar la noche conmigo.

Dios me acordó la merced de la amnesia y no recuerdo lo que sucedió antes de sumirme en un profundo sopor junto a mi visitante.

Me despertó un golpe de nudillos en la puerta.

Era Magdalena:

— Tomás me contó que jugaron un rato.

Enrojecí de vergüenza. ¿Sabría la verdad? Estaba perdido.

— ¿El señor desea que...?

— Te agradezco pero hoy no —respondí secamente mientras ella desaparecía en el corredor.

Yo no había emprendido el largo viaje a Edenia para convertirme en un objeto sexual.

Pasé una hora distendido en la bañera y salí a recorrer la zona tratando en vano de eludir a Tomás Iscariote:

— ¿Estarás disponible para otro chapuzón?

— No hay por qué publicarlo en los diarios.

— ¡Esa hija de...! —murmuró.

De noche, cuando regresé al cuarto, hallé a Tomás en la cama.

— Déjame descansar un rato a tu lado —me pidió sonriendo.

Acceder fue, por cierto, una tremenda equivocación.

El muchacho apagó la luz, me prodigó mil caricias y me obligó a adoptar la posición de la plegaria mahometana. Traté de escapar, pero Tomás Iscariote me aplastó contra el lecho y de nada valieron mis pedidos de misericordia. Esta vez mi cuerpo quedó a merced de la furia de Satanás mientras yo aullaba de dolor y de vergüenza.

—¿Qué sucede? ¿Te sientes mal? —me preguntó—. Si es apenas una variante de lo que el Señor ideó para que no se extingan las especies.

— La Biblia ordena matar a pedradas a los homosexuales —musité.

— En esos tiempos no se daban el lujo de derrochar semen. Los varones morían jóvenes peleando contra los vecinos y era importante utilizar todo el material genético disponible para procrear.

— ¡De modo que acumular semen tenía un fin utilitario! Estás loco.

— Tengo sueño. Mañana hablaremos.

Había traicionado mi voto de castidad.

¿Pero arrepentirse lavaría la culpa?

Jesucristo logró romper el poder de Satanás gracias a la crucifixión.

¿Pero era capaz el Diablo de poseer aún a los creyentes?

¿Poseer?

El espíritu del mal penetra tanto en el alma como en el cuerpo de los hechizados.

¡Penetrar!

Terrible expresión que sacudió mis entrañas.

No pegué los ojos y oré toda la noche escuchando los ronquidos de mi verdugo.

Desperté con el ánimo desquiciado. Comprobé que Tomás no se encontraba en la habitación pero temí no recuperar el respeto que merecía mi conducta intachable.

Esa mañana acudí a la iglesia de Santa Culpa cerca del hotel y se lo confesé todo al cura Bartolomé, un cincuentón de



cabello entrecano, la tez oscura y la apariencia de quien está en posesión de la verdad y no lo enajena el pecado. Me escuchó atentamente cuando le relaté mis encuentros con Satanás e indagó detalles de mi vida y de nuestras diferencias culturales.

Expuse minuciosamente lo ocurrido.

— Se trata de un caso de *penetratio naturalis et penetratio contra natura extra matrimoniales dum forcibus applicantibus* —manifestó.

— Efectivamente padre y, por lo tanto, debiera considerarse *culpabilitas exenta*.

— No estoy seguro pero consultaré los escritos canónicos.

Acudió a la biblioteca y fue abriendo y cerrando una docena de libros mientras yo lo aguardaba tembloroso en un rincón del confesionario.

— No hallo una mención concreta en el Evangelio ni en los textos recientes —me dijo luego de una hora—. Lo siento, pero has caído en pecado venial.

— Temo que se deba a mis genes enfermos.

— No hay lugar para los genes en el modelo de la Creación. Los ateos relacionan la conducta con los instintos pero corremos el peligro de identificar al hombre con los animales —dijo con un gesto de consternación.

Luego me ordenó leer cien veces el salmo 32:

*Bienaventurado aquél cuyas iniquidades son perdonadas y borrados sus pecados. Bienaventurado el hombre a quien no imputa Jehová la iniquidad...*

Regresé abatido al *African Palace*, repetí la oración hasta aprenderla de memoria, y sentí que el Señor vencería a Lucifer.

Al día siguiente, Tomás me presentó a su padre, nos dejó a solas y Judas Iscariote me agradeció las atenciones que había tenido con su hijo.

— ¿De qué atenciones estará hablando? —pensé—. ¡Qué forma peculiar de ver las cosas!

— Tomás está perdidamente enamorado de...

— ¿De quién? —le pregunté a punto de sucumbir.

— De Magdalena, y ambos desean proseguir sus estudios en el extranjero —me informó—. El es licenciado en

Comunicaciones, y ella desea doctorarse en Medicina Espacial. La personalidad académica del señor profesor es bien conocida en todo el mundo y una carta de recomendación les vendría bien para obtener una beca en la Argentina o en cualquier otro país del primer mundo.

— No será fácil pero lo puedo intentar.

Quedé aniquilado. ¡Era sólo un plan pergeñado por ellos para seducirme y obtener mis favores! ¡Ya les iba a dar yo!

— Quiero hablar a solas contigo —le dije a Tomás en la puerta del hotel.

— Te propongo el bar *Reverie*, una cuadra antes de Santa Culpa.

Me esperaba sentado en la barra, nos miramos en la semioscuridad y sentí que me volvía a poseer el espíritu satánico.

— ¿Bailamos?

En el centro de la sala danzaban unas cuarenta personas desnudas.

— Vámonos de aquí —le rogué a Tomás.

Me levanté de la barra pero no pude resistir la tentación de observar la pista de baile. La música sonaba a todo volumen, el enjambre humano se movía al compás de luces psicodélicas y Tomás se había unido al grupo en el arrebató de una danza primitiva, un himno frenético de la carne al placer desbordado por una espiritualidad cuasi religiosa.

Me atrapó el ritmo de los tamboriles, me quité la ropa y busqué en la oscuridad a Tomás. Yo había vuelto a caer en las garras del Diablo y oré con la devoción que me domina cuando me acerco a Dios.

¿Sería la música del cuerpo y del espíritu una forma de comunión con el Señor?

Bailamos hasta la madrugada y nos acostamos luego en la playa.

El sol era una bola de fuego sobre el mar cuando entramos al *Africati Palace*.

Se había roto el hechizo.

La exaltación había terminado.

A mediodía asomó Magdalena, se desnudó y se metió en la cama.

— Sé que amas a Tomás. Yo también —me confesó—. Vivimos juntos y queremos tener hijos.

— No veo cómo lo lograrán con tu conducta. Te acostás con el primer hombre que se presenta.

— Tú no eres el primer hombre.

— No tenés códigos morales.

— Tomás no es mi marido sino mi hombre, como yo soy su mujer.

— Lo traicionás conmigo.

— Y él a mí contigo.

— La fidelidad es esencial en el amor.

— El sexo se puede acompañar o no de amor —suspiró Magdalena mientras me obligaba a poseerla cubriéndola con mi cuerpo.

No me sentía cómodo con ese *mértage á trois* cuya intención no era sólo pecaminosa.

¿Qué me ataba a esos seres interesados en las ventajas que hipotéticamente les brindaría mi posición universitaria?

Al día siguiente almorzamos en la playa y regresamos a la habitación. Se desnudaron y les llamó la atención que no hiciera lo mismo.

— Eres autoritario y prejuicioso —me acusó Tomás.

— Pero no soy obsceno.

— No es necesario desvestirse para ser obsceno.

Estaba decidido a demostrar la firmeza de mis convicciones, pero terminamos en la cama como Adán y Eva antes de la manzana. Me atrapó la belleza y la inteligencia de Magdalena, rocé sus pechos y entramos en un éxtasis del que omitiré detalles para no herir la sensibilidad de quienes respetan la moral y temen la justicia divina.

— Ya es tiempo de dialogar seriamente —recuerdo haberles dicho—. Acepté que lo nuestro era una costumbre de este país y estaba decidido a admitirla. Pero Judas Iscariote me hizo desconfiar de vuestras intenciones. El objetivo son las becas.

— ¿Qué tienen de malo?

— El precio.

— ¡Terminemos ahora mismo! —exclamó Magdalena—. ¡Vámonos ya!

Se vistieron rápidamente y dieron un portazo al dejar el cuarto. No los toleraría un minuto más pero intenté dejarles un mensaje.

— *¿Jalou?* —respondió una voz que no podía ser otra que la del recepcionista.

— ¿Están Tomás o Magdalena por ahí?

— *Dei ar not jiar. ¿Du yu laik tu liv a mesech?*

— ¡Decímelo en castellano, culinegro! ¡Lo hablaste tan bien como yo!

— *Ai am sorri.*

— ¡Maldito invertido! —exclamé fuera de mí.

— Lo siento. Les informaré que llamó.

— ¡Caramba!

— ¿Quiere que acuda yo en su lugar?

— No —me apresuré a cortar la comunicación.

Pocos minutos después sonó el teléfono.

Era Tomás.

— ¡Bobby me dijo que nos necesitas! —gritó enfurecido—. Me contó que lo ofendiste.

— Fue una broma. No era mi intención.

— Lo llamaste culinegro invertido. Me consta que tú eres culiblanco y jamás te lo hubiera dicho para agraviarte —aulló antes de colgar el teléfono.

No pude tolerar su impertinencia. Lo de culiblanco sonaba gracioso, pero Tomás hacía comparaciones inadmisibles. Me llamaba maricón.

— ¡La grandísima puta madre! —grité para que todos me escucharan.

Medité horas y horas sobre lo nuestro. El daño estaba hecho, sentí la necesidad de repararlo y llamé a la cabaña de Tomás y Magdalena.

— Volvamos a encontrarnos.

— Quizá, pero no en tu habitación.

— ¿Qué tal la playa?

— Bueno, dentro de dos horas. Magdalena y yo queremos estar solos.

Me moría de envidia, de celos, de rencor.

¿Amaba yo acaso a la muchacha?

¿A Tomás?

¿A ambos?

Siempre temí enamorarme.

¿Pero de una pareja?

¿De una mujer y de un hombre al mismo tiempo?

Tenía un nudo en la garganta cuando nos reunimos:

— Jamás mantuve relaciones sexuales antes de ahora. Hice un voto de castidad hace años luego de la penitencia que me impuso mi confesor cuando le pregunté si él también tenía un pito como el mío.

"— Claro hombre, todos los varones tenemos las mismas estructuras corporales, pero de eso no se habla —me advirtió."

"— ¿Por qué, padre?"

"— Porque se corre peligro de caer en pecado."

— La situación se complicó ahora —continué diciendo.

— ¿Qué sucede? —preguntó Magdalena.

— La homosexualidad me da náuseas.

— Aquí nadie se fastidia —afirmó ella.

— ¿Podrías acaso acostarte con una muchacha? — le pregunté a boca de jarro.

— Ocurrió alguna vez...

Era lesbiana.

¿Pero qué era yo?

— Los momentos esenciales del hombre, el nacimiento, la muerte y aparearse, transcurren en plena desnudez —suspiró Tomás—. El alma se evade en una u otra dirección, o inicia su vida un nuevo ser.

— Las lecturas piadosas me protegían del pecado —les conté—, y me flagelaba cuando un líquido pegajoso humedecía mi ropa interior y las sábanas. Jamás miraba en los ojos a Marta, mi ama de llaves. Un día admitió que era virgen pero sonrió con picardía cuando le pedí que cambiara la ropa de cama porque se me había volcado un frasco de goma de pegar.

La buena mujer jamás se enteró de que yo ocultaba los calzoncillos en el portafolio y los tiraba en un tacho de basura.

— ¡Patético...! —se rió Tomás.

Me dormí cuando se retiraron, y desperté con escalofríos en medio de una pesadilla que anoté, palabra por palabra.

*Mis padres tenían más de mil ovejas en la Patagonia.*

*¡Jamás olvidaré nuestros juegos, Clarisa, amada mía!*

*Te habían quitado ya tu hijo para venderlo y habían matado por viejo a tu marido.*

*Retozábamos felices y mamabas llena de amor el falo ardiente y candoroso de mis once años.*

*¡Loco de placer penetraba en tus entrañas, Clarisa de mi vida!*

*Paseamos juntos aquel verano hasta que nos separó el destino.*

*¡Quién gozará ahora de tu lana velluda?*

*¿Quién se habrá deleitado con tu carne que disfruté viva en los pastizales? Lloré la muerte de Clarisa como si hubiera sido mi oveja.*

*Pero era mi oveja.*

*Y el niño era yo.*

El teléfono sonó a las ocho de la mañana.

— ¿Profesor Mateo Benegas? —reconocí a Judas Iscariote—. Sabrá que Magdalena está embarazada. ¿Se sorprende?

Se me cortó la respiración pero atiné a responder:

— No. Aunque podrían habérmelo dicho ellos mismos.

— Tomás me contó que está en el tercer mes.

— ¿Por qué cree que pueda interesarme?

— Porque usted les gestiona una beca y debemos postergar los trámites hasta que nazca el niño.

¿Qué estaban tramando?

¿Sería cierto?

No tomamos precauciones para evitarlo, nuestra intimidad era casi cotidiana pero jamás me pasó por la cabeza que algo así pudiera suceder.

¿Quién era el padre del bebé?  
¿Por qué me importaba saberlo?  
¿Bastaría la confesión para que el Señor me absolviera?  
¿Podríamos Tomás y yo engendrar la misma criatura?  
Me ahogaba el llanto. Pedí ayuda a Dios con todas mis fuerzas y oré hasta que golpearon la puerta. Era Tomás.  
— Te lo íbamos a contar hoy, precisamente. Seremos padres.  
— ¿Seremos?  
— Claro. Me refiero a Magdalena y a mí. Creemos que sucedió antes de que llegaras.  
— ¿Y si el niño fuera mío?  
— Me complacería, pero no te quedarás en Edenia.  
— Tendré que pensarlo.  
— Podríamos compartir las obligaciones y tú ser algo así como un tío o un abuelo.  
— ¿Abuelo? Dejate de tonterías.

Recuperé el conocimiento mientras estaba en el hospital.

Miré en todas direcciones y tropecé con los rostros familiares de Marta y de Lucas, a uno y otro lado de la cama.

— ¿Y los manuscritos? ¿Qué hicieron con los manuscritos?

Regresé al departamento dos semanas después pero no dejé de interrogarlos todos los días aunque siempre obtenía la misma respuesta:

— ¿Qué manuscritos? —se impacientaba Lucas—. ¡Rompí tantos desde que soy su secretario!

— No te hagás el sonso.

Temía que el percance hubiese borrado mi memoria y me horrorizaba pensar que mis sueños hubieran trascendido en el texto.

Tres meses más tarde estaba recuperado y volví a ser el mismo Mateo Benegas de siempre.

Edenia sólo era una pesadilla, pero un día de limpieza general Lucas descubrió bajo la cama de Marta una bolsa de plástico que contenía los manuscritos perdidos, y se apresuró a comunicarme su hallazgo:

— ¡Eureka! —exclamó lleno de júbilo—. ¡Apareció *San Agustín y la Santísima Trinidad posmoderna!*

Releí ávidamente mi trabajo y comprobé modestia aparte que había expuesto con fundamento escolástico las opiniones de San Agustín.

¡Ni trazas de mi horrible pesadilla!

Pasaron varios meses, la cátedra entró en concurso de oposición, lo gané, revisaron las disposiciones académicas y me designaron profesor vitalicio.

Lucas y Marta se casaron con los auxilios de la religión y continuaron sus tareas de siempre. Ambos me prodigan su afecto y compartimos la felicidad de un hogar que pronto se engalanará con un niño que llamaremos Mateo.

Los días domingo asistimos a misa, almorzamos una parrillada que Lucas prepara magistralmente en el quincho y dormimos una siesta de dos horas. Después tomamos mate con los excelentes bizcochos de grasa amasados por Marta y luego de una comida frugal iniciamos el cenáculo hasta el alba.

Hace tiempo desechamos las camas individuales y por decisión unánime optamos por una de dos plazas más acorde con nuestros deseos y sentimientos.

Algunas veces me asaltan dudas sobre esta trinidad sacrilega que integro ahora con mis amigos (¿cómo habría de llamarlos?) y corro a confesarme con mi venerado maestro Salustiano Carámbano, quien me dispensa toda su atención cuando le relato mis desazones y zozobras, aunque al final sólo pronuncia con voz temblorosa algunas frases en latín, entre las que retengo *animus blasfemicus, horresco referens y agnus horripilantls*.

Regreso a nuestro hogar luego de mi experiencia catártica convencido de que Dios y la Virgen escuchan mis



oraciones y que me ayudan a superar el extraño trance con el que nos puso a prueba el Señor.

Sé que vivimos en pecado y no lo podemos remediar. Tanto yo como Marta y Lucas cumplimos todos los deberes del culto, comulgamos y aceptamos fielmente los castigos que nos imponen, a pesar de que no dejamos de incurrir en falta una y otra vez.

Estamos arrepentidos, pero sólo Dios sabe cuánto durará nuestra felicidad.

En tus manos, Señor...

## LA FAMILIA DE ISAAC

"No hacemos el amor. El  
amor nos hace y nos  
remodela..."

**Facundo Cabral**

Un día de verano de 1870, Israel Kaplan y su esposa Sara Dora ataron sus dos caballos a la vieja berlina, la cargaron hasta el tope con los regalos que habían recibido de los parientes y amigos, y emprendieron el viaje desde Brest Litovsk a Kamenetz para asistir a la boda de Shalom, su primogénito, con Malka, la hija de Jacobo y Clara Neiman.

Brest, una antigua ciudad de la provincia de Grodno en Bielorrusia, domina la confluencia del río Mujavetz con el Bug, en el límite con Polonia. Construida en un centro de convergencia multicultural y conquistada alternativamente por rusos, polacos, lituanos, suecos y alemanes, a fines del siglo XIX contaba con unos cuarenta y cinco mil habitantes, treinta mil de los cuales eran judíos dedicados en su mayoría a la industria del tabaco y a comerciar con cereales, alquitrán, madera y ganado.

En cambio Kamenetz, a unos treinta kilómetros de Brest, era una población pequeña, un *shtetl* de unos mil habitantes, con varios centros de estudios judaicos y una sinagoga al pie de una torre medieval amurallada, obra de un duque lituano.

La casamentera Rebeca Gildengerschel había concertado el matrimonio de los jóvenes que acababan de cumplir quince años y, tanto en Brest como en Kamenetz, se afirmaba que era un buen partido para ambos, muy especialmente para Shalom, porque Israel Kaplan nunca había podido salir de pobre vendiendo harina, pan casero, papas, huevos, grasa y cigarros al menudeo en su tienda frente a la sinagoga del rabino Iosef Dov Solovieichik.

Por el contrario, Jacobo Neiman había amasado una fortuna administrando los molinos y los bosques del conde Litovsky, quien le arrendaba además la *propinación* para fabricar aguardiente.

Los Neiman vivían en la abundancia, viajaban a París en primavera para hacer compras, en otoño visitaban las termas de Karlsbad donde Clara trataba sus invariables ataques de reumatismo, y en dos ocasiones pudieron pasar varias noches en San Petersburgo en una posada próxima al palacio real, a pesar del edicto que lo vedaba y exigía que los judíos residieran en una estrecha zona a lo largo de la frontera occidental del imperio.

Los novios no se habían visto antes de la boda, y ayunaron desde el alba ese día en que se les perdonaban sus pecados para que se unieran integrando un alma nueva.

Malka recibió a sus amigas en la sala mientras Shalom y los suyos cantaban y bailaban en otra habitación del hogar de los Neiman en la calle principal de Kamenetz.

La ceremonia tuvo lugar en la *jupá*, el palio, bajo las estrellas. El novio dio siete vueltas alrededor de la novia simbolizando las siete veces que está escrito en la *Tor'á ...y cuando el hombre tome una esposa*. Luego ty[alka se ubicó a la derecha de Shalom mientras el rabino Solovieichik recitaba las oraciones, bendecía el vino y leía la *ketuvd*, el contrato matrimonial escrito en arameo, donde se especificaban las obligaciones de ambas partes, incluyendo los mil rublos de la dote y el compromiso de los Neiman de alojar durante un año a la pareja.

Después de las *Siete Bendiciones*, Shalom aplastó la tradicional copa de cristal con el pie, y la ceremonia concluyó con los buenos deseos, los *masel tou* de los concurrentes, en medio de la algarabía y el entusiasmo general, la música, las danzas y las demostraciones de acrobacia de los jóvenes.

Pasó un año, y la familia esperaba llena de ilusiones la llegada del primer hijo, pero el final del embarazo de Malka fue desastroso, los dolores de parto se acompañaron de hemorragias incoercibles, y la joven madre murió pocas

horas después de llegar al mundo Gerson, quien salvó la vida milagrosamente.

Nada ni nadie, tampoco el nieto, lograban aliviar el dolor de los Neiman, y finalizado el duelo de treinta días Jacobo dispuso que su yerno regresara a casa de los padres en Brest porque su presencia acicateaba el desconsuelo de todos.

La familia Neiman, por otra parte, se hizo cargo del recién nacido sin dar mayores explicaciones a los Kaplan, que no intentaron ver al niño luego de que los consuegros les prohibieran las visitas y se apropiaran literalmente de Gerson.

Transcurrieron dos años y una tarde, entre sorbo y sorbo de té, la casamentera sugirió que había llegado el momento de buscarle otra novia a Shalom, mencionando de paso a Raquel Aisenstat, un modelo de virtudes que a los trece años era una excelente ama de casa y conocía bien las tradiciones judías.

La familia Aisenstat residía en Wisoka, una aldea cercana, no tenía dinero para dotar a la hija y aceptó que se casara con un hombre cinco años mayor siempre que la prometida no se enterara de que era viudo y que tenía un hijo.

El día de Simjat Torá, Shalom había paseado el Libro de los Libros por la sinagoga y estaba de buen humor. Durante la cena Israel le recordó que todo buen judío debía formar una familia. El muchacho se levantó llorando de la mesa y se encerró en el altillo, pero un par de semanas después pudieron dialogar sobre la propuesta de Rebeca.

Shalom y Raquel se casaron en la primavera de 1874. La novia, pálida, ojerosa y retacona, no hacía buena pareja con el marido alto y elegante con su barba negra enrulada que recortaba los viernes antes del shabat. Raquel se había enamorado al verlo por primera vez bajo el palio y jamás se interesó por su pasado.

Pinjas, el primer hijo, llegó en 1875, y en los años siguientes nacieron cuatro varones más y una niña.

Con el tiempo Shalom se hartó de trabajar en la tienda del padre. Lo atraían más las tareas rurales, sobre todo la tala de bosques, y por intermedio del recolector de impuestos consiguió que el príncipe Wiacheslav Mazursky le arrendara cincuenta hectáreas de pinos. En poco tiempo organizó la explotación de la madera, que le reportaba pingües beneficios ya que evitaba los gastos de transporte hasta los aserraderos de Varsovia confiándolos a la correntada del río Bug.

En pocos años Shalom Kaplan llegó a ser el hombre más rico del pueblo y lo eligieron presidente de la comunidad, pero a pesar del bienestar económico la existencia se hacía cada vez más difícil en la zona de residencia restringida.

Desde épocas inmemoriales los zares habían procurado resolver el problema judío con la asimilación o la expulsión. Sin embargo, las leyes se hicieron más duras a partir del

asesinato de Alejandro II en 1881, perpetrado por los anarquistas de *Narodnaia Volia*, *Voluntad Popular*.

La vida cotidiana, los viajes, las ocupaciones, el servicio militar estaban regulados por centenares de códigos y ordenanzas que la policía y los burócratas corruptos interpretaban arbitrariamente castigando a los pobres y esquilmando a los ricos.

Había llegado el momento de emigrar y aunque a los mayores les inquietaba que en otras tierras los hijos se alejaran de las tradiciones, corrían menos peligro que cuando las hordas de *japers* o arrebatadores raptaban a los niños y los incorporaban compulsivamente a los ejércitos del zar, donde morían en las guerras y epidemias o se entregaban a familias cristianas que los convertían a su religión.

Irina Petrovska se moría de cáncer en el Hospital de Clínicas en Buenos Aires, e Isaac dormitaba en una silla junto a la madre después de haber pasado la noche en vela.

De pronto lo despertaron varias explosiones que alarmaron también a Irina.

— ¿Qué sucede? —le preguntó a Isaac—. ¡El mundo se viene abajo!

— Están volteando a Perón, mamá —respondió mientras un rayo de sol se filtraba por las cortinas esa mañana de junio de 1955.

En las últimas décadas del siglo XIX millares de judíos abandonaron Rusia buscando refugio en América, en la Palestina de esa época y en cualquier país del mundo que deseara recibirlos.

Hacia 1888, los judíos de Podolia, en Ucrania, se pusieron en contacto con el centro de informaciones argentino en París, y se enteraron de que un tal Rafael Hernández quería vender sus tierras cerca de La Plata a inmigrantes europeos.

A principios de 1889, ciento treinta familias firmaron un contrato de compra, adquirieron pasajes subsidiados por

el gobierno argentino, y se embarcaron en el vapor Wesser que llegó a Buenos Aires el 14 de agosto.

Días después supieron que Hernández había desistido, pero lograron interesar en su caso a Henry Joseph, el rabino de la congregación judía de Buenos Aires, quien acudió a su abogado, Pedro Palacios, dueño de una vasta extensión en la provincia de Santa Fe, donde extrañamente el calor venía del norte y el frío del sur.

Palacios les vendió una parte de su propiedad estipulando que los inmigrantes serían transportados a sus tierras y recibirían todo tipo de ayuda, incluyendo implementos de labranza, vacas, caballos y animales de granja.

Viajaron a fines de agosto, pero al llegar tuvieron que alojarse en vagones de tren y carpas junto a las vías, y no se murieron de hambre gracias a los pasajeros y a los obreros del ferrocarril. Por si fuera poco, las pésimas condiciones higiénicas y la desnutrición condicionaron una epidemia de fiebre tifoidea que mató a sesenta y cuatro emigrados, en su mayor parte niños.

La tragedia llegó a oídos del Estado nacional que ordenó una investigación sin aportar ayuda inmediata. La situación se hacía desesperante cuando llegó al lugar el médico rumano Guillermo Loewenthal, de la Universidad de Berlín, contratado por el gobierno para estudiar las condiciones higiénicas del norte argentino.

Loewenthal constató la decepción de los inmigrantes que, a pesar de todo, aspiraban a instalarse en sus tierras y, de regreso en Buenos Aires, se puso en contacto con las autoridades, intimó a Palacios a cumplir el contrato y, unos meses después, hizo llegar su propio plan de asentamiento al rabino Zadoc Kahn en París.

En 1891, la *Jewish Colonization Association*, una empresa colonizadora del Barón Hirsch con la conducción del mismo Loewenthal, incluyó en su proyecto a los emigrados y adquirió las primeras 10.000 hectáreas del lugar que en poco tiempo se transformó en una colonia floreciente.

Hacia 1894 arribaron cuarenta y dos nuevas familias de la provincia de Grodno que se ubicaron en pequeños grupos identificados por el número de viviendas. Shalom Kaplan y los suyos se establecieron en las Cuatro Casas, al tiempo que comenzaba a desarrollarse el pueblo de Moisés Ville cerca de la sinagoga, el edificio administrativo y los baños públicos.

Entre 1900 y 1902, uno de los colonos, Noé Cociovich, viajó tres veces a Rusia y alentó la migración de más familias que se ubicaron en Wavelberg, Zadoc Kahn, Virginia, La Juanita, Las Palmeras y otras poblaciones.

Pronto se les unieron cientos de judíos de Europa instalados en cinco grandes colonias. La empresa continuó consolidándose y hacia 1915 la *Yewish*, como la llamaban, había arraigado cerca de doscientas mil personas que vivían de la producción de sus chacras en unas seiscientas mil hectáreas de suelo argentino.

Desde muy niño Gerson repetía de memoria textos de las Escrituras. Admiraba a los profetas que denunciaban a los poderosos, a Samuel porque previno al pueblo sobre los peligros de designar un rey, y a Isaías cuando proclamaba que la riqueza era fruto de la injusticia, al tiempo que combatía la usura, condenaba el lujo y defendía a los oprimidos.

Por otra parte, Moisés ordenaba no odiar a los extranjeros, pero Gerson vivía rodeado de gente que lo detestaba.

Poco antes del Bar Mitzvá, le contaron que era nieto de los Neiman, no hijo como había supuesto hasta entonces. Lo llamaban Gerson Kaplan Neiman, pero Kaplan no era su segundo nombre sino su apellido, y se enteró de que lo convocarían a leer la Torá en la forma correcta: Gerson, hijo de Shalom Kaplan.



Salió llorando de la casa, vagó por las calles de Kamenetz y, por primera vez, advirtió que no conocía a la gente que miraba con desprecio sus rulos en las sienes, la gorra y el caftán.

Le habían prohibido acercarse tanto a los rusos como a los polacos de la zona. Analfabetos y andrajosos, los rusos guardaban los animales dentro de sus casas sin chimenea, llenas de humo. Los polacos en cambio sabían leer y escribir y construían establos para el ganado, pero sólo temían en común con sus vecinos el odio a los judíos.

Ese día, el comisario Ivanovich dispuso que nadie se ausentara de la casa porque temían un atentado de los anarquistas contra el gobernador, que pasaría por las inmediaciones.

Gerson salió a juntar leña en el bosque contraviniendo la orden de Ivanovich, y acertó camino por el pantano pero tropezó con un tronco y se cayó al agua. Cuando intentó incorporarse, mojado y tiritando, vio que algo se movía entre los árboles, pensó que era un oso y, muerto de miedo, escuchó la risa burlona de Irina Petrovska, a quien había mirado una vez de reojo en la feria. Irina lo ayudó a ponerse de pie, y Gerson se alejó corriendo sin dirigirle la palabra.

Una semana después se encontraron en la calle, él pidió que le enseñara a leer ruso y, al día siguiente, Irina le regaló *La hija del capitán*, una novela de Pushkin con la historia de Emelian Pugachov, el líder de una rebelión cosaca en tiempos de Catalina la Grande.

Sin el caftán y ocultando sus rulos tradicionales bajo la gorra, Gerson visitaba diariamente a Irina en la granja que compartía con la madre ya que, diez años antes, el padre había sido deportado a Siberia por la *Ojrana*, la policía secreta que mataba, torturaba y desterraba para reprimir a los anarquistas.

Los jóvenes mantenían largas conversaciones sobre la revolución social, y Gex-son se sentía cada vez más atraído por la muchacha y sus ideas, aunque no ignoraba que lo pasaría mal si se enteraban los abuelos.

Finalmente, decidieron huir juntos a Minsk en el verano de 1887 y, luego de caminar tres días, llegaron a la casa de Natasha Fedorovna, una tía de Irina que aceptó alojarlos aunque no la entusiasmaba proteger a un judío en su hogar.

En contacto con los revolucionarios de Minsk, Irina y Gerson repartían libros y folletos que aplaudían el asesinato del zar Alejandro II y justificaban los atentados contra el káiser Guillermo en Berlín y los reyes de España e Italia.

La policía los detuvo en otoño durante una redada, y cuando luego de un mes los liberaron hambrientos y maltrechos, ella regresó a Kamenetz y él se incorporó a un grupo de camaradas con quienes recorrió el país trabajando de jornalero.

Los jóvenes se reunieron un año más tarde en casa de la tía, e Irina consiguió trabajo en una fábrica textil hasta que nació Isaac en el verano de 1891. Días después, el pope Boris Karpov lo bautizó en la iglesia de San Simón y Santa Helena como Isaac Gersonovich Kaplan, luego de consagrar el matrimonio de los padres.

Seis meses más tarde la policía detuvo a Gerson durante una huelga general, y sola y sin medios, Irina aceptó ser el ama de llaves de Karpov cuando lo trasladaron a San Petersburgo, pero pronto despertó los celos de la esposa de Boris que lo amenazó con denunciarlo a las autoridades eclesiásticas.

Karpov le escribió entonces a Igor Strachenko, su compañero de estudios, obispo ortodoxo a la sazón en Buenos Aires, rogándole que albergara al niño y a la madre, una buena creyente y fiel servidora, afirmó, perseguida por sus antiguas actividades revolucionarias.

A vuelta de correo Strachenko prometió ayudarlos y fue así como una mañana de invierno de 1893 partieron de San Petersburgo en tren rumbo a Burdeos, donde se embarcaron en la tercera clase del vapor San Pedro camino a Buenos Aires.

El prelado los recibió en su hogar, pero al conocer con detalle la historia de Irina prefirió aceptar la propuesta de

su mayordomo Pavel Ivanovich, quien los acompañaría a Formosa para ubicarlos en la estancia Las Lomitas de la familia Madero Uriburu.

Isaac creció como un niño más en el establecimiento gobernado desde un castillo señorial al estilo europeo donde decenas de sirvientes atendían a los dueños, limpiaban las alfombras asiáticas, lustraban la grifería y los picaportes de oro y desempolvaban las esculturas italianas y las arañas de plata con caireles. El color de la piel lo identificaba con los patrones, pero él se sentía a gusto con los criollos mestizos y los indígenas con quienes pronto aprendió a hablar en castellano y guaraní.

Al cumplir diez y seis años, el cura del pueblo lo bautizó según el rito católico antes de que Isaac ingresara al Seminario Teológico de Santa Fe, donde terminó sus estudios sacerdotales. Poco después se hizo cargo de la capilla de Santa Rosa en Las Lomitas y, ya cerca de los cuarenta, lo designaron párroco del Sagrado Corazón en Buenos Aires gracias a las gestiones de doña Mercedes, a cargo de la estancia desde la muerte de su esposo.

Gerson Kaplan cayó finalmente en manos de la Ojrana durante una batalla campal y en un juicio sumario lo condenaron al destierro y a trabajos forzados en Siberia.

Trabajaba en el campo en el verano fugaz junto a los demás reclusos, y en invierno ordeñaba las vacas en establos malolientes, cosía zapatos o pintaba iconos que vendía en la aldea cercana para comprar harina de centeno y hacer pan.

Con temperaturas bajo cero casi todo el año, el hambre y la soledad no alteraron sin embargo su fe revolucionaria ni el amor por su mujer y el hijo que apenas conocía. De noche, echado en un jergón a la luz de una vela, les escribía cartas que jamás llegaron a destino, reiterándoles su consagración a la lucha por liberar al género humano de la esclavitud.

Pero no hay mal que dure cien años, y sólo cinco después se sublevó el regimiento que custodiaba la región, y el comandante puso en libertad a los prisioneros.

Gerson emprendió el regreso con una docena de camaradas y tardó seis meses en llegar a Minsk, donde se enteró del viaje de Irma a San Petersburgo y luego a Buenos Aires. Poco después se enfermó de tuberculosis y lo internaron con un nombre falso en el Hospital de Caridad. Luchó un año entre la vida y la muerte hasta que mejoró y los camaradas lo ubicaron en un carretón que transportaba herramientas de labranza a Kamenetz, su aldea natal.

Los abuelos habían muerto y unos vecinos, los Rosenblum, lo acogieron como a un miembro de la familia a la que terminó por pertenecer luego de casarse con la menor de las hijas.

Hacia 1920, Gerson sufrió una recaída de su enfermedad y falleció cuatro años después. Cinco de sus seis hijos emigraron a la Argentina.

Isaac volvió a hacerse cargo de los feligreses cuando murió la madre.

Un día domingo fue a decir misa a la Recoleta. Antes de entrar a la iglesia se sentó a descansar bajo un gomero plantado en tiempos de la Independencia y advirtió que un hombre sollozaba sentado en un banco de plaza junto a las enormes raíces del árbol:

— Mi hijo está grave. ¡Se va a morir! —le contó.

— No pierda las esperanzas. Voy a rezar para que se salve —prometió el sacerdote.

— No sé... Somos judíos.

— Mi padre también era judío.

— ¿Su padre? Usted quiere decir Jesucristo, ¿verdad?

— No. Mi padre. Papá vivió en Rusia, en tiempo de los zares.

— Mis abuelos eran rusos.

— Podríamos ser parientes —se sonrió el cura—. ¿Cómo se llama?

— José Kaplan. Papá se llamaba Pinjas. No hay cristianos en mi familia.

El párroco lo miró con curiosidad:

— De vez en cuando digo misa en la iglesia del Pilar, aquí nomás, junto al cementerio —le contó—. Una promesa que le hice a mi benefactora, la señora de Madero Uriburu, ¿sabe? Nos legó su fortuna cuando la hija murió de hepatitis.

— Mi hijo está enfermo de hepatitis —lo interrumpió José.

— Dios lo salvará.

— Gracias, padre.

El cura sintió que había algo milagroso, irracional, trascendente en ese encuentro, como si una fuerza celestial lo aproximara al hombre que acababa de conocer y lo impulsara a indagar su pasado, a rehacer lazos, a recrear afectos. Pero de pronto se rompió el hechizo y el cura se puso de pie dispuesto a retomar su camino.

— Espere —balbuceó José—. No sé su nombre.

— Soy Isaac Kaplan. Papá se llamaba Gerson y mamá Irina. Ignoro quiénes eran mis abuelos. Me contaron que vivían en Rusia.

— Repítame cómo se llama, por favor —se cercioró José.

— Isaac Kaplan... Acompañeme a la iglesia. Charlaremos después de misa.

Entraron al templo tomados del brazo.

## EL SONIDO CÓSMICO

"...así se cuenten muchos dioses y muchos señores, sin embargo, para nosotros, no hay más que un sólo Dios, que es el Padre..., Y un sólo Señor, Jesucristo."

**San Pablo, 1 Cor. 8, 5 -6.**

La Virgen protectora de la Argentina y su ejército, y también de Paraguay y Uruguay, congrega todos los años a millares de fieles en la Basílica de Luján, un imponente santuario de estilo ojival gótico francés en la pampa bonaerense.

Sendas cruces de seis metros coronan sus dos torres. Una, la izquierda, aloja las quince campanas fabricadas en Milán que llaman a la plegaria evocando el milagro de la Creación y la eterna presencia del Señor en el Universo.

Junto al techo de cobre, las gárgolas ahuyentan a los demonios temerosos de Dios, en tanto que las enormes puertas de bronce resguardan a la Gloriosa en su armazón de plata junto al altar mayor.

Un manto celeste recubre la túnica blanca incrustada en oro, y una corona adorna la cabeza de la Santa cuya cabellera cae pudorosa sobre los hombros, enmarcando el rostro moreno de ojos azules.

Dicen que la terracota arribó a Buenos Aires desde Brasil en 1630 bajo el reinado de Felipe IV. Don Antonio Farías de Súa, un terrateniente de Sumampa en Santiago del Estero, anhelaba construir una capilla para la Inmaculada Concepción de María y consiguió que su amigo brasileño dom Armenio Santos de Almeida le hiciera llegar una imagen creada por artífices paulistas consagrados a difundir el Evangelio.

Farías de Súa tenía <sup>41</sup>mucho que agradecer a la Virgen. Años atrás había construido su morada junto al arroyo Cantamampa, cerca de Para Yacú, donde halló pinturas

rupestres con círculos, líneas, puntos y figuras elípticas alargadas, señas irrefutables de la aparición de la Santa en épocas remotas. Farías cultivó los valles y los pobló con cabras, vacunos y caballos, explotó los bosques de algarrobo, quebracho, talas y mistóles que le brindaban madera y leña, y expulsó de la región a los pumas asesinos.

El abuelo de don Antonio, don Rodrigo, soldado fiel, patriota y defensor del Dogma, se había lanzado a la conquista de América después de perder un brazo luchando contra los moros en Berbería. Lo acompañaba un puñado de artesanos y labradores que afrontaron penurias y contratiempos para servir a Dios y al Rey, y salvar a los paganos convirtiéndolos a la Verdadera Fe.

Don Rodrigo logró poder y renombre en tierras de Indias, pero su hijo Don Sancho despilfarró sus bienes con mujerzuelas, enfermó de sífilis y sacrificó la suculenta heredad en campañas azarosas que acabaron con su vida.

Don Antonio, nieto de aquel Don Rodrigo, movió dinero e influencias y consiguió que la Corona le otorgara vastas extensiones y encomiendas de indios en Santiago del Estero. Hombre de honra y coraje, obtuvo también un título de nobleza, conde duque de Catacomba, y amasó una fortuna percibiendo fielmente los tributos que le pagaban los indígenas por el bienestar material y espiritual que lograban gracias a Dios y al valor de los conquistadores.

Había llegado pues la ocasión de expresar el reconocimiento de Don Antonio a la Santísima Virgen construyendo la capilla prometida en los años de lucha.

Dom Armenio Santos envió a Buenos Aires dos efigies en el patache *San Andrés* al mando del capitán Andrea Juan de Oporto: la que le había encargado el santiagueño, la Virgen en su Concepción, de arcilla cocida del valle de Paracaiba, y otra estatuilla que representaba a Nuestra Señora sosteniendo en brazos al Niño Jesús, traída de Pernambuco.

Piadosamente depositadas en un carretón tirado por cuatro bueyes, las Santas se detuvieron a hacer noche en la

estancia de Don Rosende Segura, cerca del río Luján, pero no pudieron reanudar su camino al día siguiente.

Ix) Los carreros bajaron toda la carga con excepción de las imágenes, picaron los bueyes con el aguijón, ataron cinco yuntas más al pértigo, pidieron ayuda a los indios, engancharon una docena de caballos de tiro, rezaron, maldijeron y se echaron mutuamente la culpa del percance. Todo fue inútil. El armatoste sólo lograba avanzar cuando los hombres retiraban la terracota de la Madre de Dios, pero se detenía obstinadamente cada vez que la volvían a cargar.

No ocurría lo mismo con la estatuilla de la Virgen y el Niño, por lo cual todos comprendieron que presenciaban un milagro y que la Inmaculada no deseaba abandonar la estancia. Don Rosende le construyó entonces una ermita con techo de paja y piso de tierra y la puso al cuidado del negro Emanuel, quien manifestaba una increíble devoción por la Santa.

Emanuel abrigaba señalados motivos para venerar la imagen sagrada. Había llegado de Dahomey a Brasil como esclavo y tenía 20 años cuando, huyendo de sus captores, abordó el patache que transportaba a la Bienaventurada.

El *San Andrés* estuvo a punto de naufragar dos veces en el Golfo de las Tormentas antes de fondear en Buenos Aires, donde Emanuel se ocultó en el carretón mientras estaban las estatuas. Al día siguiente presenció el milagro en la estancia de Don Rosende y, desde entonces, jamás se separó de la Virgen.

Según consta en los *Excerpta Beatorum Fluminis Platensis*, el africano empezó a realizar curas milagrosas con el sebo de las velas y con los abrojos que se pegaban a la túnica cuando la Bienaventurada salía de noche para consolar a los afligidos.

Al morir Don Rosende, el negro permaneció junto a Ella y, con los años, logró una profunda erudición religiosa. Sabía, por ejemplo, que Emanuel, su nombre, quería decir *Dios está con nosotros*. Setecientos años antes de Nuestra Era, el profeta Isaías había llamado así a un niño destinado a liberar de un horrendo peligro a la tribu de Judá y exhortó



al rey Ahaz a que se dejara guiar por la voluntad del Todopoderoso.

Pero el profeta se refería en verdad a Cristo, llamado Emanuel por San Mateo. El africano era pues una reencarnación del Emanuel bíblico puesto que llevaba su nombre y estaba destinado a difundir la Buena Nueva entre los habitantes de las pampas, un lugar privilegiado de la Tierra a una distancia infinita de todas partes.

Los hagiógrafos describen los poderes del negro de manera diversa, aunque todos aceptan, sin embargo, que siendo Emanuel una metáfora de Cristo intentaba rasgar el velo y la cerrazón de la existencia cotidiana para acercarse al Señor y unirse a El a través de Su Madre.

Pero el objetivo no se alcanzaba sólo con la vida ascética y los rituales eclesiásticos sino gracias al encuentro de cada criatura con Su Verdad Interior, superando la impudicia que arroja el alma a los placeres de la vida efímera.

El camino de gracia consistía pues en concentrarse en la Esencia del Ser mediante la repetición constante del nombre de Dios y de la Virgen, y hallar así el Sonido Cósmico de la callada melodía del espíritu que conduce a la salvación.

Estos simples enunciados fueron cruciales para exaltar la fe y la admiración de los creyentes.

— *¡Santa María, madre de Deus! ¡Santa María, madre de Deus!* —invocaban mil veces Emanuel y los fieles implorando el don de la Certeza en la vida cotidiana. Las plegarias del negro se elevaban al cielo en español, en portugués, o en una mezcla de ambos, sin acudir al consabido latín de los sacerdotes o al yoruba de los chamanes en la aldea africana.

Con el tiempo los milagros de la Virgen convocaron a centenares de familias a las orillas del río Luján, donde se asentó el Pueblo de Nuestra Señora, Reina y Patrona.

Cuando iniciaron la construcción de la actual Basílica, el papa León XIII bendijo la corona de la Santa y dispuso que el sábado anterior al cuarto domingo después de Pascua fuera de Oficio y Misa propios para su festividad.

En diciembre de 1871 se realizó la primera procesión para agradecer a la Virgen de Luján el fin de la epidemia de fiebre amarilla que segó la vida de trece mil personas.

Desde entonces, todos los años visitan el Santuario un millón y medio de peregrinos de todos los confines. Impulsados por la fe, sanos o enfermos, a pie, arrodillados, en sillas de rueda o en camillas, superan los setenta kilómetros desde la ciudad de Buenos Aires sin que los detenga la fatiga, el sufrimiento físico, la lluvia, la tormenta, el calor o el frío.

Sin embargo, quienes viven anualmente la experiencia fueron testigos hace poco de un extraño suceso que, si bien no empañó la celebración, estuvo a punto de malograrla por el desconcierto que provocó entre los fieles.

A pocos kilómetros de la Basílica, un personaje de rasgos africanos, túnica blanca y larga cabellera enrulada se abrió paso entre la gente, se encaramó a un altar improvisado con tablas y barriles de gasoil y arengó a la multitud mientras sus vestiduras volaban por el aire en una danza frenética.

Un extraño olor a azufre, incienso y pachulí invadía la atmósfera teñida de azul cada vez que el individuo pronunciaba el nombre de Dios y de la Virgen:

— *¡Santa María, madre de Deus! ¡Santa María, madre de Deus!*

— *¡Rompa Senhor o velo da vida cotidiana pra chegar a Eli por meio da María!*

— *¡Nao mais rituais ascéticos, so verdade interior!*

— *¡Nao mais a impudica dos prazeres da existencia efímera!*

Pocos entendieron lo que decía tragándose las palabras y salivando por su boca desdentada, pero alguien gritó:

— ¡Es el negro Emanuel!

— ¡Tiene acento brasileño! ¡Es el negro Emanuel!

— ¡Es el negro Emanuel! ¡El negro Emanuel! —se alzó el coro de los creyentes.

Pero el negro, si realmente era él o un hechizado, o una visión mística de las almas piadosas congregadas en Luján,

comenzó a cantar y a bailar con ritmo de samba acompañado por una guitarra azabache afirmada en la cintura:

*¡Nostradamus, Nostradamus! ¡Te ¡nuocamus!  
¡O Anticristo em Luján o Apocalipse anunciará!  
Os cuatro jinetes pelean em Meguido,  
entre o Bern e o Mal.  
Armagedáo, Monte —Har,  
Har —Meguidáo. Esdraeláo.  
Lingua Santa, Confusáo, Confusáo.  
Guerra química, guerra atómica.  
Guerra bacteriológica.  
Nao querer mais perversos Jehová.  
Termina o Pacto con Abráo.  
Nao escutam ao Filho da María.  
Dois mil anos mais e adeus a Terra impía.  
Os mortos ñas fosas sepulcráis  
miran televisão sin pausas comerciáis.  
No Paraíso o povre e oprimido.  
O Salvador nao será vencido.  
Enlouquecem as vacas em Albiáo.  
A carne em putrefaçáo.  
Só pescado no mercado.  
Cáncer e SIDA fatáis  
curam—se com remedios naturáis.  
Pildora pra nao engordar,  
pildora pra copular, pildora capilar.  
O petróleo termina,  
o hidrogénio camina.  
A prensa delata a conjura.  
Diz a verdade pura sim censura.  
Os rapados declaram ao mundo exhausto:  
¡E um invento judeo o Holocausto!  
Os ingleses voltam as Malvinas  
ao país da zona transandina.  
¡Silêncio profundo!  
¡Chegou o fim do mundo!*

El hombre cayó en trance luego de anunciar el final de los tiempos. Se aferró a la cruz del altar invocando el sagrado nombre de la Virgen mientras un sujeto de hábito escarlata y turbante renegrado, sacerdote quizá de una secta esotérica infiltrada entre los fieles, se acercó al individuo, lo extendió sobre la plataforma y le quitó la ropa.

— *Glorificado sea el Creador del Cielo, la Tierra, los árboles y las plantas, los hombres y las bestias* —oró el oficiante.

— *Amén* —musitaron los peregrinos.

El adelgazamiento era pavoroso y el cuerpo estaba plagado de llagas, cicatrices y tatuajes enigmáticos.

— *Adoremos al Señor que nos enseñó a convivir en paz.*

— *Amén, amén.*

El predicador se cubrió el rostro con un velo dorado.

— *El reino de Dios se establecerá en nuestros días para toda la eternidad.*

— *Amén, amén.*

Luego se quitó el velo y elevó la mirada al firmamento.

— *Su Nombre será bendecido y reverenciado por los mortales y por sus almas sempiternas.*

— *Amén, amén.*

Y pronunció una plegaria en arameo, el idioma del Señor:

— *Alabemos a los maestros que predicán los Libros Sagrados tanto en el Cielo como en la Tierra.*

— *Amén, amén.*

Y musitó en el dialecto turcomano de la región de Ashgabad donde torturaron a San Ifigenio por predicar el segundo advenimiento del Mesías:

—*Que el Padre y el Hijo nos sigan otorgando gracia, salvación, misericordia, sustento, longevidad y compasión por nuestros semejantes, en ésta y en la otra vida.*

— *Amén, amén.*

Y en la jerga afgana de la meseta de Pamir habitada por los leones de Jehová:

— *Armonía en las alturas y pan para todos los mortales.*

— *Amén, amén, amén, amén...*

La gente gemía inconsolable, oraba y repetía una y otra vez las palabras del iluminado mientras un coro de adolescentes pregonaba:

— *Amén, amén, amén, amén...*

De pronto se oyó el sonido ululante de una ambulancia alertada por la junta de organizadores de la peregrinación.

Los faros de la *Trafic* enceguecieron a la muchedumbre y proyectaron su sombra en el cielo cubierto de lóbregos nubarrones.

Dos samaritanas y el conductor ubicaron al poseído en una camilla que empujaron al interior del vehículo con el logotipo de la Cruz Roja Internacional, y partieron a toda marcha rumbo a la Basílica.

Rómulo Contortini, el arzobispo de La Plata, dormitaba en la sacristía después de cenar. Las tareas de la jornada lo habían dejado exhausto. La misa, los fieles, los curas y las monjas no terminaban de consultar los detalles más insignificantes: que un corte de luz en el bautisterio parroquial, que el trifolio mal iluminado, que el granizo deterioró el vitral de San Francisco Solano en la cuarta capilla, que una carmelita perdió el báculo de la consagración, que un, que una, que una, que un... Las sienas le latían y la cabeza amenazaba con estallar.

— ¡Virgen Santísima! ¡Protégeme de los vándalos que devoran mis entrañas! —rezó en silencio.

Apenas había logrado serenarse con unos sorbos de *Cabernet Sauvignon* de las *Caves du Pape*, cuando irrumpieron en la sacristía las dos enfermeras y el chofer de la ambulancia empujando la camilla con el infeliz penitente.

Entre los tres explicaron al arzobispo los detalles del caso, y una de las samaritanas leyó de viva voz la historia clínica que había confeccionado en el trayecto a la Basílica.

El arzobispo mandó que acercaran al enajenado, comprobó su estado deplorable, se santiguó ante la Virgen Reina y Patrona, y mantuvo un breve diálogo telefónico con el arzobispo de Buenos Aires.

Luego elevó los ojos al cielo y ordenó:

— ¡Rápido, al Hospital de la Santísima Trinidad antes de que sea tarde!

Pero ya era tarde.

Camino de Buenos Aires en la ambulancia con el logo de la Cruz Roja Internacional, el hombre lanzó un gemido que hizo vibrar sus labios, los ojos exhibieron una postrer llamarada de luz celestial y dio su último suspiro mientras un sacerdote de La Sagrada Congregación de la Virgen Dolorosa le administraba los santos óleos.

En el Hospital de la Santísima Trinidad dos buenas samaritanas lo pusieron como cuando Dios lo trajo al mundo para facilitar su tránsito al Purgatorio, donde se decidiría su destino final. Lo despojaron amorosamente de su túnica, le sacaron los pantalones y los calzoncillos Calvin Klein, y tomaron de los bolsillos una estampa de la Virgen de Luján con rastros de una prolongada veneración.

¡Ah! También hallaron un documento de identidad:

*Emanuel Santos, titiritero,  
nacido en Salvador de Bahía, Brasil,  
el día de Navidad de 1965.*

## POLLOS

"¿Están dispuestos los dioses a prevenir la maldad pero no pueden? Entonces no son omnipotentes. ¿Pueden hacerlo pero no están dispuestos? Entonces son malévolos. ¿Son capaces y además están dispuestos? Entonces, ¿de dónde proviene la maldad? ¿No son capaces ni tampoco están dispuestos? Entonces, ¿por qué llamarlos dioses?"

**Epicuro**

Un átomo de carbono del polvo estelar a miles de años luz es igual a cualquiera de los átomos de carbono nuestros, a los de una bacteria o a los de una rata porque somos una gota de agua del océano espacial, y la muerte nos reintegra al cosmos.

No fue fácil llegar a esta conclusión después de superar las incertidumbres que atormentaron mi niñez.

Mis dudas existenciales se remontan a la época en que David Bendersky, el príncipe de mis recuerdos infantiles, era mi compañero, mi mejor amigo, mi cómplice en las travesuras, mi consejero, mi guía, mi asesor en los deberes de la escuela. Pero también era mi Virgilio en la incesante búsqueda de la verdad, en la precoz

exigencia metafísica de separar el bien del mal, y en mi acuciante necesidad de saber de dónde venimos, quiénes somos, adonde vamos.

David lo sabía todo. Era un excelente alumno en historia, en lenguaje, en matemáticas, el mejor jugador de fútbol, el capitán del equipo, el que siempre ganaba los honores y las medallas. Yo le tenía envidia pero lo quería tanto como se puede querer a un amigo a los doce años.

David pasaba los veranos con nosotros en la casa que construyó mi abuelo Hermán en el bosque plantado por Francisco Piria junto a la costa de lo que más tarde fue Piriápolis, al este de Montevideo en el Uruguay.

Los primeros días de enero, papá cargaba hasta el tope el viejo Pontiac y nos embarcábamos a Colonia en el puerto de Buenos Aires. Mis padres viajaban en el asiento delantero, y David y yo en el de atrás, rodeados por los bártulos y las frazadas que no entraban en el baúl.

En un par de horas tocábamos tierra, tomábamos la ruta a Piriápolis pasando por el centro de Montevideo, y al anochecer llegábamos a la casa del abuelo donde nos instalábamos hasta regresar en marzo a Buenos Aires.

Los planes y preparativos empezaban a principios de julio, en pleno invierno, y los últimos días de noviembre ya habíamos organizado las excursiones de pesca, el ascenso al San Antonio de madrugada para ver la salida del sol, la excursión a Punta del Este y a la isla de los Lobos, los viajes en trencito hasta la cantera.

Papá tenía un almacén en el mercado de la calle Salguero frente a la plaza, y el padre de David era dueño de una zapatería en la misma cuadra. Habían cursado la primaria en el Normal de Corrientes y Gascón, y no quisieron ingresar a la secundaria. Eran socios de San Lorenzo y los domingos se encontraban para ir juntos a la cancha. Después nos reuníamos para el tecito de la tarde que se prolongaba hasta la noche en que ¡chau!, cada familia volvía a su casa para repechar la semana.



Recuerdo con nostalgia aquellos días de Buenos Aires, pero los de la playa fueron iónicos, intensos, apasionados, felices antes de que un conflicto inesperado pusiera en peligro nuestro paraíso terrenal.

— No iré a Piriápolis este año —me dijo un día David en Corrientes y Salguero volviendo de la escuela.

— ¿Por qué? —le pregunté sorprendido.

— El verano pasado no comía *kasher*, pero después de mi *bar—mitzvá* decidí cumplir estrictamente las leyes judías.

— ¿No te gusta lo que comés ahora?

— No. Ya no. Desde que murió la abuela, mamá anda muy nerviosa y el rabino Sterenfeld le dijo que si no cumplía con Dios nos iban a ocurrir cosas horribles.

— ¿Está mejor desde que se alimenta distinto?

— Mejor no, pero no está peor.

Esa noche soñé con mi abuela Guitl, la madre de papá que murió cuando yo era chico.

— ¿Por qué Dios permite el mal y destruye todo lo bueno? —me preguntaba Guitl—. Yo era tan amable, tan hacendosa y mirá lo que me pasó. Me metieron bajo tierra en Tablada y estoy rodeada de bichos y de ratas. ¿Eso lo manda Dios o Jehová o como lo llamen?

Me desperté gritando, y mamá se quedó un buen rato a mi lado hasta que me volví a dormir.

Al día siguiente le repetí a David la pregunta de la abuela:

— ¿Eso lo manda Dios o Jehová o como lo llamen?

— En primer lugar es una falta de respeto y un pecado mencionar a Dios por su nombre —me respondió David—. Para no ofenderlo hay que decir Eterno, Señor, Padre, pero nunca Dios. De cualquier manera, el malo no es Él sino Satán.

A partir de ese momento el diablo irrumpió en mi existencia con tanto ímpetu que David me propuso un día visitar al rabino Sterenfeld, siempre dispuesto a contestar preguntas y aclarar dudas.

El rabino nos recibió junto a la familia un día de Pesaj después que se puso el sol, la mujer nos convidó con galletitas dulces de matzá y se interesó por nuestras familias, pero yo no pude esperar un minuto más y le pregunté a Sterenfeld quién era Satán.

— Satán es un ángel —me respondió—. No es malo ni te quiere dañar pero es peligroso. ¡La pelota de fútbol tampoco es mala en sí misma aunque te podés desmayar del golpe después de meter un gol de cabeza!

— Satán es un enemigo, ¿no? —preguntó tímidamente David.

— Los judíos deducimos reglas generales a partir de una regla particular. La Biblia no dice que tienes que poner barandas en las escaleras, pero indica que harás un cerco en tu lote de la montaña para evitar la culpa de la sangre si alguien se cae. El principio es el mismo.

— No me complique la vida con las escaleras —refunfuñé.

— Quiero explicarte que las cosas cambian si en lugar de considerar a Satán un enemigo lo respetás como a un maestro. Satán es un ángel al servicio de Dios y todo lo que hace es para complacerlo.

— ¡Entonces Dios es el que hace el mal! —reflexioné.

— ¡No! Dios es bondadoso y todas sus obras son para hacer el bien. No le gusta que se destruya lo bueno ni permite que alguien a su servicio le haga daño a los justos. La función de Satán no es perjudicar, destruir ni hacer cosas malas, sino entrenar a la gente para que busque el bien.

— ¿Entrenar a la gente?

— Para que te crezcan los músculos tenés que hacer ejercicios y practicar deportes, ¿no? Para desarrollar el espíritu hay que sobreponerse a las dificultades, enfrentar los temores, vencer la pereza, triunfar sobre el *ietzer harrú* o sea las tendencias negativas.

— *¡Ietzer harrd? Ietzerore*, decía la abuela Guitl.

— Es lo mismo pero en idish —contestó el rabino—  
Otra forma de buscar el bien es apegarse a la Torá y cumplir estrictamente sus preceptos.

— Como respetar el *kasher* —me advirtió seriamente David señalándome con un dedo.

—Mi abuela era buena y se murió —le respondí—. ¿Por qué Dios permite que suceda lo malo?

— Porque el único que conoce los motivos de Dios es Dios. Siempre tiene sus razones aunque no sepamos cuáles son, pero debemos estar seguros de su bondad y de su eterna sabiduría —me contestó el rabino.

— Yo no quiero sufrir ni que exista el mal —le dije mirándolo a los ojos.

— Recién cuando percibís la diferencia entre lo bueno y lo malo, recién entonces te asociás a la obra de Dios. ¿Qué valor tendría la caridad si no existieran los necesitados? ¿De qué servirían los médicos si no existieran los enfermos? Cuando trabajamos para corregir el mal demostramos que somos hijos de Dios aunque El no nos necesite. Entiéndanme bien. Él no nos necesita.

— ¿Cómo que no? —me atreví a interrumpir—. ¿De qué se ocuparía si no existiéramos nosotros?

— Del resto de las cosas del mundo que no son pocas. No podemos distinguir el blanco si no hay manchas ni sombras. Sin el mal, el bien pasaría desapercibido. ¿Cómo gozar de la vida si no existiera la muerte? Si nunca sentiste hambre jamás conocerás el valor de la comida. Dios creó el mal para que busquemos el bien.

— ¿Contame cómo reconocen lo que se puede comer? —le pregunté a David el lunes cuando volvíamos a casa después de la escuela.

— Muy fácil. Comemos la carne de cualquier animal rumiante que tenga las pezuñas partidas.

—¿Tienen que mirarles las pezuñas?

— ¡No...! Ya sabemos que las vacas, las ovejas y los corderos son aptos. Lo que no es *kasher es taref*.

— *iTaref!*

— *Taref* es el cerdo que tiene las pezuñas partidas pero no es rumiante; el caballo que es rumiante pero no tiene las pezuñas partidas, y también son *taref* los perros, los gatos y otros animales. La leche de un *taref* es *taref*.

— ¿Comen pescado?

— Claro, pero deben tener aletas y escamas como el arenque, el atún, el salmón, la corvina, la carpa, el mero, la sardina, la anchoa. El tiburón, el delfín, el pulpo, el esturión, los mariscos y los moluscos son *taref*.

— ¿Comen aves?

— Algunas. La Biblia señala las que están permitidas como el pollo, la gallina, el pato, el ganso, las palomas. Las carnívoras y las carroñeras son *taref*, y también el avestruz, el pelícano, la gaviota, el buitre, el cuervo, el águila.

— ¿Qué pasa con los vegetales?

— Todas las frutas y las verduras son *kasher*, pero hay que revisarlas con cuidado para no comer los insectos *taref* que pueden esconderse entre las hojas.

— ¿Sirve para bajar de peso?

— ¡No...!

— Mamá no cocina nada que engorde.

— *Kasher* no sirve para bajar o subir de peso. Se usa para sentirse bien y obedecer las leyes de Dios.

— En casa comemos de todo. Dios me parece muy estricto.

— Ya lo creo. No es fácil cumplir las normas de pureza: un animal sólo es *kasher* si está sano antes de matarlo, si lo mata un *shojet* para no hacerlo sufrir, y si se cumplen ciertas normas después de muerto.

— ¿Qué normas?

— Está prohibido comer sangre coagulada. Por eso hay que lavar y salar la carne bien a fondo. El hígado se *kasheriza* quemándolo a la parrilla.

— ¿Por qué no se *kasherizan* todas las comidas?

— No te rías, que esto va en serio. Sólo a los imbéciles les hacen gracia las cosas importantes.

— Perdóname.

— No se puede comer carne al mismo tiempo que leche o sus derivados. No se cocinan juntos ni se usan los mismos utensilios para prepararlos y servirlos. Después de comer carne hay que esperar seis horas para tomar leche porque tampoco podemos mezclarlas en el estómago.

— Me parece exagerado pero no me río.

— Conviene leer las etiquetas en los envases porque podríamos consumir derivados de la carne o de la leche sin saberlo. Algunos quesos contienen cuajos *taraf*. Cuando un producto de carne tiene lactosa es lácteo.

— Hay que pasarse el día pensando en la comida.

— Dios también piensa en vos, y esto lo manda para protegerte. Lo que se puede consumir indistintamente con carne o leche se llama *parve* y abarca las frutas, las verduras, los granos, las legumbres, el agua, los refrescos, los condimentos, los huevos, el pan, el chocolate y los bizcochos sin leche.

— Nunca creí que comer era tan importante.

— Ya lo creo. Los envases garantizados por la supervisión rabínica o *hejsher* se marcan con una (P) si son *parve*, con una (U) si están certificados por la Unión Ortodoxa de Rabinos, con una (K) si son *kasher*, y con una (D) si son lácteos (*dairy*, en inglés).

— ¡Qué bueno es alimentarse con tantas garantías! Dios tiene que compensar a la gente que se ocupa así de nuestra seguridad.

— Dios y todos nosotros. Los alimentos supervisados son más caros que los comunes, pero vale la pena pagar un poco más y estar convencidos de que hacemos lo que corresponde según la Ley.

— Papá dice que hay que pagar lo justo. Ni más, ni menos.

— ¿Querés que toda esa gente trabaje gratis?

— Creo que nadie trabaja gratis.

— Hay que consultar al rabino si surgen dudas sobre cualquier alimento.

— ¿Al rabino Sterenfeld?

— ¿Por qué no? El nos asesoró para que la cocina estuviera bien equipada con dos juegos distintos de cubiertos, vajilla, mantelería y vasos. Los lácteos son de color azul y los de la carne, rojos.

Al principio pensé que David estaba bromeando como lo hacía a menudo, pero me convencí de que hablaba en serio cuando me advirtió:

— Vos no tenés que hacer lo mismo. No sos *goi*, pero el rabino dice que muchos judíos son pecadores. Yo soy judío y tengo un compromiso con mi pueblo y con Dios.

— ¿Con Dios?

— Dios ordena lo que se debe hacer pero los rabinos tienen derecho a interpretar Sus mandamientos. En otra época algunos sabios dudaban de que los pollos fueran *kasher*. Pasa que en la Biblia las aves no son reconocidas por su apariencia sino por su nombre. El hebreo no se hablaba desde el destierro en Babilonia y las aves bíblicas no se podían identificar con certeza. La lista de impuras es incompleta. Todas las palomas y las tórtolas son *kasher*, por ejemplo. Si la codorniz es *kasher*, todas las aves similares lo son, incluyendo el pavo, la perdiz, el faisán y la gallina o el pollo.

— ¿Todo esto lo manda Dios?

— Sí, aunque las dudas sobre la codorniz se basaban en que una vez se enfermaron muchos israelitas en el desierto después de haberlas comido. Pero no murió todo el pueblo. Si la plaga hubiera sido enviada por Dios porque las codornices no eran *kasher*, todos habrían fallecido.

— Muy interesante.

— En casa no comemos pato ni ganso porque para mamá no está claro si son *kasher* y en caso de duda seguimos la opción más estricta... En fin, sería largo explicarte todo.

Pasé varios días llorando a escondidas después de la última conversación con David. Barajé todas las posibilidades, incluso la de convencer a mamá y a papá de abrazar las costumbres de la familia de mi amigo. Después

de todo también éramos judíos, ¿no? Pero me asustaba proponérselos por miedo a parecer ridículo y que se rieran de mí. En mi familia se jactaban de ser laicos y no les interesaban los problemas que plantean las religiones.

Por otra parte los Bendersky nunca habían mencionado antes su interés por la ley judía, aunque en los últimos tiempos nos llamaban la atención algunos cambios durante el tecito de los domingos: dejaron de venir a casa y sólo ellos compraban las tortas, las masas y las galletitas de agua.

En Piriápolis sería imposible cumplir reglas tan minuciosas y mi amigo no se conformaba comiendo poco. Había que pensar en otra alternativa. ¿Pero cuál?

Un día David me anunció radiante en el recreo que se había inscripto en un curso de *shojet*, es decir, de matarife, organizado por el rabino Sterenfeld. A los tres meses estaría en condiciones de sacriñcar aves aunque le tomaría un año más faenar rumiantes.

— ¡Qué bueno! —exclamé saltando de alegría.

— La macana es que tus viejos tendrán que permitirme usar mis cubiertos, mis tazas, mis vasos y mis platos.

— ¡No creo que se opongan!

Mamá y papá no se resistieron y fue así como volvimos a gozar de nuestras espléndidas vacaciones.

Nos metíamos todas las mañanas en el gallinero y atrapábamos el pollo que estaba más cerca. Yo le inmovilizaba el cuerpo, las alas y las patas mientras David se colocaba el solideo, doblaba el cuello del animal hacia atrás, lo pelaba un poco, pronunciaba una oración y le cortaba el gañote con un cuchillo bien filoso. Luego, con gran maestría lo arrojaba lejos para no mancharse con sangre mientras el animal terminaba sus estertores. Después se lo llevábamos a mamá, que lo preparaba según las costumbres higiénicas judías. No le costó mucho aprenderlas porque había vivido con su abuela siendo niña. Se habituó y prometió cocinar *kasher* en Buenos Aires, aunque jamás cumplió su palabra.

También íbamos al río como en los buenos tiempos. Sólo que ahora le dábamos a mamá los pescados con aletas

y escamas aunque usábamos como carnada los prohibidos por la Ley.

Mi amistad con David terminó cuando se mudaron al Once para estar cerca de la sinagoga ya que la ley judía prohíbe usar vehículos en *shabat* y en las fiestas religiosas.

Años después supe que había adoptado la vestimenta de los judíos ortodoxos, que se había dejado crecer la barba y que usaba *peies*, los rulos tradicionales en las sienes, símbolo de alcurnia en épocas del rey David.

Un amigo común me contó que se había casado, que vivía con los suegros en un departamento chico de la calle Boulogne sur Mer, que la mujer acababa de parir su cuarta hija y que seguía aumentando su prole hasta conseguir el ansiado varón que rezara por él cuando se presentara ante Dios.

Nunca lo volví a ver, pero no hace mucho alguien me informó que David Bendersky había muerto despanzurrado por la bomba de un extremista islámico en Jerusalén mientras caminaba al templo una mañana de Iom Kipur.

Desde entonces me atormenta un sueño que se repite todas las noches. Transcurre precisamente en el gallinero de Piriápolis, donde el príncipe de mis recuerdos infantiles se transforma en un terrorista musulmán que hace explotar una bomba atada a la cintura. Corro desesperado a socorrerlo en medio de una orgía de sangre y órganos destrozados pero me paraliza una imagen que horada mi cerebro: el cuerpo de David es el de un pollo sacudido por los estertores de la muerte. Sus ojos fijos centrados me preguntan agónicos ¿de dónde venimos, quiénes somos, adonde vamos? mientras mi héroe idolatrado se desangra con una cuchilla clavada en el gañote.



## SANTA CLEOPATRA

"El destino no es cuestión de suerte sino de  
elección.  
No es algo que se pueda esperar  
sino más bien algo que se debe conseguir."

William Bryan

Antonio nació de madrugada en el dormitorio principal de la quinta *El Avestruz*, en Carnet, cerca de una playa bordeada por dunas, pinos y eucaliptos.

Doña Encarnación, la comadrona, había colocado un hule sobre la cama de dos plazas para preservar el colchón. El bebé parecía entero y lloró en cuanto la mujer le dio unas palmadas en la cola. Después lo bañó con agua tibia en una tina, lo arropó con sábanas viejas y se lo mostró a Aristóbulo, que temblaba de miedo en el corredor.

— Tomá. Es tuyo —le dijo—. Quiero que lo cuidés como Dios manda.

Cleopatra, la madre, era hija de Giambatista Caporale, un profesor de música que se instaló en Mar del Plata recién llegado de Nápoles por el 1900.

Giambatista enseñaba a tocar piano, violín, guitarra y acordeón a cuanto postulante acudía a su casa en La Perla, pero su fuerte era el *bel canto*. Un ataque de crup había malogrado sus cuerdas vocales en la niñez aunque, para delicia de los vecinos, no le impedía vocalizar un popurrí de *canzonettas* napolitanas mientras ejecutaba en el baño su higiene corporal:

*Quanno sponta la luna a Marechiare...*

Al *Professore* le encantaba escuchar aires de la *Penisola*, y no se perdía una función del grupo lírico filodramático *O sole mió* cuando presentaba *La Trauiata*, *Norma*, *Turandot* o *Il Trovatore* en la *Società Italiana* de Mar del Plata.

Durante las largas veladas invernales solía refugiarse cerca de una docena de discos de Caruso y de Gigli atesorados en una cómoda junto al gramófono que había comprado en Buenos Aires en 1908, cuando consiguió una admisión a cazuela para escuchar a Chaliapin en el Colón.

Bien avanzados sus setenta, Giambatista hubiera dado la vida para que Antonio adolescente se interesara en la ópera. Pero el muchacho jamás mostró inclinación alguna por la lírica y se divertía en cambio cazando pajaritos y matando culebras en la playa y en el bosque de pinos cerca de la casa.

Aristóbulo Galván, el padre de Antonio, descendía de una familia patricia que había ganado poder y prestigio durante la Independencia, aunque con el correr del tiempo malgastó los bienes, perdió influencia y descuidó su reputación. La invasión del territorio indígena les había proporcionado miles de hectáreas llenas de vacunos salvajes y caballos cimarrones, pero los inmigrantes llegados desde 1850 fueron comprando poco a poco las estancias y cuando los terratenientes cayeron en la cuenta habían perdido ya buena parte de sus propiedades.

Aristóbulo jamás le prestó atención al campo, pero conservaba a buen recaudo las joyas de la abuela que vendía en los remates del Banco Municipal de Buenos Aires en otoño mientras visitaba a sus parientes, los Anchorena, en la gran ciudad.

Antonio nunca mencionaba al padre ausente y, en cambio, amaba profundamente a la mamá. Cleopatra lo había concebido cerca de los cuarenta cuando trabajaba en *La Campagnola*, la envasadora de pescado. Por ese entonces vivía con Giambatista y viajaba en el ómnibus que recorría la costa desde la madrugada hasta las seis de la tarde trasladando a los obreros.

Un día de verano Cleopatra se sentó a esperar en el umbral de la fábrica porque había perdido el último transporte, y no dudó en aceptar la invitación de Aristóbulo para llevarla de regreso en auto a La Perla. El hombre había almorzado con su primo Cuchito Pereyra, propietario de la empresa, y le pidió que aguantara unas semanas con el pagaré

firmado hacía tiempo para salir de un apuro. Cuchito lo complació y se quedaron charlando en la oficina hasta bien entrada la tarde.

Cerca de los 50, Aristóbulo seguía teniendo ínfulas de niño bien y raras veces se relacionaba con mujeres de pueblo, pero esa tarde intimó con Cleopatra y pasaron la noche juntos en la quinta de los Galván en Carnet.

Era la única propiedad que le quedaba heredada de un tío lejano pariente de los Pereyra Iraola que también habían loteado sus estancias. Nunca hizo nada para que el lugar recuperara la distinción de otros tiempos, y se limitaba a abrir las puertas de la casa para ventilarla en el verano o cuando la alquilaba a turistas que se conformaban con las playas al norte de la Perla.

Cleopatra siguió encontrándose con su amante en Carnet los domingos después de las cuadreras, pero cuando advirtió que estaba embarazada, el novio le propuso convivir por lo menos hasta que llegara el chico.

Aristóbulo desapareció de *El Avestruz* el mismo día que nació Antonio, y el niño creció rodeado del cariño de Cleopatra, que raras veces se separaba de él, lo complacía en todos sus caprichos y no lo mandaba a la escuela porque nadie mejor que ella para enseñarle a leer y escribir.

Cleopatra había interrumpido todo contacto con su familia cuando se instaló en Carnet como hembra de Aristóbulo. El *Professore* aparecía raras veces en la casa porque le costaba aceptar que su hija viviera amancebada y pensaba que la pobre Angiulina habría llorado a mares de haberse enterado. Pero Dios la había llamado a su seno durante el segundo parto en el que murió también el recién nacido.

Con el tiempo Giambatista dejó de visitarlos y sólo aparecía en Navidad con alguna sonsera que conseguía para su nieto en la feria de los domingos.

Aristóbulo Galván enviaba a la quinta los primeros de mes a una tía vieja que les dejaba lo justo para comer y comprar alguna ropa, pero con el tiempo dejó de hacerlo y Cleopatra se encargó de la limpieza de algunos chalets de la

zona y de lavar la ropa de los vecinos, con lo que cubría sus necesidades y le alcanzaba para ahorrar unos pesos en el Banco de la Provincia.

Antonio iba a todas partes con Cleopatra, al trabajo, a pasear por el bosque, los veranos a la playa y al teatro de títeres en Mar del Plata. Muchos vecinos la halagaban cuando se detenían a conversar después de misa en la iglesia de Carnet y exaltaban la devoción de la mujer que criaba a su hijo como una madre ejemplar.

Antonio compartía la cama con Cleopatra en el dormitorio donde lo había parido; sin embargo, ya tenía diecisiete años cuando sucedió por primera vez:

— No se lo cuentes al abuelo ni a nadie —le advirtió ella.

— No.

Al día siguiente Cleopatra visitó al cura Profumo en Dolores porque le pareció más entendido en esas cuestiones que el párroco de Carnet, a quien apenas conocía. Cuando le confesó lo que había sucedido, el sacerdote se puso pálido y no le creyó hasta conocer los detalles. El chico había crecido y presentaba las condiciones físicas de un hombre hecho y derecho.

— Nadie puede negar que lo hizo por amor —sollozó la madre.

— ¡Pero es incesto, hija mía, un arma diabólica que corrompe la relación familiar y nos convierte en animales! —exclamó Profumo.

— No lo pudimos evitar, padre. ¡Tantos años durmiendo juntos después que nos abandonó Aristóbulo! Al principio estaba llena de cariño maternal por Antonio y quería que creciera fuerte y sano, pero hace tiempo noté que no sólo era mi hijo sino que también era el hombre que más amaba en la vida.

— ¡Jesús ordena que el incestuoso sea entregado a Satanás para destruir su carne! Tu hijo se crió sin papá y tuvo la desgracia de ser educado por una mujer ignorante. ¡Lo dejarás marcado para siempre!

— Pero, padre, Antonio se acercó a mí mientras yo dormía y me sentí la mujer más feliz del mundo. ¡Hacía tanto que no me pasaba!

— ¡Calla, descocada! ¡No me tortures más! ¡En nombre de Dios!

Cleopatra volvió a *El Avestruz* y ayunó y rezó los padrenuestros que le impuso el cura. Por otra parte, armó un camastro de paja en la cocina y obligó a Antonio a dormir allí, pero una semana después el muchacho se levantó a medianoche, la madre no pudo evitar que volviera junto a ella y todo quedó como estaba antes de visitar a Profumo.

Antonio y Cleopatra tuvieron dos hijos: un varón que llamaron Genciano como la raíz que alivia la inapetencia, y una niña que bautizaron María como la Santa Virgen.

Si bien llevaba el apellido de la mamá, Antonio vivió toda su vida vendiendo las joyas de la abuela que heredó cuando murió su padre al caer del caballo en una cuadrera. Fue un hombre humilde y piadoso a quien Dios enfermó de cataratas y encegueció hasta su muerte en brazos de la hija que jamás se casó para cuidarlo como correspondía.

Genciano permaneció en cambio junto a Cleopatra, siempre hermosa a pesar de los años. El nieto la idolatraba y de noche enlazaban sus cuerpos para entrar en calor. Pero la felicidad no es eterna: Cleopatra perdió las fuerzas y la memoria, se le cayeron los dientes y el cabello, se le ablandaron los huesos, y una madrugada dejó de respirar.

Genciano nunca se recuperó del dolor, hizo retiros espirituales, ejerció piadosamente la caridad, se flagelaba noche por medio durante las Pascuas, y construyó con sus propias manos la capilla que alberga la tumba de Cleopatra en el cementerio de Carnet y que con el tiempo cobijó también los restos de Antonio, de María, y del propio Genciano.

La historia llegó a oídos del Papa en Roma, y el Santo Padre beatificó a la anciana luego de que el obispo Profumo confirmara su aparición frente a unos peregrinos de Sierra Leona.

A nadie se le escapaba que Cleopatra no había vivido como una santa y muchos atestiguaron que no cumplía con Dios como correspondía, pero la decisión del Santo Padre era una prueba más de que había ejercido la virtud de la caridad, o sea, del amor.

*El amor a Dios y el amor al prójimo son la misma cosa* —les escribió el Pontífice en una carta pastoral—, *de modo que uno depende del otro. Por eso tanto podremos amar al prójimo cuanto amemos a Dios, como amaremos a Dios cuanto amemos al prójimo.*

Con el tiempo Santa Cleopatra se convirtió en patrona de los ancianos de la costa atlántica que todos los años acuden a la tumba en el cementerio de Carnet para rendirle culto.

Ahí oran también los fieles que reverencian a Antonio, a María y a Genciano, protectores de los jóvenes que aman a los viejos.

## EL SENTIDO DE LA VIDA

"Antes de volverse eremita, Zaratustra se complacía en burlarse de sus opositores. Un día los llevó a un prado encantador y les presentó a la Vaca Sagrada que pastaba.

— Dime, bestia tonta —le preguntó—. ¿Por qué no haces algo útil? ¿Para qué sirves? Masticando el pasto sabroso la Vaca Sagrada le contestó:

— MU (ideograma chino para NINGUNA COSA). Nadie entendió, ante todo, porque nadie comprendía chino."

**Camden Benares, *Zen sin maestros de Zen.***

La paz renació en 1983.

Aun quienes habían perdido las elecciones expresaban públicamente su alegría, vitoreaban al presidente Alfonsín y aclamaban el comienzo de una nueva era libre de las angustias del pasado.

— *Con la democracia se come, se construye, se educa, se crece, se gobierna...*

Pero no fue totalmente así. Las heridas eran profundas y tardaron en cicatrizar.

Noé Bielopolski huyó a Nueva York con un pasaporte de las Naciones Unidas cuando los gorilas asesinaron al hermano. Naamá y los chicos viajaron a Europa al día siguiente y se encontraron en Madrid una semana después.

Se habían salvado pero debían pensar de qué iban a vivir.

Alquilaron un departamento cerca de la Puerta del Sol y, a punto de terminárseles el dinero, se mudaron a un hospedaje frente a la estación de Atocha donde pagaban dos mil pesetas diarias y podían cocinar. La mujer cuidaba niños de tarde. Los chicos consiguieron empleo como cadetes en el *Corte Inglés* y daban lecciones de castellano a turistas japoneses.

Noé se dedicó primero a vender alfajores, luego puso una oficina de viajes en la calle de Alcalá y más tarde abrió un restaurante cerca de la Plaza Mayor. Después de unos meses, sus ingresos permitieron que los hijos estudiaran en la Universidad de Madrid. Se graduaron en pocos años, dos en periodismo y el menor en administración de empresas.

Regresaron a la Argentina en 1982 antes de las elecciones. El panorama económico era desalentador pero el entusiasmo por colaborar en la reconstrucción del país les dio energías para comenzar de nuevo.

El piso de Noé estaba en ruinas. Nadie había pagado las expensas durante años, y el consorcio puso en remate la propiedad ya que la faja de clausura no impedía que los ladrones entraran por las ventanas y se llevaran los muebles, las arañas, los enseres de cocina y hasta los retratos de familia sin que la policía impidiera el vandalismo porque lucraba con él.

En el estudio faltaban documentos; habían sido robados por la *represión*, que se presentaba de noche para *investigar denuncias* y se apropiaba de los archivos, los escritorios, los sillones, las máquinas de escribir, y hasta del papel higiénico y el jabón de los baños.

Muchos amigos habían muerto o vivían lejos del país. Algunos comenzaban a regresar, pero persistían las dudas sobre el futuro porque las Fuerzas Armadas escapaban al control del Estado. Deseaban una revancha y el gobierno defendía la democracia a costa de concesiones peligrosas, manejando a tientas un ajedrez que era más bien una ruleta rusa.

Noé tardó meses en organizar su trabajo y restaurar los contactos profesionales. Entre todos los miembros de la familia borraron los rastros del pillaje, pintaron las paredes y los techos, compraron muebles de segunda mano y cubrieron los pisos con alfombras vinílicas.

El lugar volvía a tener el aspecto de un estudio de abogado y pronto regresaron los clientes satisfechos de devolver sus pleitos al hombre de confianza. Con el tiempo, mudaron la oficina a un departamento frente a la plaza San



Martín y se instalaron en un piso elegante de la Recoleta, amueblado por *Nordiska*.

Alguien les ofreció cincuenta hectáreas en Mendoza, cerca de San Rafael, dedicadas al cultivo de peras, duraznos, ciruelas, tomates y vid. Naamá quedó atrapada por el proyecto, transmitió su entusiasmo y en pocos días compraron el establecimiento.

Noé comenzó a viajar los fines de semana. La bodega estaba en ruinas, las plantas de envasado eran obsoletas pero abundaba el dinero para mejorar el establecimiento y aumentar la producción.

Bielopolski se enamoró de la empresa. Estaba harto del accionar judicial, de la cháchara de los clientes, la agresividad de los colegas, los trámites, las citaciones y pretendía dedicarse solamente a la finca. Pero el interés de Naamá decayó con el tiempo. No deseaba sacrificar su vida social en Buenos Aires, las amigas, las cenas en los restaurantes de moda, las exposiciones, el yoga, los conciertos de la *Wagneriana*, el *Colón*, y dejó de viajar a San Rafael mientras Noé sólo regresaba ocasionalmente a Buenos Aires.

Los tres hijos, Jaime, Sebastián y Carlos, lo visitaban por obligación y se aburrían a más no poder.

— ¡Qué bodrio es esto! —se lamentó un día Jaime—. ¿Cómo se puede vivir sin los amigos ni las minas de Buenos Aires?

— ¡Un desierto! —reclamó Sebastián—. ¡No paso una semana más aquí aunque me lo pidan de rodillas!

Carlos veía las cosas de otra manera. Lo obsesionaba la computación y propuso comprar aparatos y programas para administrar la empresa.

Consiguieron un crédito en dólares del *Banco de la Provincia de Mendoza* para financiar las mejoras en la planta industrial. Los negocios avanzaron viento en popa: lograron exportar tomates enlatados a Francia e Inglaterra y distribuir vinos en Estados Unidos, desde donde llovían las órdenes de compra.

En pocos años, la empresa tuvo un éxito sensacional, pero el 89 encontró a los Bielopolski endeudados en dólares hasta la coronilla. Los préstamos excederían ampliamente sus posibilidades de pagarlos. No podían incrementar la producción ni asumir sus compromisos. Los obreros reclamaban aumentos de salario, trabajaban a reglamento y destrozaban las instalaciones. La fruta se pudría en las tinajas, las pérdidas eran cuantiosas, los acreedores se pusieron exigentes, el *Banco* no tuvo más consideraciones y declaró la quiebra.

Noé presenció desesperado el remate de las maquinarias y los muebles. Sólo le dejaron una mesa, la cama, una silla y algunos cacharros.

Finalmente, la compañía de electricidad le cortó el suministro y alguien le prestó un *sol de noche* para que no anduviera a tientas en la oscuridad.

Bielopolski no regresó a su despacho en Buenos Aires, se encerró en la finca y comenzó a sentirse cómodo en su nuevo destierro. Ya no tenía que defender el pellejo como cuando huyó a España. La hiperinflación y la bancarrota le enseñaron a amar la naturaleza. Sin plata pero sin obligaciones sociales. Solitario pero sin la presión de la mujer y los hijos para obtener más bienes, más riquezas, más figuración social.

Le escribía a Naamá que no vinieran a molestarlo: *los chicos se aburren conmigo. No los necesito. Puedo arreglarme solo.*

Compraba pan y fruta en el mercado cuando, muy de tarde en tarde, iba a la ciudad. Bebía diariamente un par de litros del vino salvado de los acreedores y, poco a poco, el alcohol se convirtió en su mejor amigo.

Los hijos llegaron al final del otoño. El lugar estaba desierto. Golpearon las manos pero no apareció nadie. Dos ovejeros alemanes se acercaron peligrosamente mostrando los colmillos. Jaime y Sebastián no se quisieron arriesgar y subieron al auto.

— ¡Vámonos de aquí! —dijo Jaime.

—El viejo debe haber muerto o se mudó a otra parte —apuntó Sebastián.

Carlos tranquilizó a los perros, empujó el portón de la verja, caminó hasta la casa, e intentaba en vano abrir la puerta principal cuando advirtió un postigón entornado en el dormitorio.

¡No lo podía creer! Noé estaba en el suelo respirando con dificultad, la barba crecida y el pelo hasta los hombros. Había botellas de vino, restos de comida, latas vacías, ropa sucia, sábanas y papel de diario desparramados en el piso. Las ratas corrían por la habitación, una se acurrucaba junto a la cabeza del padre y otra le exploraba el ombligo. Apenas pudo reconocerlo, pero sin lugar a dudas, ¡era él!

Forzó la ventana con una vara de hierro que encontró en el parque, entró a la habitación y avanzó a pesar de la mugre y los roedores.

— ¡Viejo idiota! ¡Hasta dónde llegó tu locura!

No sabía qué hacer pero tenía que ayudarlo. El sexo que abultaba bajo los calzoncillos deshilachados le pareció la cosa más grotesca del mundo y se rió a carcajadas:

— ¡Casi entregás el gollete, payaso!

Corrió el cerrojo de la puerta de calle, la abrió y se acercó a la verja. Los hermanos dormitaban en el auto.

— ¡Vamos, vengan, vengan! —los apremió.

Jaime y Sebastián sintieron que el mundo se les venía abajo y descargaron su furia y su impotencia sobre Carlos:

— ¡No me peguen a mí, imbéciles! ¡Rómpanle el alma a él! ¡A él! —les gritó mientras huía al jardín para protegerse.

Más serenos, entre los tres envolvieron al padre en una frazada, lo colocaron en el asiento de atrás del auto y lo llevaron al hospital.

Más tarde llamaron por teléfono a Naamá:

— Papá estaba solo. ¡Nosotros tenemos la culpa! —reflexionó la esposa.

— No es de cuidado —los tranquilizó el doctor Kaplan en Buenos Aires—. Desnutrición y algunas lastimaduras que no tardarán en cicatrizar. En cuanto al alcohol, ya veremos qué hacer más adelante.

Noé casi no recordaba lo sucedido.

— Me salvaron la vida —comentó cuando le explicaron los detalles—, pero no puedo perdonar que Carlos se burlara de mí.

— ¡El chico estuvo a punto de enloquecer de rabia y de vergüenza! —protestó Naamá—. ¿Qué podía hacer? ¿Salir corriendo? ¿No contárselo a los hermanos? ¿Matarte? ¿Suicidarse?

Esa noche se reunieron alrededor de la mesa. Era *Pesaj*, compartieron el *guefilte fish* y los *kneidlaj* que preparó Naamá, y Carlos hizo la pregunta clásica de los hijos menores:

— *¿En qué se diferencia esta noche de las otras?*

Siguieron las explicaciones de la leyenda ancestral:

— *Fuimos esclavos...*

Sebastián se impacientó:

— ¡Las hazañas de Moisés en Egipto! ¿Y las nuestras después de la hecatombe? ¡El *Proceso* fue un diluvio que destruyó todo lo que amábamos, la familia, el trabajo, la casa, los amigos, el país!

— Tenés razón —lo interrumpió el padre—. Fue un diluvio como el de mi tocayo Noé. Dios lo protegió junto a la mujer y los hijos porque era el único ser humano que observaba Sus leyes.

— ¡El Génesis también dice que Jehová se arrepintió de haber creado al hombre! —terció Naamá.

— Nos salvamos, pero las cosas cambiaron al bajar las aguas. Ahora sólo nos interesa el dinero —continuó Noé.

— ¿De qué estás hablando, papá? —lo interrumpió Carlos—. No se puede vivir sin plata. ¿Querés volver a la época del trueque?

Al día siguiente Bielopolski regresó a San Rafael. De nada valieron las protestas de la esposa ni sus amenazas de

divorcio. Partió con lo que llevaba puesto y una cartera con el título de propiedad de la finca.

Los chicos no aceptan que no se consiste en lo que se tiene, le escribió a Naamá. ¿Qué ama quien sólo desea acumular riquezas y llenarse los bolsillos? Aquí aprendí el sentido de la vida.

Pasaron seis meses sin noticias. Los hijos fueron a buscarlo pero se negó a regresar. Una cosecha providencial le había permitido reanudar la explotación de la bodega:

— Equivoqué el camino pero descubrí al viejo Noé —les dijo.

— Tu venerado patriarca también plantó una viña después del diluvio y se mamaba con su propio vino —lo fustigó Carlos—. ¡Seguís tan borracho como siempre!

— ¡Papanatas! —murmuró Noé Bielopolski.

## JACINTA Y EDUVTGES

"Nacemos desnudos, mojados y llorando.  
Después las cosas se complican. "

**Anónimo cingalés**

Jacinta era hija de Pulcra, una muchacha de Dolores que hacía la última tentativa para reconciliarse con Tiburcio Catrilé, el levantador de quinielas con quien se había juntado una noche de calentura durante los bailes de Carnaval. Tiburcio siguió molestándola sin aportar un centavo para cuidar a la niña hasta que se alejó de la zona para no correr riesgos cuando metieron preso al comisario Millacurá, su padrino.

La pequeña enfermó gravemente poco después de nacer y la internaron en el Hospital del Sagrado Corazón, donde la alimentaban por un tubo en la nariz y le pinchaban las venas y la cabeza. Pulcra sufría horrores pero, por otra parte, no quería gastar en remedios los pocos ahorros que le quedaban y prefirió llevársela a doña Brígida Caipillán, una vidente que le tiró el cuerito por un par de pesos para curarle el empacho.

Doña Brígida la acostó boca abajo en un banco, le untó los pies y la cabeza con aceite sagrado de salvia, midió el tamaño del agobio, cerró con una sola mano el metro que acababa de usar y rezó:

*¡Señor!*

*Te pedí fuerzas y me hiciste débil.*

*Te pedí salud y me hiciste frágil.*

*Te pedí riqueza y me hiciste pobre pero sabia.*

*Té pedí cosas para gozar de la vida y me diste vida para gozar de las cosas.*

*¡Dios mío querido, ayúdame a salvar a Jacinta para que te ame como yo te amo!*

Después se levantó la pollera, subió a horcajadas sobre la enfermita y le tomó la piel de la espalda entre dos dedos hasta que escuchó el chasquido indicador de que las paredes del estómago se habían despegado y que, por lo tanto, estaba curada.

Días más tarde, la vidente colocó sobre la pancita de Jacinta una hoja de acelga cortada de mañana temprano, sin sal, y la mantuvo hasta la noche. Pero la niña seguía grave, y el padre Profumo le impuso las manos a cambio de una limosna para los pobres mientras rezaba un padrenuestro aguardando que la energía de su alma colmara las partes que necesitaban alivio. La fiebre bajó milagrosamente y la criatura comenzó a berrear y a chupar la mamadera porque Pulcra se había quedado sin leche.

La llamaron Jacinta, como la flor, aunque jamás fue linda, tardó en sentarse, en caminar, y nunca aprendió a leer ni a hacer cuentas.

Cuando cumplió dos años, la madre se colocó con cama adentro en la estancia de los Duhau, que no querían chicos en la casa, y se la entregó a la abuela doña Eduvigés, que vivía sola en su rancho y ya había criado los retoños de la Gerundia y la Clementa, sus hijas mayores.

Eduvigés se encariñó con Jacinta, le daba leche calentita al pie de la vaca para conservar la fuerza curativa de la naturaleza y, los domingos, sopa de carne de nonato que le regalaban en el matadero. Se hacía de unos pesos limpiando dos veces por mes la casa del doctor Arancibia, el médico del pueblo, y la del doctor Mendiguren, el juez de paz, y cuando le sobraba plata compraba aceite de hígado de bacalao para fortificar la sangre de la nieta.

A los doce, Jacinta aprendió a arañar y a dar puñetazos a los chicos del pueblo que pretendían enamorarla. Ninguno salía ileso del intento hasta que a los veinte conoció a Liborio mientras compraba yerba en la feria. Tenía la misma edad, era alto y buen mozo, hacía changas en el ferrocarril, dormía en un galpón y comía cuando le alcanzaba la plata. La muchacha lo llevó a vivir con ella y la

abuela, aunque había poco lugar en el rancho y los tres compartían un jergón.

Habían pasado cinco años felices cuando Jacinta quedó embarazada. Eduviges se puso furiosa y se lo confesó al cura:

— ¡Yo también quiero preñarme, padre!

— ¡No seas loca, Eduviges, las mujeres de tu edad no tienen chicos!

Profumo le recomendó que le rezara a Santa María siete padrenuestros, siete avemarias y siete glorias todas las mañanas en ayunas, pero cuando la anciana percibió que Dios no la escuchaba, recurrió a la Virgen Desatanudos cuya estampita le había regalado Gertrudis, la mujer del boticario.

— Yo tampoco podía quedar —le contó—, y Ella me ayudó a tener a Franzito cuando visité a mi mamá en Bavaria. La Virgen lleva un vestido rojo y un manto azul, y dos ángeles desatan los nudos de una cinta blanca.

— ¿Nudos? —preguntó Eduviges.

— La Santa hace preñar a las viejas deshaciéndoles los nudos de la barriga —respondió Gertrudis mientras se soltaba el botón más alto del guardapolvo para aliviar sus pechos repletos.

Poco después empezaron a crecer los vientres de la nieta y de la abuela.

Cuando la comadrona trajo al mundo a la hija de Jacinta, el cura la exorcizó para expulsar al demonio de su cuerpo y la bautizó como Luci porque era hija del mal encamado en Liborio a quien el cura llamaba Lucifer.

Entretanto la abuela Eduviges enfermó gravemente y murió un mes después de hidropesía con la panza a punto de estallar. Pero hasta exhalar el último suspiro no perdió la esperanza de tener el hijo que, según decía, iba a ser tío de Jacinta y a la vez hermano de Luci por parte de padre.



## LOS ASESINOS

"De haber presenciado la Creación,  
hubiera dado algunos consejos útiles  
para ordenar mejor el Universo."

**Alfonso el Sabio**

Cecilia miró impaciente el reloj mientras apuraba el último trago de café. Eran las cuatro de la tarde y había pasado una hora aguardando a Walter en la confitería de Las Heras y Tagle.

Llamó al mozo, pidió un cortado y encendió otro *Gitanes*. El médico no le permitía fumar pero ella no podía contenerse cuando estaba nerviosa.

— Cinco minutos más y me voy —decidió—. ¡Qué se creará ese tipo!

Era la dueña de la empresa y no iba a tolerar que la dejara plantada un empleado.

Cuando falleció el esposo, asumió la dirección de la fábrica en Villa Lynch y del negocio de Canning. No sólo consiguió mantener la producción textil reparando las máquinas, sino que la aumentó gracias a las nuevas traídas de Inglaterra a pesar de estar prohibida la importación. En Manchester la había asesorado un pariente lejano, Lord Levine, nieto de una tía nacida como ella en Polonia.

Durante la guerra, Jaime y Cecilia Rosenstock fabricaban rayón con el hilado sintético que les vendía la *Duperial*. Los ingleses premiaban así a quienes se negaban a utilizar mercaderías alemanas. Naturalmente, los empresarios judíos también se adhirieron al boicot antinazi.

Muerto el marido, no le resultó fácil conducir las dos ramas de la empresa. Se hallaba cómoda en el negocio de Canning porque había trabajado en una tienda de Leipzig y le agradaba el contacto personal con los clientes. Pero la

fábrica de Villa Lynch le resultaba un hueso duro de pelar. Ahí dependía de la pericia de los técnicos y, desde hacía un año, de la habilidad de Walter Kálnay, el gerente.

Cuando lo entrevistó por un aviso en el diario, le agradó su formalidad, la mirada penetrante, el bigote rubio espeso y el cabello arremolinado en la frente. Parecía el ejecutivo de una compañía británica, pero el marcado acento gutural delataba su origen centroeuropeo.

Presentó un curriculum impecable. Había nacido en Budapest hacía cincuenta años. El padre pertenecía a la nobleza húngara, los Esterházy, quienes, a pesar de su origen magiar, consiguieron un lugar destacado junto al emperador austríaco Francisco José. La madre era una aristócrata de la familia reinante en Prusia, los Hohenzollern, que perdieron su fortuna después de la Primera Guerra y ella debió ganarse la vida como profesora de piano.

Walter hablaba cinco idiomas además del castellano: francés, inglés, alemán, ruso y, naturalmente, húngaro. Tenía un título en administración de empresas de la mejor universidad de Hungría y, en 1936, se casó con Zsa Zsa Székesféhervar, pero se divorció al poco tiempo. Trabajó sucesivamente en la *Banca Baring* de Londres, en la fábrica *Renault* de París y en las industrias Krupp de Bohemia. Había llegado a la Argentina para trabajar en la *Textil Santa Pajarita* de Córdoba, instalada durante el primer gobierno de Perón. En poco tiempo logró el cargo de gerente, pero luego intentó explorar nuevos horizontes en el Gran Buenos Aires.

Las referencias laborales eran óptimas. Cecilia lo empleó de inmediato y no se equivocó porque en menos de tres años expandieron la actividad empresaria, incorporaron nuevos rubros, abrieron locales de venta directa al público y multiplicaron varias veces las utilidades.

Walter era un político hábil. Conocía bien algunos aspectos peculiares de la actividad comercial y sabía cómo y dónde distribuir prebendas. Entraba y salía sin obstáculos

de la Casa Rosada y de los ministerios de Industria, Comercio y Relaciones Exteriores.

A Cecilia le costaba seguir el ritmo de su gerente. Se encontraban a menudo fuera de la oficina para hacer trámites bancarios, asistir a reuniones con ejecutivos de otras empresas o agasajar a un personaje encumbrado.

Cierta vez, Kálnay la convidó a cenar en su casa para discutir un asunto de trascendencia: debían *adornar* a un político con la bonita suma de cincuenta mil dólares. Valía la pena porque seguía prohibida la importación de máquinas textiles y el *gestor* estaba dispuesto a aceptar el acuerdo si se hacía *taca taca*.

Cecilia aceptó discutir el tema sin correr riesgos. Las paredes tenían oídos y cualquier indiscreción podría desbaratar el acuerdo con el mandamás de turno.

No le gustaba mezclar los negocios con la vida privada y, desde su viudez, había impuesto limitaciones a sus actividades sociales. No salía sola. Siempre la acompañaban las amigas o la secretaria privada. Sin embargo, ya era tiempo de abandonar su mesura. No tenía hijos y, a los sesenta, experimentaba un vacío afectivo no cubierto por la hermana, el cuñado y los sobrinos, menos interesados en ella que en sus bienes. El gerente podría ser una solución atractiva.

Cecilia tardó una hora en llegar con el *Mercedes* desde su casa en Palermo Chico hasta el chalé de Walter en las Lomas de San Isidro. Kálnay vivía solo y, sin duda, sabía invertir su dinero. Un Vlaminck y un Utrillo se destacaban en la *boisserie* de la sala donde también colgaban cuadros de Figari, un Arlequín de Pettoruti, dos Batlle Planas y un Picasso de la época azul. El piano de cola frente a la ventana del jardín y los objetos de arte distribuidos en el *living* daban cuenta de la cultura y el refinamiento de este personaje de estilo europeo quien, sólo Dios sabe cómo, logró salvarse de la guerra. Habían mencionado el tema pero él lo eludía sin entrar en detalles.

Tomaron un par de *Martinis* y cenaron con champán, caviar y lenguado a la provenzal. A los postres, ensalada de frutas con licor de guindas, y luego coñac *Napoleon* junto a la chimenea barroca. No hablaron de negocios, los temas se hicieron más íntimos y finalmente él la invitó a pasar la noche en su casa. No le pareció mal. Al alba, mientras hacían el amor, Cecilia descubrió una cicatriz en el labio de Walter disimulada por el bigote y, sin saber por qué, se echó a llorar desconsoladamente. Él la tranquilizó y se durmieron abrazados.

Hizo señas desde la puerta de la confitería y se sentó a la mesa:

- No me gusta que te atrases —protestó ella.
- Perdóname. Me llamaron de la fábrica.

El gerente vestía de *sport* con un saco blanco y una polera clara ajustada al cuello. Ella lo miró con insistencia y tuvo la sensación de haber vivido antes esa escena. Se puso pálida, comenzó a temblar, susurró una frase incomprensible y se desmayó.

— ¿Qué te pasa? ¿Qué te pasa? —reiteró Kálnay mientras trataba de socorrerla.

Cecilia se repuso en pocos segundos y balbuceó:

— Fue una visión horrible, como si algo regresara del otro mundo.

Se levantó apoyándose en Walter, caminó insegura al salón reservado, a duras penas abrió la puerta y se volvió a desvanecer.

Desde la ventana del hospital vio pasar a un enfermo en silla de ruedas y evocó la pesadilla que la atormentaba desde hacía tiempo: ella, la elegante, la encantadora Cecilia, se inclinaba a recoger el pañuelo que dejaba caer Jaime de su mano temblorosa. El la miraba mientras un hilo de saliva espesa se le escurría entre los labios.

En Buenos Aires les hablaron de una intervención quirúrgica, una maravilla de la ciencia, una conquista de la tecnología. Les pareció descabellado viajar a Europa porque no creían en milagros y sabían que los médicos eran incapaces de hacerlos. Sin embargo, los amigos les aconsejaron intentar esa posibilidad. Los fastidiaba verlo temblar y se hacían los distraídos cuando ella lo ayudaba a vestirse, a levantarse de la cama, a comer, a ir al baño.

¡Depositaron tantas esperanzas en la operación! Ahora ya había pasado todo. ¿Todo? Hm... Las cosas andaban mal. Apenas se contuvo cuando el *Herr Professor* anunció lo de la hemorragia cerebral. Ese *genio* rubio con una cicatriz en la cara hablaba sin mirar a los ojos, tieso en su uniforme blanco abotonado hasta el cuello.

Cecilia recordó el viaje a Sudamérica, cuando huyeron de Alemania en el 38. Gastaron sus ahorros, sobrevivieron gracias a unos amigos, y con mucho esfuerzo lograron empezar una nueva vida, pero las cosas eran distintas ahora. Estaba sola y debía ser valiente. De pronto le pareció que Jaime respiraba con dificultad y llamó a la enfermera.

— *Alies gut. Sie müssen Geduld haben* —trató de tranquilizarla la mujer en su dialecto bávaro.

Los Rosenstock tenían una larga historia de recriminaciones contra los alemanes. Según ellos, todos eran nazis. A duras penas habían sobrevivido durante la *Kristallnacht*. Cecilia evocaba en sus pesadillas el estallido de los escaparates y los gemidos de la gente apaleada por los SS.

La *Krankenschivester* le ordenó salir de la habitación para cambiar el suero y tuvo miedo de volver a entrar. Todo esto le pasaba a alguien, en alguna parte. No podía sucederles a los Rosenstock y mucho menos en Alemania, donde habían jurado no regresar jamás. ¡Odiaba tanto al país y a esa gente!

— Es tiempo de que se tome un descanso —le dijo Daniel Mansilla, un médico argentino que trabajaba en el hospital—. Va a ser largo y debe conservar las fuerzas. Yo me quedo. Váyase tranquila.

Le hizo bien respirar el aire tibio del verano. Se desplomó en la cama, cansada de subir los cuatro pisos sin ascensor, durmió un par de horas y se despertó sobresaltada. El marido podría haberse agravado. Tenía que regresar. Se dio una ducha, comió un sándwich y bajó corriendo las escaleras.

— Está igual —le aseguró Mansilla—. El cirujano lo examinó hace un rato. ¡Hay que tener paciencia!

Al tercer día empezaron las complicaciones. Fiebre alta, bronconeumonía, fallas en el corazón. Los médicos y las enfermeras iban y venían con jeringas, tubos de plástico, medicamentos y papeles. Cecilia pedía informes pero la rechazaban con indiferencia.

— *Herr Professor* le explicará.

El enfermo pasó mal la cuarta noche y agonizaba al llegar la mañana. La mujer salió al corredor cuando se lo anunciaron y exclamó:

— ¡Nazis de porquería! ¡Torturadores!

Daniel intentó consolarla pero ella lo arañó y lo golpeó con los puños:

— Quisieron hacer experimentos con mi marido. ¡Hitler no pudo con nosotros pero estos criminales lo van a liquidar!

Los ronquidos se escuchaban a través de la puerta. £)e pronto se hizo silencio. Varios médicos y enfermeras llegaron corriendo, le colocaron un tubo en la tráquea, practicaron respiración artificial, aceleraron el goteo de

suero y le inyectaron adrenalina en el corazón. Fue inútil. Estaba muerto.

Daniel juntó fuerzas para decírselo:

— Señora, lo siento mucho pero acaba de fallecer.

Ella salió de la habitación gritando:

— ¡Asesinos, asesinos!

Nadie la intentó detener.

No le cabían dudas, su gerente y el *Herr Professor* eran la misma persona. Parecía más viejo y canoso que hacía diez años con el bigote espeso y los anteojos oscuros, pero ¿cómo no se había dado cuenta antes de que era el asesino de su marido? Ahora estaba segura. Lo delataron el saco blanco y la polera ajustada al cuello igual que en el uniforme que usaba en el hospital.

Kálnay empujó la puerta del salón reservado:

— ¿Qué te pasa? ¿Estás bien?

— ¡Dejame, dejame! ¡No me toqués! —gritó ella y huyó despavorida.

Intentó escapar a la calle entre las mesas pero tropezó con un señor gordo y, cerca de la salida, hizo tambalear a un mozo cargado con un servicio de té que cayó estrepitosamente al suelo. Llegó hasta las puertas de vaivén, las empujó y dio un par de tumbos.

Walter la alcanzó en la vereda y la obligó a subir a un taxi.

— A la Avenida de los Pinos 3420, en San Isidro —ordenó.

— ¡Quiero irme, quiero irme! —gritaba ella.

— De ninguna manera —mandó él—. Sé lo que te sucede.

— No se preocupe —le explicó al taxista—. Mi esposa tiene un ataque de nervios.

— ¡Anda cada loca suelta! —murmuró el hombre.

Cecilia cerró los ojos prestando atención al traqueteo de las ruedas sobre el empedrado. Tardaron una eternidad en llegar. Por fin, el automóvil se detuvo, Walter le pagó al chofer sin esperar el vuelto, abrió la puerta de calle, la empujó al interior y la obligó a sentarse en un sillón del *living*:

— ¡Así me gusta, vieja imbécil! —le dijo sonriendo—. ¡Cómo me cansaba hacer de novio y obedecer tus órdenes estúpidas! ¡Ahora me vas a escuchar!

Se sirvió una copa de coñac:

— Tuve mis razones para citarte fuera de la oficina. No soy Walter Kálnay. Me llamo Günther Schweinstall y nací en 1915 cerca de Götterdämmerung, a un paso de Stuttgart, donde mis padres tenían una fábrica de tejidos. Me enviaron a los mejores colegios, aprendí música con Ohrenstrafe, alumno de Wagner, y pintura con Sündemahler, de la escuela del marqués de Sade. Me sobraba tiempo para pelearme a sablazos con los muchachos mientras estudiaba medicina en Heidelberg. Esta cicatriz en el labio es un recuerdo de aquellos años —acotó mirándose un buen rato en el espejo.

— Cuando Hitler se convirtió en canciller de Alemania —prosiguió—, me afilié al partido nazi y juré dar la vida por el *Fuehrer*.

Ella intentó levantarse pero Günther rompió la botella de coñac y la amenazó con las puntas.

— ¡Quedate quieta porque estoy dispuesto a todo!

Encendió la pipa y aspiró el humo del tabaco *Ekelkohle* producido por el Tercer Reich para los oficiales que participaron en el sitio de Stalingrado.

— ¡Cuántos recuerdos me trae este perfume! —exclamó entornando los ojos mientras Cecilia se tapaba la nariz para protegerse del olor nauseabundo.

— Le rendí incontables servicios al *Movimiento* y me incorporaron a la SS en 1938. Destrocé mil vidrieras en la *Kristallnacht*, le sacudí el polvo a cientos de judíos y quemamos decenas de libros comunistas de Marx, Heine,



Freud y otros enemigos de Alemania. Después trabajé en el laboratorio del doctor Mengele para demostrar la inferioridad racial de los hebreos, gitanos y homosexuales. Pero a mí me interesaba más la *solución final* del problema.

Cecilia lanzó un alarido.

— Estamos solos. Nadie te va a escuchar —le dijo y la volvió a amenazar con las puntas de vidrio—. En 1943, el *Fuehrer* me premió con un ejemplar autografiado de *Mein Kampf* y, tiempo después, me designó jefe del campo de concentración de Auschwitz. ¡Qué éxito asombroso! En la historia de la humanidad jamás un número tan pequeño de personas logró tanta eficiencia para asesinar a millones. Ni Atila, ni Napoleón, ni Torquemada.

Volvió a saborear un trago de coñac:

— Ya era famoso en toda Alemania cuando me trasladaron a Roma y, para vengarnos de una emboscada, ordené la ejecución de cuatrocientos rehenes en las Cuevas Adreatinas. En esa época conocí a mi gran amigo Erich Priebke.

Los ojos se le llenaron de lágrimas:

— ¡Erich, mi querido Erich! ¿Qué habrá sido de ti?

El llanto no le impidió reanudar su historia:

— Los aliados invadieron nuestra patria y sufrimos derrota tras derrota. Los bombardeos imperialistas sembraban el pánico y a duras penas pude escapar. Caminé días y días para encontrar a mis padres pero los habían asesinado los puercos americanos en una de sus incursiones.

Dio un puñetazo en el escritorio:

— ¡Ya llegará el momento de vengarnos! Había perdido mis papeles y no me convenía que el enemigo se enterara de mi filiación. Vagué de una población a otra cubierto de harapos, revisando los cadáveres esparcidos por el camino. Finalmente conseguí unos documentos cuya fotografía parecía auténtica y, muerto de hambre, subí a un camión con pertrechos para el ejército francés. En Freistadt acudí al hospital universitario y enseguida conseguí trabajo como ayudante del jefe de neurocirugía. Nos hicimos

amigos, en 1948 lo reemplacé en su cargo y con mi nueva identidad me convertí en un cirujano de prestigio.

— ¡Entonces es cierto! ¡Asesinaste a mi esposo! —gritó Cecilia.

— ¡De ninguna manera! —le aseguró el SS—. Yo no lo maté. Fue el único accidente operatorio en más de mil casos. Lamenté su muerte porque arruinaba mi estadística y me poma en desventaja con los competidores. Por suerte prolongaron diez años mi contrato en la universidad. ¡Si no hubiese aparecido ese maldito judío Wiesenthal! Corría peligro de morir ahorcado como nuestros gloriosos jefes después de Nüremberg.

Se puso de pie entonando el *Canto de los Nibelungos* hasta que salió de su arrebato:

— Tenía que abandonar Freistadt. Pedí auxilio a un correligionario de los sistemas de rescate y me recluyeron en un convento italiano donde pasé meses cultivando porotos y rezando desde el amanecer. Dormía en una cama de madera y todas las mañanas mi compañero de cuarto me pedía que lo flagelara hundiendo el látigo en su carne hasta dejarlo exhausto. ¡Pero no hay placer que dure cien años! Finalmente me trasladaron a Sicilia y la mafia me trajo al Río de la Plata.

— ¿Por qué precisamente a la Argentina? —balbuceó Cecilia.

— Muchos marinos del *Graaf Spee* se casaron con mujeres del país —respondió Günther—. Acá los grandes enemigos no eran los alemanes sino los ingleses porque les robaron las Islas Malvinas, la compañía de tanino La Forestal, los ferrocarriles y los tranvías. Además, el culto oficial estaba interesado en que los nuestros se convirtieran al catolicismo antes de contraer enlace.

Bebió los últimos sorbos de la botella:

— Los mismos ingleses le llenaron la cabeza al General para que expropiara las empresas obsoletas pagándolas como nuevas. Era un trato redondo. Los británicos volvieron con sus libras a Londres, contentos de hacer un buen negocio. Más tarde, decenas de los nuestros lograron

posiciones en el gobierno, en el comercio y las finanzas. Los argentinos no entraron en la *Guerra* hasta el final y sólo lo hicieron para evitar que los americanos se apoderaran de nuestros bienes. Seguro que conocés la historia de los submarinos cargados de oro, obras de arte y piedras preciosas, salvados del desastre. Los socorrimos en la Patagonia y llenamos las arcas de nuestro movimiento y los bolsillos de muchos jerarcas locales.

— ¡Me acuerdo, me acuerdo! —repitió Cecilia como una autómata—. Pero ahora me quiero ir...

— No tenía un centavo al llegar a la Argentina —continuó el nazi—. Sólo algunos dólares traídos de Italia y unas cartas de recomendación. Mis papeles estaban en orden y salí de Ezeiza sin inconvenientes. Tomé un avión a Córdoba y me alojaron en la casa de un miembro del *Partido* en Villa General Belgrano. ¡Qué hermoso lugar! Parece nuestro *Heimland* por los trajes del Tirol, los *biergarten*, las comidas típicas, el *gemütlichkeit* de Berlín. ¡Me sentía feliz en ese paraíso! Pero un día llegó alguien de la *Organización* y me entregó diez barras de oro por los servicios prestados al Tercer Reich. Insistió en que no ejerciera la medicina porque podrían reconocerme y me ofreció un empleo en la *Textil Santa Pajarita*.

Una sonrisa triunfal iluminó el rostro de Günther:

— Compré miles de dólares en el Uruguay, dos estancias en la provincia de Buenos Aires, cinco chalés en Mar del Plata y muchas obras de pintores famosos. Acepté el cargo que me proponían y, en poco tiempo, llegué a ser gerente de la fábrica, pero un par de años después me cansé y publiqué el aviso en *La Nación*. Conocés el resto de la historia.

Cecilia suspiró:

— ¿Qué vas a hacer conmigo?

Günther sacó unos papeles del bolsillo y le ofreció una lapicera:

— Firmá la transferencia de tus bienes a mi nombre. Yo me encargo del resto. Como no soy ningún depravado te

pagaré doscientos dólares mensuales para que no te mueras de hambre.

— Antes pasarás sobre mi cadáver —chilló la mujer.

— No será necesario —dijo el nazi acercándole a los ojos las puntas de vidrio.

Cecilia cayó de rodillas, imploró, se desgarró el vestido y lloró con toda el alma hasta escuchar una voz...

— ¡Basta ya, señora! —le dijo Daniel Mansilla.

No lo podía creer. ¿Qué estaba haciendo ese tipo en la casa de Günther?

Abrió los ojos y se encontró en una sala de hospital, rodeada de médicos y enfermeras. Entre ellos, el argentino que la acompañó en Alemania. Ya no era joven y tenía un aspecto doctoral.

— La reconocí en seguida —dijo sonriendo Daniel—. Usted es la señora Rosenstock.

— ¿Dónde estoy? —preguntó ella.

— En la sala de neurocirugía del profesor Dowling en el *Hospital Riudavia* —contestó el médico—. Soy su colaborador inmediato.

— ¿Profesor cómo...? ¡Sáquenme rápido de aquí! ¿Jamás terminaré con estas historias? —sollozó. —¿Me van a torturar?

— Se acabaron las torturas, señora. Las suyas y las nuestras. Nos hizo pasar tres días horribles. Gritaba a voz en cuello que la perseguían los nazis y un tal Günther quería robarle sus bienes. ¿Quién es ese famoso asesino? —preguntó sonriendo Daniel.

Cecilia miró en derredor, se cercioró, pidió que la desataran y le dieran de comer porque tenía hambre.

Cuando se tranquilizó le contaron que sufrió un ataque de nervios en la confitería de Las Heras y Tagle, frente al hospital.

— ¡Me extraña que no pregunte por su marido! —comentó el doctor Mansilla.

— Soy viuda —se apresuró a contestar Cecilia.

— Esposo o amante, el pobre Walter Kálnay parece muy preocupado por usted.

— Walter Kálnay... ¿Será posible? —dijo ella mirando hacia la puerta donde se había detenido el gerente.

El casamiento tuvo lugar seis meses después en *Bnei Ieshurún*, la sinagoga reformista de Olivos.

La novia quería celebrar una boda religiosa. Le contó al rabino Gottbeter que Walter no era judío y, mucho menos, circunciso, pero el rabino se comprometió a darle instrucciones con respecto a la ceremonia ya que la circuncisión no era indispensable:

— Esa marca en el miembro viril es sólo un testimonio anatómico del compromiso con Dios. El pacto en sí mismo, el *brit*, es lo esencial.

Los Kálnay murieron en un accidente de automóvil, quince años después. Fue un episodio muy comentado por la prensa. El tenía incontables rasguños en la cara, el saco destrozado y la camisa hecha jirones. Ella presentaba una marca en el cuello como si la hubieran intentado estrangular antes del percance. Junto a la palanca de cambio hallaron un ejemplar de *Mein Kampf* autografiado, al parecer, por Hitler y dedicado a un tal Günther Sch..., a quien nadie conocía. El juez terminó sobreseyendo la causa por falta de mérito.

Los sepultaron en el cementerio *Jardín del Edén* en Pilar. Sendas estrellas de David coronan las piedras funerarias. Los sobrinos heredaron la fábrica y el negocio, y vivieron prósperos hasta caer en bancarrota durante la *hiper*. Sin embargo, pudieron salvar algunos bienes, entre ellos, las obras de arte que heredaron del recordado tío Walter.

## LA INVERSIÓN

"Creo que encontré el eslabón perdido entre el animal y el hombre civilizado. Somos nosotros."

**Konrad Lorenz**

Sor Algisia del Santo Recurso, la superiora del convento, los escuchó con atención mientras relataban el motivo de la visita. Se interesó en los detalles y expuso sus objeciones:

— La muchacha está bajo nuestra tutela —les dijo—. La criamos y queremos lo mejor para Clotilde. Ustedes ni la anotaron en la libreta de casamiento al nacer y, después de tantos años, recién ahora se acuerdan de ella. En fin... Dios ya los habrá perdonado.

Meditó un rato, se persignó y agregó lentamente, midiendo las palabras:

— Nosotras abandonamos nuestras familias en aras de la fe y buscamos la perfección espiritual con la oración, la pobreza, la obediencia, la castidad. Pero no podemos evitar que las obras piadosas nos pongan en contacto con el mundo profano y, muchas veces, enfrentamos dilemas angustiantes a la hora de tomar decisiones. ¡Linda tarea!

Se puso de pie y recorrió pensativa los corredores del claustro mientras repasaba las cuentas del rosario. Se detuvo en cada una evocando los quince misterios

principales de la vida de Jesucristo y de la Virgen, recitando un *padrenuestro*, diez *avemarias* y un *gloria—patri* cuando correspondía. Finalmente, besó el crucifijo de madera tallada y se aproximó a los visitantes:

— Nunca oí que se curaran esas enfermedades, pero siempre escucho hablar de personas seducidas por falsos profetas. Tengo fe en los milagros aunque abundan quienes explotan la credulidad humana en su propio beneficio. En este caso particular me asaltan dudas horribles antes de otorgar mi consentimiento. Ya me sucedió otras veces. La gente confía en los prodigios, pero cuando un santo no los satisface dejan de rezarle y buscan la protección de otro. De paso... ¿Qué suma le pagan a ese sabio? ¡Si la limosna es grande...!

— La plata no tiene importancia, Sor Algisia —le respondió el padre.

— Y bien —suspiró finalmente la religiosa—. Yo me lavo las manos y los dejo hacer. ¡Que el Señor los ayude.

—¡Gracias, Sor Algisia! La niña se va a curar con la ayuda de Dios. Mi mayor deseo es que sea monja y que pertenezca a su Orden.

A pesar de los magros ingresos del papá, un empleado del montón de Teléfonos del Estado, la familia vivía sin sobresaltos en una casa de tres ambientes heredada de los abuelos paternos.

Pablín gozaba el privilegio de ser hijo único. Como a los demás chicos, le encantaban los mimos, hacer travesuras y dar vueltas en la calesita. La mamá había decorado su habitación con cortinas y cubrecamas azules con los personajes de Walt Disney, la pieza estaba llena de juguetes, y en los estantes se amontonaban los libros de cuentos.

Acababa de cumplir tres años y los padres le contaron que pronto recibiría el regalo más lindo de su vida: un hermanito, o hermanita, para compartir su cuarto.

Le costaba imaginar cómo podría convivir con *eso* en sus dominios, y propuso, en cambio, comprar un pichicho y

cuidarlo entre todos. El le daría de comer, lo sacaría a pasear y de noche se acostarían juntos en su camita. Los papis se divirtieron con la ocurrencia pero ya lo habían decidido y no podían echarse atrás.

Pabín no necesitaba a nadie más en la casa. Los amiguitos no se quedaban a pasar la noche. Regresaban a sus hogares después de jugar y asunto terminado:

— Cada chanco a su rancho —decía alegre el papá cuando venían a buscarlos—. Es bueno devolver la paz al gallinero.

Dejó de ser un niño alegre y bien dispuesto. Tenía berrinches y muchas veces se despertaba llorando porque, en sus pesadillas, alguien se lo llevaba quién sabe adonde.

Durante una rabieta golpeó con los puños la barriga de la mamá y le dieron unos chirlos. Se revolcó en el suelo ensuciándose la ropa y clamando por irse de la casa. Jamás lo habían castigado y esta vez nadie lo protegió. Como no paraba de llorar intentaron consolarlo, le dieron caramelos y lo llevaron a la calesita. Se tranquilizó después de un rato, pero algo le anunciaba el fin de los tiempos felices.

Una mañana, la madre se quejó de dolor, la llevaron al hospital, y un par de horas después regresó tan gorda como siempre.

— ¡Falsa alarma! —escuchó decir—. Todavía falta una semana, por lo menos.

Esa misma noche la internaron en la maternidad. Pablín se durmió en brazos de una vecina y, al despertar, la mamá aún no estaba de vuelta.

— ¿Vendrá alguna vez? —preguntó—. ¿Se va a morir como el abuelo y no la volveré a ver?

Una semana después regresó sola porque Dios deseaba tener cerca al bebé. Nadie habló más del asunto.

La mamá tardó dos años en regalarle el hermanito prometido y, más adelante, otro. Lloraban, dormían o chupaban la teta. El les tenía envidia pero ya era grande. Lo mandaron al jardín de infantes, después a la escuela y dejaron de importarle los niñitos de la casa.



— Quiero saber la verdad —reclamó Pablo después de terminar la secundaria—. Ya soy hombre y ustedes me ocultan cosas.

La mamá no se sorprendió.

— Tenés razón. Llegó el momento de decírtelo —le contestó—. Tu hermana Clotilde nació cuando tenías tres años. El parto fue difícil y me durmieron con éter. Papá casi se muere de disgusto. Era mogólica. Quise conocerla en cuanto me desperté pero no estaba conmigo. Oí a tu padre discutir con mi mamá y echarle la culpa de todo porque ella tenía una prima esquizofrénica y un tío internado en *Vieytes*. En la familia de él no había tarados.

— ¿Eso se hereda, mamá? —preguntó Pablo.

— ¡Qué se yo! —contestó ella—. Lo cierto es que me sacaron la beba para que no me encariñara y una semana después me contaron que había fallecido. No era verdad. Tu papá intentó deshacerse de Clotilde. La dejó tres días sin comer y, como seguía con vida, la abandonó no sé dónde. El párroco don Severino me lo contó todo antes de morir. No quiso llevarse a la tumba ese secreto de confesionario.

La mamá suspiró y se secó las lágrimas:

— Pensaba todo el tiempo en la niña. Tenía jaquecas y me operaron del hígado y del apéndice. Los médicos no me ayudaban y alguien me aconsejó una curandera, después un homeópata y finalmente otro que miraba el iris. Me hicieron acupuntura y visité a un cura sanador. La cosa está en manos de Dios, me dijo. Rezá y hacé penitencia.

La madre acarició la cabeza de Pablo:

— Pasaba las noches en vela y tomaba pastillas para los nervios. Pensé en matarme pero ustedes eran chicos y me necesitaban. Un día decidí hallar a Clotilde a toda costa. Seguí varias pistas hasta que la encontré en un convento. La reconocí gracias a una cadenita de oro con mi nombre que la abuela le puso al nacer. Acababa de cumplir trece años.

"Tiene un *síndrome de Down*", me informó una monjita.

"¿Usted quién es?", me preguntó luego.

"Una amiga de la familia", atiné a contestar y salí corriendo.

— Dos días después regresé más tranquila y me dejaron conversar con mi hija. Es encantadora, algo atrasadita, ¿sabés, Pablo?, pero habla bien y hasta escribe un poco. Clotilde me miró con sus ojos dulces y preguntó:

"¿Sos una parienta, no?"

"Sí, sí. Soy una tía. Te quiero mucho y no te dejaré sola."

"Yo estoy bien acá. Voy a la escuela, rezo, aprendo a coser y me sacan a pasear por el parque."

— Volví decidida a traerla a casa.

"Vos estás loca, me dijo tu papá. No se puede volver al pasado."

"¡Pero es nuestra hija!", insistí.

"¿Qué va a decir la familia y la gente del pueblo?", alegó él. "Ahora nos acusarán de haberla abandonado."

Pablo pensó en los compañeros. No era necesario divulgar los secretos de la familia. La madre podría visitar a Clotilde en el convento las veces que quisiera.

— Tu mamá me presenta como el malo de la película —le dijo el padre—. Pensá un poco en nosotros. La gente se enterará de que vivimos con un monstruo y los amigos dejarán de saludarnos.

— Ustedes no la conocen —dijo la madre al día siguiente—. Vayan a visitarla. Tiene esa carita rara pero es amorosa, simpática y risueña. Les encantará.

—Me voy de casa si la traen —la interrumpió Pablo.

— Nosotros también —dijo el hermano menor, y el otro asintió.

— No sean tontos, chicos. Nadie va a irse de acá. En cuanto pasen unos días empezarán a quererla como la quiero yo.

— Dudo de que sea nuestra hija —argumentó el padre—. Puede ser un error. Aquélla murió al nacer. Mamá quiere adoptar a otra *mongólica* para recobrarla.

- Estoy convencida. Es Clotilde —reiteró la madre.  
— Nos vas a arruinar la vida.

En esos días leyeron en *El Hogar* que el profesor Quintín Botero curaba a los mogólicos con una operación llamada *revascularización cerebral*. Varios dibujos ilustraban la nota.

"Cuatro arterias llevan la sangre desde el corazón a la cabeza. Se conecta una de ellas, la carótida, con una vena yugular interna (afortunadamente hay dos) que trae de vuelta la sangre usada. La cosa es fácil de comprender: uniendo la carótida con la yugular, conseguimos mandar más oxígeno al cerebro. No es necesario abrir la cabeza. Se trabaja en el cuello donde la arteria y la vena corren juntas. No hay riesgos y los resultados son estupendos."

El profesor tema su clínica en una casona antigua de Barracas, con olor a humedad. Lo esperaron una hora sentados en una sala llena de gente. De tanto en tanto alguien se levantaba a mirar de cerca los cuadros y los diplomas que adornaban las paredes, entre los que se destacaba una imagen de San Cosme y San Damián, patronos de los médicos. Uno comentó que el profesor era un cirujano de prestigio porque viajaba continuamente y había recibido premios y honores de muchas universidades extranjeras. Así se rompió el hielo.

— No descansa jamás, y en los ratos libres administra una ferretería que era del padre —dijo otro.

— Vive de ese negocio y opera gratis a los enfermos —agregó un tercero—. ¡Es un benefactor de la humanidad!

— ¡Eso sí! —agregó el primero—. Acepta donaciones para su Instituto y, además, hay que pagar los gastos de internación, los remedios, el material quirúrgico y los honorarios de los ayudantes. En total, unos diez mil dólares en efectivo, por adelantado. ¡Una pichincha!

— ¡Entonces sólo los ricos pueden operarse! ¿Y los pobres, qué hacemos los pobres? —protestó alguien.

— No se preocupe. El le dirá cómo debe proceder si no tiene recursos.

De pronto apareció en la puerta del consultorio el profesor con una enfermera y dos colaboradores. Su bigote espeso, la barba recortada, el marco oscuro de los anteojos, el cuello palomita y el moño negro inspiraban seguridad y confianza.

Botero escuchó las explicaciones, hizo algunas preguntas, contestó otras, y prometió visitarla en el convento.

— ¿Qué mejor manera de invertir la plata que curar a un hijo? —opinó taxativamente.

— Yo no quiero operarla —dijo la madre—. El profesor me tiene fascinada pero no creo que Clotilde esté enferma. Descubrí que la amo y eso me basta para traerla a casa.

Los demás hicieron un frente común:

— No podría querer a una *mongólica* aunque fuera mi hija —insistió el padre—. Sólo la recibiré si se cura.

Los hijos estuvieron de acuerdo.

— Jamás se la entregaré a ese brujo —sollozó la madre, pero días después consintió a regañadientes.

Un prestamista les adelantó la suma con el cinco por ciento de interés mensual y el profesor Botero prometió solventar cualquier gasto imprevisto recurriendo a su *Fundación*.

El padre llevó el dinero en un bolsillo del pantalón asegurado con un alfiler de gancho. El profesor contó los billetes y comentó:

— ¡Circulan tantos dólares falsos! Quiero saber si se deslizó alguno en el paquete.

— ¿Ya la examinó?— preguntó el papá.

— Ayer estuve con ella —contestó el profesor—. Le pregunté si quería operarse y no me dijo que no. Le interesaba saber qué quería decir *operarse*. Intenté explicarle que le iba a llegar más oxígeno al cerebro. No sé si comprendió, ¡pero quédese tranquilo! Mañana la traeremos a la clínica. Usted ocúpese de avisar a las monjitas.

Clotilde toleró bien la intervención. Dos días después pudieron visitarla y la encontraron rodeada de cables, tubos de plástico y frascos de suero. Las telas adhesivas apenas

ocultaban la cicatriz en el cuello. Terna los ojos cerrados, respiraba por un agujero en la tráquea, la alimentaban con una sonda que entraba por la nariz, y orinaba a través de otra en un recipiente de vidrio al pie de la cama.

— Tardará en recuperar el conocimiento —les anunció esta vez un discípulo porque el profesor Botero había iniciado otro viaje de estudios.

— ¡El Maestro tiene tantos compromisos internacionales! —agregó con un gesto de admiración.

Sor Algisia rechazó de plano restituirla al convento:

—Esta casa no es un hospital.

— Comprendo sus razones —contestó el padre—. Pero ya desembolsamos hasta el último centavo en la clínica y estamos en la miseria.

— ¿Qué pretende de nosotras?

— Su Orden sigue teniendo la tutoría de Clotilde.

— ¿Qué?

—Usted se lavó las manos cuando pedimos su autorización para operarla. No voy a admitir que haga lo mismo. Recuerde el desastre que ocurrió con aquel cónsul romano...

— ¡Déjese de pamplinas! —lo interrumpió exasperada la monja—. Deme unos días para consultarlo con la Hermandad.

Previa autorización de las autoridades eclesiásticas, Sor Algisia alojó finalmente a Clotilde en una sala frente a la capilla sacramental donde se confiesan los fieles.

Una de las paredes se recubrió con un retablo del siglo XVII, un tríptico en madera de cedro adornado en oro fino, cincelado y policromado, con iconografías medievales del Bautismo de Cristo, el Buen Pastor y el Hijo Pródigo.

El recinto estaba vedado a los fieles y sólo podía observarse desde el exterior a través de un ventanal cuyas cortinas se corrían el 3 de Junio, día de Santa Clotilde, esposa y asesora espiritual de Clodoveo, rey de los Francos. En esa fecha adornaban con sus mejores galas a *Santa Dormidita*, como la llamaban, en tanto que los devotos

depositaban sus limosnas y oraban por la curación de los  
mogólicos.

Clotilde jamás despertó hasta el día de su muerte,  
veinte años después.

## KADISH

"No puedo entender por qué todo  
hombre desea conocer cualquier  
cosa menos la verdad."

**Marco Aurelio**

Eduardo Finkel no tenía amigos.

Si bien se encontraba con los camaradas de la adolescencia en las cenas de ex—alumnos, jamás los llamaba por teléfono ni se le ocurría dedicarles un gesto de urbanidad. Cuando alguno de ellos le proponía ir al cine o al teatro con sus respectivas parejas, pretextaba estar resfriado, tener un mitin de trabajo, o daba otras razones triviales para no aceptar.

Lo cierto es que le desagradaba verse retratado en las caras envejecidas de sus compañeros porque le parecían los protagonistas del último acto de un drama que en el primero los había representado en su juventud.

Pocas personas acudieron pues a descubrir la placa funeraria de Rebeca en el primer aniversario de su muerte, poco más de una docena entre quienes se encontraban, por supuesto, la tía Sara, la prima Lea, el sobrino Roberto y también Leticia, la mucama.

Finkel leyó con tropiezos la plegaria aramea incorporada hace siglos al ritual judío, que alguien había copiado transliterada y con mayúsculas en la hoja que el oficiante le alcanzó mientras descubrían el monolito:

*ITGADAL VEITKADASH SHMEI RABÁ BEALMÁ DI  
VRA JIRUTEI...*

Le resultó extraño pronunciar las palabras escuchadas con indiferencia en el cementerio de Tablada las pocas veces que, por compromiso y muy a su pesar, concurría a un entierro o hacía acto de presencia en las honras fúnebres de algún pariente. Se jactaba de su escepticismo y ese trabalenguas pintoresco y exótico carecía para él del más remoto contenido piadoso. Tampoco le impresionó su significado místico cuando, por curiosidad, lo leyó traducido en un libro de oraciones:

*Glorificado y santificado sea el nombre de Dios en el  
mundo que creó...*

A pesar de su incredulidad, el cántico lleno de nostalgia y de dolor invocaba ahora la memoria de su madre y revivía el espanto de seis meses aterradores. Pero no se dejó llevar por la emoción. Apresuró el trámite, molesto por las frecuentes correcciones del oficiante, y respiró aliviado al recitar la última frase.

Besó a la mujer y a los hijos, saludó a los allegados y agradeció con una leve sonrisa sus expresiones de pesar. Leticia permaneció alejada del grupo y retiró la mano cuando él se la ofreció al final de la ceremonia. Luego todos caminaron hasta el portal del cementerio y subieron a los autos junto a los cipreses mochos de la entrada.

Sumergido en sus pensamientos, condujo el Honda hacia el centro de la ciudad por la autopista de Ezeiza que solía tomar en sus viajes al aeropuerto. Sin embargo, por primera vez en muchos años advirtió sorprendido los



caseríos villeros cuyas antenas de televisión le recordaron las tumbas del cementerio. Había llegado hasta los límites de su paciencia y, a punto de estallar, sintió la necesidad de reunirse con la familia alrededor de una mesa bien servida:

— ¿Almorzamos en la *Costanera*? —preguntó.

— Sí, sí —contestó uno de los hijos desde el asiento de atrás—. Necesito un bife con papas fritas después de *bancarme* todo esto.

— ¿Venís con nosotros, leticia? Yo te invito —agregó Eduardo.

— Hoy no, gracias. Tengo mucho que hacer. Dejame en una parada de colectivo.

Finkel fue un alumno excelente en la universidad pero terminó los cursos varios años después que sus compañeros porque jamás se presentaba a rendir examen sin dominar al dedillo todos los puntos del programa.

Su meticulosidad también le originaba conflictos en su profesión de contador. Sólo él era capaz de resolver los problemas, no admitía consejos, no aceptaba indicaciones, se hacía cargo de responsabilidades que no le incumbían y acababa cerrando la puerta en las narices a sus empleadores.

Terminó por instalar un negocio de computación en una galería del Once donde atendía personalmente a los clientes, satisfechos de encontrar un hombre honesto, simpático, locuaz, que los aconsejaba sin impacientarse.

Muy distinta era su actitud con los empleados:

— Cumplan estrictamente mis instrucciones —les imponía—. Sus ideas no me interesan. En este negocio mando yo.

No se involucraba en los ajetreos domésticos. Le asomaban lágrimas cuando hablaba de sus hijos aunque nunca los sacaba a pasear ni los ayudaba a hacer los deberes. Las más de las veces suspiraba aliviado si lo dejaban solo en casa los días domingo. La mujer se encargaba entonces de meterlos en un *shopping*, donde

pasaban la tarde en los juegos electrónicos o viendo películas sanguinarias *aptas para menores*.

Se dedicó al tenis tratando de bajar la panza, pero pronto lo abandonó y engordó diez kilos engullendo cantidades industriales de pizza y factura, única manera de calmar su ansiedad.

Los ingresos le permitían vivir sin sobresaltos y pagaba cómodamente las cuotas del *country* donde no iban nunca. En invierno porque hacía frío, en las vacaciones porque veraneaban en Punta del Este y, las más de las veces, porque papá debía quedarse a trabajar y mamá no se animaba a manejar en la Panamericana.

Aunque no le interesaba la religión, concurría al templo a saludar a sus viejos después de las fiestas principales, dialogaba con el rabino y aprovechaba la oportunidad para preguntar por el rendimiento escolar de los hijos:

— Son una bendición del cielo —le decía el maestro—. Estudian como eruditos y obtienen las mejores notas. Van a llegar muy lejos si siguen así.

— Muchas gracias, doctor Honigwasser. Usted siempre me dice la verdad.

Muerto el padre, perdieron la costumbre de ir a la sinagoga después de los oficios de *Rosh Hashaná* y *lom Kipur*. Rebeca no toleraba reservar un asiento en lugar de dos como en otros tiempos y prefería invitarlos a cenar. Durante años ella misma preparaba los platos tradicionales, pero ahora Leticia hacía buena parte de la tarea. La habían traído casi adolescente del campo de los abuelos cerca de Moisés Ville y, a los cincuenta, la consideraban un miembro más de la familia.

Aquel día, Eduardo apagó las computadoras a la hora de almorzar, conectó las alarmas y cerró la puerta del negocio con la llave de seguridad. Había sido una mañana

turbulenta, con cientos de llamados, clientes quejosos, cheques devueltos y un anuncio de inspección de la DGI.

Regresó a las dos de la tarde, atendió el teléfono que escuchó sonar desde la entrada y reconoció la voz triste de Leticia:

— ¡Hola! ¿Eduardo? Pasó algo horrible. ¡Doña Rebeca se cayó y se lastimó la cadera! La trajimos al *Fernández*. Estamos en la entrada de Cerviño.

— La vieja me necesita —explicó mientras salía corriendo.

Tardó diez minutos en llegar, pero en el trayecto se peleó con el taxista:

— Ustedes siempre alargan el recorrido para ganarse unas monedas.

— No, señor... —protestó el hombre.

— Si los conoceré... No discuta y apúrese —le ordenó Eduardo.

Bajó en la puerta de *Emergencias*, saludó con un gesto a la familia y pidió hablar con el jefe:

— ¡Que venga ya mismo! —le exigió a la secretaria.

— El doctor está ocupado.

Iba a continuar la discusión cuando apareció el médico residente:

— ¿Qué sucedió? —le preguntó Eduardo.

— Una fractura de cadera. Hay que intervenir.

— Está loco. La van a matar. Me la llevo a casa.

Se negó a firmar la constancia de que la retiraban por propia voluntad, dos camilleros la empujaron al interior de la ambulancia y la depositaron en la cama al llegar al departamento.

La familia se reunió a deliberar.

—¿Ahora qué hacemos? —preguntó la tía Sara mientras servía el té.

— Siento mil cuchillos en la cadera —se quejó Rebeca—. No me puedo mover. Necesito un médico.

— Quedate tranquila. Yo me encargo —dijo Eduardo y llamó por teléfono al doctor Funes, un facultativo de PAMI que le había comprado una *laptop*.

— ¡Mala fariña! —respondió Funes—. Sin cirugía se va a morir.

— Usted está tan chiflado como los del *Fernández* —lo interrumpió Eduardo. —¿Va a intervenir a una mujer de ochenta *pirulos*?

— Haga lo que quiera —le contestó el doctor y cortó.

— ¿Querés operarte, mamá?

— Hijo, ya tengo mis años y no quiero sufrir. Déjenme morir en paz.

— No, mamá. Vamos a hacer lo imposible por curarte.

Eduardo pasaba las noches sentado en un sillón al lado de la madre. De mañana iba al negocio un par de horas y regresaba angustiado al medio día.

Leticia se encargaba de la casa, hacía las compras, preparaba la comida y lavaba la ropa. La tía Sara, la prima Lea y el sobrino Roberto acompañaban a la enferma y le daban los remedios.

Sara no tenía hijos y el marido había muerto hacía poco de un infarto:

— Vos sí tenés suerte —le decía a Rebeca—. Mirá todo lo que Eduardito hace por su mamá. No se separa de tu lado. Te mantiene como a una reina. Sus chicos van a colegios pagos pero él no se permite ningún lujo, ninguna diversión. No se compra ropa ni deja que lo haga su mujer. Usa únicamente pantalones vaqueros y poleras. Sólo lo vi con saco y corbata cuando se casó el primo en el Templo de Libertad. No quería ir pero no tuvo más remedio...

— ¿Qué hubiera sido de mí si no fuera por él y por ustedes? ¡Su mujer está siempre tan ocupada con los chicos y tiene cientos de compromisos! —sollozó—. Quiero darme vuelta porque me molesta la pierna. ¡Leticia, por favor!

— ¡Qué locura tenés con esa *shiksel*! ¡Dejala en paz! ¿Acaso no te ayudamos nosotros? —protestó la prima Lea.

— Sí, pero con ella no me duele —insistió Rebeca.

— Ya voy, mamita querida —se oyó la voz de la mucama—. ¡No quiero que me la hagan sufrir!

—¡Lástima que no esté Eduardo para darnos una mano! —lamentó el sobrino Roberto, un solterón maduro que llegó de Moisés Ville y jamás había cuidado enfermos.

— No puedo esperar —insistió la enferma.

— ¡Si yo fuera tan vivo como ese Eduardito! —murmuró Roberto—. La familia sólo me llama cuando hago falta. A él le da mucho *status* mandar los hijos a una escuela privada. Consigue más crédito en los bancos con sólo mencionarlo.

— Cambia el auto cada dos años —aportó la prima Lea, jubilada del *Banco Mercantil*—. No es lo mismo presentarse con un *Fiat* del 93 que con un *Honda* del 98. Los gerentes simulan no darse cuenta pero leen bien los informes antes de abrir la cartera.

— No aguanto que hablen mal de mi nene. ¡Es un ángel! —suspiró la madre mientras la hacían girar entre los cuatro.

— Así se va a morir —les dijo un día la doctora Chernenko, médica de urgencias del *PAMI*—. ¿Qué sentido tiene darle sólo calmantes si se puede curar con una intervención?

— Eso está descartado —contestó Eduardo.

— Hágame caso. Llévela al hospital —insistió ella.

Pasó un tiempo y Eduardo volvió a llamar al doctor Funes:

— Se lo advertí. Hay que operar. Pase a buscar la orden de internación.

Rebeca regresó al *Fernández*, le colocaron una prótesis y una semana después estaba de vuelta en casa. Hablaba poco, había dejado de sonreír y lloriqueaba cuando la cambiaban de posición con las piernas separadas para proteger la cadera.

Aquella noche Eduardo volvió a dormir a su casa pero lo despertó el teléfono y escuchó la voz temblorosa de la tía Sara:

— ¡Vení rápido! —le dijo mientras se oían los gritos de la enferma.

— ¡Pedí la ambulancia!

A medio vestir tomó un taxi y se encontró con la doctora Chernenko en la habitación:

— ¡Se le salió de lugar!

— ¿Ahora qué hacemos? —preguntó Eduardo.

— ¡Hay que llevarla al *Fernández*!

La reoperaron y Rebeca volvió a su domicilio.

Pasaron tres meses. Ya no hablaba con nadie y dormía la mayor parte del tiempo. La tía Sara, la prima Lea y el sobrino Roberto parecían sombras rondando en la casa. Eduardo dejó de ir al negocio y sólo se separaba de la madre para ver a su familia.

Un día encontró a la esposa en la puerta de calle:

— ¿Cómo anda? —le preguntó ella.

— Muy mal.

— ¿Te das cuenta? ¿No? Esto es un loquero. La gente llama sin parar y no sé qué decirles. Pediste que no te molestaran pero los empleados no saben cómo afrontar los compromisos. Este mes no alcanza la plata. ¡Tengo que pagar las escuelas y comprar ropa para los chicos!

— No quiero que mamá se muera.

— La vieja es un roble. En algún momento deberás decidir entre nosotros y ella. Permití, al menos, que Leticia y los parientes se hagan cargo.

— No puedo dejarla en manos de la *shikse*. Los demás son unos viejos inútiles.

— Acordate. Te lo advertí.

Ese día la doctora Chernenko examinó a la enferma, le tomó la presión y la temperatura, contó el pulso, miró la orina en el frasco y les recordó:

— ¡Atención al darla vuelta! ¡No se le vaya a salir la cadera!

— ¿Más cuidado del que ponemos? —respondió la prima Lea.

— Me gustaría hablar a solas con usted, doctora —dijo Eduardo.

La tía Sara, la prima Lea, el sobrino Roberto y Leticia salieron de la habitación:

— ¿Va a durar mucho tiempo? —preguntó.

— ¡No soy adivina!

— ¿Qué va a ser de nosotros? ¡Hay que intentar algo!

— ¿Me sugiere que...?

— ¡Usted sabe cuánto quiero a mi madre, pero me vuelve loco verla así! —exclamó Eduardo—. ¿Podríamos cambiar los remedios? ¿Consultar con Favalaro? ¿Llevarla a Cuba? ¿Hacer un trasplante de cadera?

— La medicina tiene sus límites. Rece, si cree en Dios.

— Dios es el recurso de los impotentes. Yo soy el único que puede resolver mis problemas. Fue un error operarla.

— Es tarde para arrepentirse.

— Confíe en los médicos y me jugué. Algo me decía que no podían fallar: mamá se curaba o se moría. Pero no ocurrió ninguna de las dos cosas.

— ¡Si me habla de eutanasia, le advierto que jamás cometería un crimen semejante!

— ¡Ella sufre!

— No estudié medicina para matar gente.

— Perdóneme, doctora. No quise ofenderla.

Pasaron dos meses.

Leticia no salía de la habitación de Rebeca cuando llegaba la médica. Desde que oyó esa palabra rara (eu... ¿cómo?), intuyó que la Chernenko y Eduardo tramaban liquidar a su patrona. La alimentaba en secreto, le preparaba té de yuyos, rezaba y prendía velas a escondidas.

Eduardo seguía montando guardia en el departamento. La tía Sara se enfermó del corazón y la internaron en el Hospital de Clínicas. El marido de la prima Lea exigió que volviera al hogar y el sobrino Roberto regresó a Moisés Ville.

Un día llegó la doctora con su maletín, le pidió al hijo que bajara a comprar un medicamento y ordenó que Leticia la dejara sola para sondear la vejiga.

— ¡Pero si yo le pongo la chata y la baño todos los días!  
—protestó la mujer.

— No es lo mismo. Esto es como una operación.

La mucama se persignó y salió refunfuñando.

— Recorrí tres farmacias para encontrar este maldito  
remedio —explicó Eduardo al regresar veinte minutos  
después.

La médica estaba pálida junto a la cama:

— Tuvo un paro cardíaco mientras le colocaba la sonda  
—murmuró—. Hice todo lo que pude... Lo siento.

Leticia se volvió a santiguar.



## LA CORTINA

"Los hechos no dejan de existir porque se ignoren."

Aldous Huxley

Se alojaron en el *Wienerwald*, un pequeño hotel de la ciudad vieja. En diez días recorrieron la residencia imperial, el palacio de verano, la avenida que ocupa el lugar de la antigua muralla, la catedral gótica, y el parque público en una isla del Danubio. Asistieron a dos conciertos de la Filarmónica dirigida por von Karajan, visitaron la casa de Freud y concurren a los principales museos y exposiciones. Fue precisamente en la Galería Albertina donde tropezaron con George Smith, un becario de la Universidad de Wyoming que estudiaba pintura en la Academia de Bellas Artes.

— Hablo español —les dijo—. Padres mexicanos cambiando apellido Herrero por Smith, más americano.

Le contaron que planeaban viajar al este de Europa.

— Teniendo cuidado. Son países diferentes de los occidentales —comentó—. En los últimos años fomentan turismo porque necesitando dólares.

Al final pidió que le llevaran una carta a un amigo escritor, en Budapest. Le preguntaron por qué no la mandaba por correo.

— *¡No way!* Correspondencia censurada o no llegando.

— No tenemos planes concretos pero si usted se arriesga...

— Muchas gracias. Les agradecerá *to mee t my friencL*.

Federico Pinsky estaba loco por conocer el país de sus padres y *la ciudad de los sueños*, como la llamó Johann Strauss, junto a los famosos bosques y al Danubio Azul. Se pasaba horas tarareando los vales que tocaba en el piano desde chico: *tardm, tarám, tarám, tamtam*, y coleccionaba

grabaciones de los más famosos. Olinda, su mujer, concurrió un día a la oficina del agregado cultural de la embajada en Buenos Aires donde la convencieron de que Viena había recuperado su antiguo encanto y merecía visitarse.

Proyectaron asistir a los Juegos Olímpicos de Munich después de pasar por Austria en el verano europeo de 1972 pero, finalmente, optaron por recorrer algunos países tras la Cortina de Hierro. Los mejores amigos de la pareja, Helga y Franco Rosenwasser, aceptaron acompañarlos. Tomaron un vuelo de Swissair en Buenos Aires, cambiaron de avión en Zurich y aterrizaron en el aeropuerto internacional casi veinticuatro horas después de haber iniciado el viaje.

George almorzó con ellos en el hotel, les dio un sobre cerrado, y los ayudó a conseguir un Fiat de cuatro puertas por muy pocos *schillings*, con la condición de que lo entregaran a un representante de Swissair en Sofía. Comenzaron a dudar de la gentileza de George. Helga sospechó que se estaba valiendo de ese encuentro ocasional para contrabandear el auto. Los demás no estuvieron de acuerdo:

—Parece un buen trato —afirmó Franco—. El alquiler es la mitad de lo que pide.

—Por algo será —insistió la mujer—. ¡Vos seguís confiando en tu viveza criolla! No es la primera vez que nos metemos en líos por tu culpa.

Le dijeron adiós al Danubio de color pardo y no azul, como lo vio Strauss después de una noche de juerga, y no tuvieron dificultades al cruzar la frontera de Checoslovaquia, cerca de Bratislava. Los papeles estaban en regla y el automóvil alquilado no pareció preocupar a los guardias de aduana.

En el hotel Karl Marx de Praga el ascensorista propuso comprarles dólares a mejor precio que el banco oficial y acompañarlos a visitar la capital de Bohemia. Recorrieron ambas márgenes del río Moldava y pasearon

por la *ciudad de las cien torres*, sorprendidos por la cantidad de edificios con carteles que anunciaban *reparatzia* apuntando a un futuro mejor.

El guía se llamaba Abdul Mohamed. Había nacido en Jaffo y huyó a Europa durante la guerra de 1948, cuando se declaró la independencia de Israel. No se sintieron cómodos con la noticia. Tenían amigos árabes, si bien jamás habían visto de cerca a un palestino. Le dijeron que eran judíos. Contestó que eso no lo molestaba, aunque odiaba a los *sionistas* que le robaron su casa. La situación se puso tensa pero Abdul, que era mecánico de automóviles, ofreció arreglar por sólo diez dólares el caño de escape y el carburador del Fiat como muestra de buena voluntad. Franco propuso confiarle la máquina mientras tomaban una excursión de Inturist para visitar Karlovy Vary y las fábricas de cerveza de Pilsen.

Al día siguiente dejaron Checoslovaquia por la frontera sur y en un par de horas llegaron a Budapest. En la recepción del hotel Duna conocieron a Louise, una guía de turismo con quien salieron a recorrer la ciudad. Pasaron horas caminando por las calles llenas de transeúntes y compraron regalos en los negocios para extranjeros donde sólo aceptaban dólares al cambio oficial.

Trataban de no importunar a Louise con observaciones fastidiosas pero, a veces, ella misma insinuaba detalles que hacían poner en duda su fidelidad al régimen. Tenía unos cuarenta y cinco años, vivía con la madre y pagaba alquiler por la casa que había sido de su propiedad antes de la guerra. Estudió francés en La Sorbonne y castellano en La Habana, cumpliendo un programa de intercambio cultural.

La intérprete los condujo al museo donde se desempeñaba como curador Béla Loránd, el amigo de George. Llegaron sin anunciarse al palacete donde vivía rodeado de obras de arte de incalculable valor. Echaron un vistazo y Franco sugirió que aprovecharan la oportunidad para conocer al escritor en su *dacha* junto al lago Balaton, donde pasaba unas vacaciones. Helga no estuvo de acuerdo. La

cansaba tanto traqueteo y prefería continuar en Budapest, pero la guía le aconsejó que no se aventurara a salir sola sin conocer el idioma.

En un par de horas llegaron a Zala, una villa de veraneo que, según Louise, estaba destinada a la *intelligentsia* húngara adicta al gobierno. Ella los ayudó a ubicar el chalé. Béla Loránd en persona salió a recibirlos. Le entregaron la carta, la leyó y los invitó a tomar té en el jardín con una decena de amigos.

El interés se centró en el dueño de casa, un hombre maduro, de modales distinguidos. Louise se esforzaba en mantenerlos comunicados saltando del francés al castellano y al húngaro pero, de pronto, Béla comenzó a utilizar un dialecto germano (¿no sería idish?), lo cual llamó la atención de los visitantes.

En pocos minutos todos se comunicaban en ese extraño *alemán* que Louise no comprendía. El vocabulario de los argentinos era apenas elemental comparado con la fluidez de Loránd. Contó que su verdadero nombre era Samuel Wienerschmaltz y que era hijo de un rabino. Participó en las luchas del proletariado en Hungría y otros países, en cuyas cárceles conoció a la dirigencia comunista. Había estudiado en Moscú, era un miembro destacado del *Partido* y se desempeñó como ministro de Cultura en el gabinete de Imre Nagy. Cayó en desgracia después de la invasión soviética de 1956, pero salvó la vida gracias a la intervención de Mao Tse Tung. Alejado de la política, se dedicaba ahora a escribir y a viajar por el mundo.

El anfitrión los invitó al interior de la *dacha*. Se sentaron alrededor de una mesa con vino, vodka, jugos de fruta, *Pepsi Cola* y sándwiches. Olinda opinó que la bebida cola tenía un nítido sabor capitalista, a lo que Loránd respondió que sabía apreciar las cosas buenas que venían de todas partes. Después de unas cuantas copas de vino, Federico comenzó a cantar un vals de Strauss: *tarám, tarám, tarám, tamtám*, y Béla y los demás lo acompañaron. Luego Helga le pidió al escritor que bailara con ella y se

generalizó la danza con las melodías en tres por cuatro que entonaron a coro.

Se despidieron al caer la noche, no sin antes anotar la dirección y el teléfono de la *dacha*. Más tarde, Louise los condujo a un restaurante típico de Budapest donde les sirvieron *gulash* y cerveza. Mientras comían, la mujer se excusó para hablar por teléfono con su madre y, como tardaba en regresar, Franco deslizó un comentario ocurrente:

— ¿No será una espía?

Todos se rieron al verla regresar con una bolsa de duraznos que le regalaron en el establecimiento. Ya eran las dos de la mañana y le ofrecieron llevarla a casa. Faltaban pocas cuadras cuando un *tout droit* de Louise los hizo doblar a la derecha en un sitio donde estaba prohibido. Ella quiso decir *derecho*, pero ya era tarde. Dos policías exigieron los documentos de Federico sentado al volante, mientras Franco procuraba *tirarles unos mangos*, a la usanza argentina, para que los dejaran ir. Por suerte no entendieron su *alemán*, y Ixmise pronunció unas frases en húngaro que los apaciguaron.

Salieron del *Duna* a las ocho de la mañana y en un par de horas llegaron a un puesto fronterizo cerca de la ciudad sureña de Szeged. Un guardia les ordenó estacionar a un costado, observó la marca y la chapa del automóvil e indicó que lo esperaran. Bromearon sobre las intenciones del hombre y le recomendaron a Franco que no intentara sobornarlo. Pocos minutos después regresó con media docena de uniformados. Los palparon de armas, confiscaron todo lo que llevaban encima y los encerraron en una habitación, casi a oscuras.

No alcanzaban a salir de su asombro cuando reconocieron a George Smith, esposado y encadenado a unos barrotes.

— *¡Please, cali the American Embassy in Sophia!* —les pidió angustiado—. Guardias encontrar papeles en asiento car. Mucha gente puede morir. *Please...*

La historia de George les recordó el argumento de una película de espionaje. Pálido y barbudo, el americano distaba mucho de tener el aire de James Bond y parecía más bien un vulgar contrabandista de armas o de cocaína. Federico comenzó a tararear inquieto un valsecito vienés: *tarám tarám tarám tamtám* y George lo interrumpió enojado:

— No es tiempo para cantar.

— Perdón, pero me calma los nervios.

— Una idea. Please telefoneando Béla Loránd después de frontera. El comprende mensaje con vals.

— Vos estás loco —le dijo Olinda—, y nos querés meter en un lío.

Un policía se llevó a empellones al americano. Helga opinó que debían llamar al embajador argentino en Budapest. ¿Cómo no se les ocurrió antes? Golpearon la puerta, acudió un gendarme y le hicieron señas de que querían hablar por teléfono pero, cruzando los dedos, el policía les dio a entender que estaban incomunicados.

Después de un rato, un tipo les hizo preguntas en un pésimo inglés. Insistieron en que eran turistas y que no tenían nada que ocultar. Federico señaló que Olinda era su esposa y, como el hombre no lo entendía, utilizó la palabra *couple*, pareja. Seguía sin comprender y, en un diccionario inglés-húngaro, buscó el equivalente de las palabras *cupla* y *aparejo*. No pudieron aguantar la risa y el tipo se puso furioso.

Era evidente que no avanzarían demasiado con el interrogatorio. Los llevaron a la playa de estacionamiento, revisaron detenidamente el automóvil y llevaron a la oficina todo lo que encontraron: un retrato de Freud, *souvenir* de Viena; un vocabulario de Helga que estudiaba inglés: *table*=mesa, *chair*=silla, *girl*=niña, que parecía una clave; y una carta de Félix Pinsker, uno de los hijos, en la que había recortado palabras como solía hacer en tren de bromas. No aceptaron las explicaciones y les advirtieron que enfrentaban *eine grosse probleme*.

Pasaron varias horas sin comer ni beber. Una sola vez les permitieron ir al baño, bajo estricta vigilancia. ¿Hasta dónde llegaría esa mezcla de violencia, torpeza e *ingenua* incomunicación? Helga acusó al marido de sentirse el tipo más *piola* del universo. ¿A quién otro se le ocurriría alquilar un auto destartado sólo para ahorrar unos pesos? ¿Quién más intentaría sobornar a los policías de Budapest? ¿Quién sino él insistiría en conocer a ese escritor judío renegado?

Franco le contestó que estaba harto de vivir con una mujer que no lo comprendía, que siempre contrariaba sus opiniones y no dudaba en descalificarlo frente a los amigos. Olinda alegó que no era el único culpable. Federico la tenía cansada con sus actitudes de adolescente romántico. Era un bobo. Creía que todo podía arreglarse con sus valsecitos de otra época. Jamás debían haber emprendido esa aventura y, mucho menos, haber cargado con la carta de un desconocido a través de la *Cortina de Hierro*. El mundo estaba en conflicto. La gente vivía acosada y ellos se daban el lujo de meter la nariz donde no les incumbía simplemente porque habían ahorrado unos dólares en la Argentina. Federico arguyó que no era el momento de contrastar su espiritualidad con el *sentido común* de Olinda. Esta crisis lo forzaba a replantear la relación entre ambos, mantenida por pura indolencia.

— Decime cómo se te ocurrió organizar este viaje, pedazo de boludo —lo increpó Franco.

— ¡Mirá el lío en que nos has metido! ¡Estos tipos nos van a liquidar!

—¡De qué me acusás, si vos también quisiste recorrer la Cortina de Hierro! —le gritó Federico—. ¡Siempre tuviste una curiosidad enfermiza por espiar a la gente!

Lo tomó por el cuello y las mujeres tuvieron que separarlos.

Eran las seis de la tarde cuando llegaron dos funcionarios de saco, corbata y sombrero. Se encerraron en una oficina y, después de media hora, les indicaron que estaban libres y podían irse. Franco les exigió explicaciones y quien

parecía ser el jefe le respondió con una frase en alemán de la que sólo comprendieron la palabra *polizei*.

Regresaron al automóvil con los papeles que pudieron recoger, desparramados por el lugar. Ya estaba oscuro cuando el guardia levantó las barreras y ellos contestaron el *wiedersehen* con una puteada.

Llegaron a las afueras de Belgrado a medianoche y entraron a una estación de servicio de *Shell* para cargar nafta. Se acercó un muchacho que hablaba inglés.

— Necesitamos un teléfono —le dijeron.

— *No problem* —les contestó.

— Es una llamada de larga distancia.

— Este es un país libre, gracias al general Tito. Use la cabina y pídale la comunicación a la operadora. Después voy a preguntar cuánto gastaron.

Federico solicitó el número de Loránd, reconoció su voz y le transmitió el mensaje:

— *Tardm tarám tarám tamtám.*

— *¿Was sagen sie?*

— *Tardm tarám tarám tamtám.*

— ¡Ah! No, no. Número equivocado —respondió en inglés y cortó.

Franco sonrió. Estaba seguro de que Béla había comprendido. Bebieron un par de gaseosas, pagaron en dólares y prosiguieron el viaje.

Se alternaron en el manejo durante la noche, cruzaron de madrugada la frontera con Bulgaria y llegaron a Sofía cansados y muertos de hambre. Comieron unos sándwiches y se quedaron dormidos en las dos piezas del hotel Varna que habían reservado para el día anterior. Se despertaron bien entrada la tarde.

Estaban curados de espanto. No querían hacer preguntas y recurrieron a una guía telefónica. Con mucho esfuerzo consiguieron leer las palabras *Embajada Americana* en el alfabeto cirílico.

Dejaron el auto en el hotel y ya caía la noche cuando encontraron el lugar. Pasaron por la cocina de lo que resultó



ser la residencia del diplomático. Los palparon de armas y revisaron los pasaportes. Contaron el motivo de la visita mencionando a George Smith, aunque temieron haberse equivocado otra vez.

De pronto apareció en la puerta un señor pálido en mangas de camisa. Era el embajador en persona:

— Lo siento pero voy a darles una mala noticia —les dijo—. Esta mañana liquidaron a dos atletas israelíes en Munich. Los delincuentes se llevaron a otros nueve que asesinaron en el aeropuerto cuando intentaban rescatarlos. También murieron cinco de ellos y un policía alemán. Creo que uno de los criminales vivía en Praga. Se llamaba Abdul Mohamed. El *Mossad* y *Al Fatah* acordaron aquí anoche el canje de los rehenes por un comandante de la guerrilla palestina. Todo andaba bien pero George Smith no llegó a tiempo con el OK de la CIA. Eso desencadenó la tragedia.

— ¿Cómo está George? —preguntaron.

— Hallaron su cuerpo acribillado a balazos en los alrededores de Szeged.

— Tratamos de avisarle a Béla Loránd... —murmuró Franco.

— Ya no tiene importancia. Lo encontraron muerto en su *dacha*. Los diarios de Budapest dicen que sufrió un ataque al corazón...

El diplomático les proporcionó un automóvil para regresar al Varna. Se detuvieron media cuadra antes de llegar porque una multitud les impedía seguir avanzando. Se veían trozos de madera, ladrillos y vidrios rotos por todas partes. El chofer preguntó qué ocurría:

—Explotó una bomba en un automóvil dentro del hotel —contestó un curioso—. Era un *Fiat* de cuatro puertas con chapa de Austria.

## EL OJO AJENO

"Dijo el asno al mulo: arre allá, orejudo."

**Refrán español**

No recuerdo por qué elegí Puerto Deseado para tomar unas vacaciones que interrumpieran mi reclusión luego que murió Agustina, esposa y ángel de la guarda, la mujer a quien entregué mi alma y mi cuerpo.

Creo sin embargo que influyó en la decisión un anuncio en la vidriera de una casa de viajes, con una figura angelical que me invitaba a visitar ese sitio del Caribe no descubierto aún por los turistas.

*Es el lugar ideal para quien necesita reposo y alivio para sus tormentos —decía el cartel lleno de fotografías—, un paraíso con una temperatura media de 25 grados donde los alisios reparten frescura a quienes aman el sol y desean disfrutar de las playas más bellas del mundo bordeadas de palmeras...*

No lograba superar la tortura de mis noches de insomnio dedicadas a escrutar cartas de otro tiempo, y a garabatear carilla tras carilla con versos de amor que alimentaban mi nostalgia sin percibir hasta qué extremos podía llegar la pasión que aún sentía por Agustina.

Delirando y muerto de sueño me tiraba en la cama matrimonial junto a mi fantasmal adorada, y daba vueltas y vueltas tratando de evocarla hasta que, sumido en un sopor diabólico, percibía el calor de su cuerpo vivo junto al mío. Reaccionaba entonces aturdido y le imploraba a Dios que me la devolviera o que nos reuniera para toda la eternidad.

Fruto de mis desvelos fue precisamente el poema *Se pone el sol*, premiado hace poco en el concurso literario de *El Vigía de Tres Arroyos*:

*Las flores se marchitan pero renacerán mañana.  
Las aves se van sin dejar huella, como mi juventud.  
Me esfumo poco a poco  
y de Agustina, mi amor, no me queda nada.*

¡Dios la proteja en su regazo!

Llegué a Puerto Deseado sin presentir que en ese lejano lugar de la Creación ocurriría una de las experiencias más notables de mi vida.

La gente fue amable y tolerante con mi dolor, en especial María y Pedro Antúnez, dos maestros de vacaciones que conocí en el aeropuerto haciendo trámites aduaneros a las 3 de la mañana. Me preguntaron si necesitaba ayuda al darse cuenta de mis dificultades, medio dormido como estaba y muerto de cansancio después de tantas horas de vuelo:

— *Vous êtes tout seul, monsieur.*

— *Ui, ui.*

— *¿Avez vous besoin de quelque assistance?*

— *Moi francé non* —les respondí.

— *¿Alors, do you speak English?*

— *Inglis, poquito* —contesté.

— *¿Español entonces?*

— Por fin una voz amiga —respondí con lágrimas en los ojos.

— ¡Pero si es el idioma del país!

Inmediatamente se hicieron cargo de mis valijas y contrataron un taxímetro para llevarme al hotel *Espíritu Santo*, situado junto a los acantilados que dominan la playa de Concepción en el puerto de pescadores. El precio del alojamiento era accesible para mis modestos recursos y conseguí una habitación discreta con vista al mar.

Todos los días salíamos a caminar por el bosque admirando la riqueza de la flora tropical y de la fauna de animales pequeños, pero confieso que me atraía mucho más el mercado en el centro de la ciudad, donde nos

entreteníamos recorriendo los puestos de frutas, verduras, ropas, zapatos y todo tipo de chucherías caribeñas.

María resultó una compañera ideal en los asuntos donde más notaba la ausencia de Agustina: elegir tal o cual ropa, averiguar el precio, comprar un cacharro en este o en otro lugar, o aceptar una u otra propuesta para hacer una excursión.

Pedro, por su parte, me asesoraba en cuestiones más formales: el partido político del gobierno insular, en qué banco depositar mis escasos fondos, usar dólares o la moneda local para los gastos, etcétera, etcétera.

Almorzábamos en el *Margarita Rosa*, un albergue típico donde nos servían jugos de papaya, mango, zarzamora o piña para remojar las empanadas de queso o de carne picante.

La ciudad es cuna de poetas, cocineros, narradores, pintores y sobre todo músicos famosos dentro y fuera del país gracias a los medios de difusión. En muchas ocasiones bastaba una guitarra y un grupo de amigos en un patio o una terraza para que los artistas produjeran las más bellas y emotivas piezas que cantaban en su estilo peculiar.

Los amigos insistían en que mi vida debía continuar a pesar de la desgracia.

— ¡Basta de penas, guajiro! —exclamaba María.

— ¡Pásala chévere! —aconsejaba Pedro.

Finalmente me convencieron de que Agustina también se habría divertido en una fiesta de disfraces, y me uní a cientos de jóvenes, viejos, blancos, negros, ciudadanos y turistas que disfrutaban la alegría del país celebrando con música y ritmos tropicales.

— Me encantan el *calipso* y el *reggae* —confesé una vez.

— El *calipso* era el canto de los esclavos en las plantaciones —me contó María—, porque mandaban noticias y mensajes sin ser advertidos por los amos.

— Desde los sesenta —añadió Pedro—, el *reggae* expresa la vitalidad de los negros y su decisión de volver a las raíces africanas.

Un viernes recorriamos el barrio judío de la ciudad antigua mientras la gente hacía compras para el sábado y reconocí en la multitud al rabino Aarón Bercovich desafiando el calor con un gabán negro que le llegaba a las rodillas y un sombrero de piel de alas anchas.

Me pareció que lo había visto antes en algún lado y, de pronto, recordé que nos habíamos encontrado hacía unos diez años en una reunión del *Consejo Mundial para la Defensa de la Fe*, en Viena. Lo noté algo envejecido, pero conservaba la mirada clara de la época en que lo conocían como el "circuncidador itinerante del Caribe" porque lo llamaban de todas las comunidades judías de la zona.

También recordé que me había mostrado una lista de los operados por él desde 1970 con una extensa bibliografía sobre las ventajas del procedimiento.

El rabino estrechó mi mano y la de Pedro, pero saludó con una inclinación de cabeza a María, evitando mirarla de frente según la actitud que los judíos observantes guardan hacia las mujeres.

Charlamos unos minutos, recordó mis conceptos en el *Anuario de la Fe* sobre la circuncisión, y nos invitó el sábado a su casa. Los Antúnez ya habían programado para ese día una visita a los despeñaderos de Salsipuedes y lamentaron no poder acompañarme.

De noche en el hotel releí mi artículo del *Anuario*, y recordé que Jesucristo también era circunciso y que el calendario gregoriano celebra el acontecimiento el primer día del año.

*Equivale a nuestro bautismo —escribí—. La palabra proviene del latín circum (alrededor) y cisio (del verbo caedere, cortar), escisión del prepucio, de importancia capital para los judíos que afirman su identidad sobre la cohesión interna y el aislamiento. Alegan que Jehová cerró*

*un pacto con Abraham para ser el Dios de quienes nacieran del patriarca siempre que éstos se obligaran a ser el Pueblo Elegido. La circuncisión constituye pues el sello de su promesa.*

*Sin embargo, para muchas etnias es el rito de iniciación con el que los adolescentes prueban su valor y su resistencia física. Sin ser pues una práctica exclusiva de los judíos, evidencia la sumisión de quienes entregan simbólicamente sus hijos varones a la divinidad sacrificando una parte ínfima pero significativa de su cuerpo.*

El sábado siguiente me desperté temprano, nadé en el mar, almorcé, dormí la siesta y cerca de las cinco me puse la camisa blanca con la corbata de ceremonias, las medias oscuras, los zapatos de charol y el traje de las reuniones importantes.

La brisa refrescaba el Paseo de la Costa, pero en el centro de la ciudad el calor era insoportable. El sol caldeaba las calles, el empedrado me lastimaba los pies y maldije la ropa académica, la camisa y el cuello.

Toqué puntualmente el timbre de la cabaña de los Bercovich y, como no acudían, decidí golpear la puerta aunque un segundo después comprobé que había presionado la plaqueta con los rollos de la ley que los judíos piadosos colocan en la entrada de sus casas.

Salvado el inconveniente, me abrió el rabino Aarón Bercovich en persona y me presentó a la familia congregada alrededor de la mesa. Noemí, la dueña de casa, era una matrona entrada en carnes con una pollera larga floreada y la cabeza cubierta por un pañuelo rojo.

Conté once hijos, la menor de cuatro años y el mayor de veinte, los varones con un solideo en la coronilla. El rabino se ubicó en la cabecera, llenó una copa de vino *kasher* y lo bendijo con la oración tradicional. Luego hizo lo propio con un pan enrulado, y lo repartió entre los comensales.

No había imaginado la cantidad y la variedad de platos preparados por Noemí, y Sara, la mayor de las hijas, una hermosa joven de 17 años, prometida ya en matrimonio.

— Sírvase lo que apetezca —me invitó sonriente Noemí —pero para comenzar le aconsejo el hígado picado con huevo duro y cebolla frita, una maravilla de la cocina *idish*.

Puse manos a la obra y desfilaron sucesivamente torrijas de papa rallada, tripa gorda rellena, cogote de gallina, raviolos de varios tipos, gelatina de patitas de pollo, fiambre vacuno, arenque, pescado relleno a la manera judía, y todo culminó con una torta dulce de fideos.

Pero me esperaba una sorpresa.

— Y ahora —anunció Noemí—, para bajar la comida y no enfermarse nunca, la famosa penicilina judía: una taza de caldo de pollo bien caliente.

—El Todopoderoso me concedió una hermosa prole —comentó el rabino cuando nos sentamos a conversar en la sala mientras la esposa y los hijos ordenaban la mesa del comedor—. El mayor está casado y vive en Israel.

— ¡Doce hijos! Buen número —manifesté—. ¡Mi pobre Agustina no me regaló ni uno solo!

— ¡Debemos aceptar con resignación los designios del Altísimo!

— Los apóstoles también eran doce y llamaban rabí a Jesucristo —respondí tratando de eludir un tema tan doloroso para mí.

— Los grupos apocalípticos abundaban en la Judea romana —terció él.

Pasé por alto la extravagancia con pocas ganas de discutir luego de la copiosa cena.

— Todas las religiones tienen un origen profano, con excepción de la nuestra —dijo el rabino—. Cuanto mayor el lapso entre los comienzos oscuros y la época actual, más se rodean de misterios.

— ¡Hay mil millones de cristianos en el mundo! —lo interrumpí.

— Aunque miles de personas cometan el mismo error, su número no indica que estén en lo cierto —arguyó Aarón.

Volví a disimular la ironía.

— Cien años hacen la diferencia entre cultos y religiones —insistió el rabino—. Con excepción del judaísmo, las creencias siempre tuvieron iniciadores bien humanos. Constantino, por ejemplo, usó un rito de la primera centuria para imponer su fe por razones políticas.

— ¿Por qué excluye a Moisés de la lista? —le pregunté a punto deirme mientras Noemí y los hijos se acercaban con ánimo de participar en la conversación.

— No quise ofenderlo —se disculpó—. El judaísmo es la base de otros credos universales.

— Sin duda —afirmé mientras Judith, una hermosa adolescente de cabellos rubios, nos servía té con limón a la usanza rusa.

Observé que el rabino mordía un terrón de azúcar y sostenía un trozo entre los dientes para endulzar la infusión mientras la tomaba. Intenté imitarlo pero era más difícil de lo que parecía y terminé disolviendo tres terrones en el vaso, como lo hacía siempre.

— Es difícil habitar en un mundo pluralista —comentó Aarón Bercovich—. Mi hijo Efraín, por ejemplo, había decidido partir camino de Buenos Aires y aceptar un cargo de rabino en la comunidad de Puerto Madero, pero finalmente resolvió casarse en Israel con una ceremonia ortodoxa porque el rabinato principal acusa de travestismo judaico a los rabinos conservadores y reformistas. Los tildan de payasos que practican una religión inventada. Por su parte, los travestidos afirman que los ortodoxos son vetustos, achacosos y excluyentes.

— Las luchas políticas dentro de la fe producen más deserciones que la incredulidad y el agnosticismo —le dije.

— Los fieles aceptan lo que son capaces de comprender. El exceso de racionalidad no nos favorece. Percibir los misterios de la religión requiere un intelecto en condiciones de captarlos —afirmó Bercovich.



— La base de la fe sigue siendo el amor —apunté.

— El Todopoderoso ordenó siete normas que todos los seres humanos, judíos o no, deben observar: establecer cortes de justicia, no blasfemar, no caer en la idolatría, no cometer incesto ni adulterio, no derramar sangre, no robar y no comer la carne cortada de un animal vivo. Para nosotros, la obligación se eleva a seiscientos trece. ¿Se las enumero?

— ¿Hay alguien capaz de cumplir tantas obligaciones? —pregunté.

— Por supuesto —respondió Aarón—. El Creador es inabarcable en una sola palabra, el ser humano es indigno de Su amor y está prohibido llamarlo por su Nombre.

— Y escriben D's en lugar de Dios, ¿verdad?

— Claro. Nuestra Alianza Lo reconoce como único soberano. El nos acepta como el pueblo elegido y nos bendice si Lo acatamos, pero siempre nos hacemos añicos porque somos imperfectos y nuestro objetivo esencial es sobrevivir. Nos sustenta la esperanza en el perdón celestial porque la virtud y la obediencia serán compensadas en un juicio posterior a la muerte.

— ¿Podrían adelantar en vida parte de la recompensa? —le pregunté.

— No. La retribución sólo se obtendrá al final de los tiempos. El sufrimiento y el exilio terminarán cuando llegue el Mesías que nos redimirá y nos devolverá nuestras tierras.

—¿Para qué las necesitarán al final de los tiempos? —se me ocurrió preguntar—. Israel surgió como un Estado moderno hace cincuenta años.

— No soy sionista.

— ¿Qué sucederá ahora con los judíos ciudadanos de este país, por ejemplo? —pregunté.

— Seguiremos atados al Pacto hasta que llegue el Mesías —me aseguró Aarón—, a pesar de los hostigamientos, los destierros, las confiscaciones, los asesinatos y las conversiones obligadas. El Shoa fue un pogrom monstruoso.

— La pereza cristiana frente al Holocausto se debe a interpretaciones erróneas del Evangelio —afirmé—. El antijudaísmo ofende a Dios y a la Iglesia. Jesús era judío y no repetiremos los errores del pasado. La Pasión no es imputable a los hebreos de entonces ni a los de ahora.

— Me encantan sus reflexiones —intervino Noemí.

—Gracias, señora. Veo que usted se interesa en la misión de su marido.

— Claro, pero sobre todo en las tradiciones judías y cómo cumplirlas en un mundo gentil.

— Mi inolvidable Agustina también le dedicaba muchas horas a nuestra congregación en Buenos Aires.

— Precisamente —prosiguió Noemí mientras sacaba de la biblioteca un álbum de buenas dimensiones—. Ayer se me ocurrió revisar la carpeta donde guardamos documentos de otra época.

Eligió un sobre al azar:

— Una carta del juez Luis Tedesco —nos explicó—. Tiene más de diez años.

— El juez es un gran amigo —aclaró Bercovich—. Crecimos en una villa cercana donde mi padre era médico. Luego el destino nos separó aunque continuamos cerca en muchos aspectos.

— La vamos a escuchar con mucho gusto, Noemí —aporté tímidamente.

*Puerto Deseado, diciembre 22 de 1987.*

*Apreciado Aarón:*

*Los ritos que celebran a Dios, a la vida o a las estaciones ayudan a explicar los misterios, reafirman la identidad y fomentan el apoyo solidario. Sin embargo, ciertas ceremonias parecen irracionales y no se justifican en un país adelantado como el nuestro. Me refiero a la circuncisión femenina.*

*Tengo el agrado de comunicarte que, de acuerdo con las organizaciones feministas y de derechos humanos, este Tribunal decidió prohibir tales operaciones, incluso las que consienten las interesadas o sus familiares.*

*Extirpar el clítoris y los labios mayores y menores elimina el deseo sexual, atenta contra las libertades individuales y expone a incontables sufrimientos. Los médicos, barberos o comadronas que la practiquen perderán el título y serán condenados a tres años de prisión no excarcelable.*

Noemí se detuvo poco menos que horrorizada y se negó a continuar. Los mayores no nos atrevimos a mirarnos a los ojos mientras los niños hacían gestos y comentaban en voz baja.

— ¿Para qué guardaste esa carta ponzoñosa? —increpó a su mujer el rabino.

—Archivo todas las que recibes de gente importante —aclaró resignada Noemí— y no tengo por costumbre leer tu correspondencia.

— ¡Debí haberla destruido! —se lamentó él.

— Veo que continúa en otra página —advertí.

— ¡Que la lea! ¡Que la lea! —pidió Salomón, un adolescente de cabello enrulado.

Era una cuestión de principios y el rabino tuvo que decidir:

— ¡Adelante! —le ordenó a su mujer.

Noemí prosiguió con voz temblorosa:

*Sin embargo, este Tribunal no entenderá en la circuncisión de los varones practicada especialmente en tu comunidad, estimado Aarón. Los judíos, los musulmanes, muchos cristianos y religiosos de otros credos están habituados a tener el glande a la vista y no desean cambiar su imagen. Por otra parte, la operación no es demasiado peligrosa y parece no afectar el ardor carnal que favorecemos en los hombres y negamos castamente a las mujeres.*

*Si bien hasta el siglo pasado también se aconsejaba como remedio para la histeria, las enfermedades de transmisión sexual, el satirismo e incluso el hipo, sus defensores actuales afirman que el esmegma bajo el prepucio provoca cáncer de útero y de pene, un riesgo mayúsculo donde escasea el agua.*

Noemí concluyó la lectura enjugando sus lágrimas con un pañuelo que sacó del escote.

— ¿Qué quiere decir la palabra circun...? —preguntó Rebeca, la hija menor, una hermosa criatura de cuatro años.

— Sh... —la hizo callar la madre—. De eso no se habla en la sala.

Había llegado la hora de las oraciones vespertinas y el rabino Bercovich me invitó discretamente a continuar el diálogo en otro momento.

Regresé al *Espíritu Santo* por la Avenida de la Costa para gozar de la brisa y tropecé en la entrada del hotel con María y Pedro Antúnez que volvían de Salsipuedes.

— ¿Cómo les ha ido? —pregunté.

— Muy bien —respondió Pedro—. El lugar hace honor a su nombre.

— Bajamos a una caverna —relató María— y nos costó trabajo encontrar la salida.

Cenamos en el comedor del hotel, les conté el incidente en casa del rabino y analicé el esfuerzo que hacemos los fieles para preservar nuestra fe.

— Hablando de Roma... —me interrumpió Pedro sacando una revista del bolsillo—. La *Gaceta Popular* de Salsipuedes publica hoy una carta de lector...

Le pedí que la dejáramos para otro momento pero no me escuchó:

*Nuestro cuerpo es sagrado porque Dios lo creó con su infinita sabiduría, y ninguna de sus partes originales es dispensable ni intercambiable a menos que de esa acción dependa la salud o la preservación de la vida. El prepucio no es una piel sobrante puesto que, de ser así, el Señor nos habría construido sin él.*

*El pene y el clítoris intactos son pues un derecho inalienable de nacimiento.*

*Los adultos circuncisos alegan sentir igual que los indemnes aunque, en verdad, jamás se enteran de la diferencia ya que el ritual tiene lugar poco después del nacimiento o antes de la pubertad.*

— Pedro es circunciso —confesó de pronto María.

— ¿Por qué contarle en público? —le reprochó el marido.

— No veo ninguna razón para ocultarlo —se justificó María.

— Hay pormenores que no deben salir de la intimidad —continuó quejándose Pedro.

— ¡No es para tanto! —entré en la discusión—. Yo también soy circunciso.

— ¿Tú? —exclamaron sorprendidos mis amigos.

— Mi amada Agustina me convenció de que me operara cuando nos casamos. Ella había notado la diferencia entre el aspecto de mi pene y el de sus hermanitos.

— ¿Hermanitos?

— Sí. Tenía cinco del segundo matrimonio de su mamá y ayudó a criarlos. El padre de los niños, obispo de una iglesia luterana, no aconsejaba la circuncisión pero tampoco la prohibía. *Porque en Cristo Jesús ni la circuncisión ni la incircuncisión tienen valor*, cito yo a Gálatas 5,6, *sino solamente la fe que actúa por la caridad*.

— ¿De modo que te sometiste voluntariamente a la tortura? —preguntó irónicamente Pedro.

— ¿Tortura? Agustina era el ser que más amaba en la vida y aunque nuestras relaciones carnales jamás volvieron a ser como antes de la operación, quise hacerla feliz aún a costa de mi prepucio.

## EL ESCRITORIO

"Cuanto más estudio las religiones, más me convengo de que el hombre jamás adorará nada que no sea él mismo."

**Richard Francis Burton**

A pesar de sus setenta años bien cumplidos, Samuel Rosenvaser seguía siendo un buen deportista. Jugaba al tenis dos veces por semana, iba todos los días al gimnasio y caminaba a buen paso las treinta cuerdas que lo separaban de su consultorio en el Barrio Norte, donde transcurría el resto de la jornada atendiendo a cuanto paciente se le presentaba, con una memoria descomunal para recordar los detalles de las consultas porque nunca tomaba notas ni conservaba registro alguno de sus indicaciones.

El audífono disimulado detrás de una oreja le permitía conversar sin que nadie sospechara que oía gracias al aparato. Muy a regañadientes lo había comprado luego de doblarse ante las quejas de la familia por el volumen insufrible con que escuchaba la radio y la televisión.

Volvió a hacer concesiones al comprobar que veía menos a pesar de haber cambiado varias veces los anteojos, y en el Automóvil Club casi no le renuevan su carnet de conductor.

— Tiene que operarse las cataratas —le explicó la doctora Satanowsky—. Si no, se va a quedar ciego en poco tiempo.

La dolorosa perspectiva lo convenció de que eso también le podía suceder a él, aceptó el consejo y a los pocos meses su vida retomó el ritmo de otra época, volvió a manejar el automóvil como en su juventud, y continuó jac-

tándose de que jamás había sufrido un accidente ni arriesgado la vida de nadie a pesar de su afición a la velocidad.

Pero todo cambió cuando comenzaron los dolores en el pecho porque esta vez el sufrimiento era insoportable y no bastaron los comprimidos bajo la lengua que él mismo se había recetado. Alegó que estaba cansado de la rutina para tomarse un mes de vacaciones en Mar del Plata, disminuyó sus horas de consultorio y empezó las gestiones para jubilarse.

— Consultá a un médico —le dijo Paulina, la esposa—. No me mirés con esa cara. Sos un ser humano como cualquier otro. ¿O no? Te pasa algo serio y tu aspecto es horroroso.

— No confío en mis colegas —se lamentó él—. ¡Practiqué la medicina tantos años...!

—Dejate de pavadas —machacó ella—. Te doy dos días para ir solo o te llevo de una oreja.

— No lo intentes. Todavía soy más fuerte que vos.

Samuel releyó sus libros de estudiante, pasó un par de días en la biblioteca de la Facultad y visitó *El Ateneo* y las librerías próximas al *Clínicas*, pero acudió finalmente a Israel Waingortin porque era mucho más que un colega destacado o un simple amigo: lo apreciaba por su inteligencia, su sensibilidad, su sentido común, y nunca habría confiado en alguien que no respetara profundamente.



Ambos provenían de las colonias judías de Entre Ríos, estudiaron en la Universidad de Buenos Aires, participaron en la actividad política que precedió a la reforma universitaria de 1918, y ejercieron su profesión en el campo antes de mudarse a la ciudad.

Muchos años después se encontraron en un curso de Antropología del Museo Social Argentino. Rosenvaser había preparado un texto que leyó ante sus colegas:

*Memento morí, recuerda que morirás. Cumplimos nuestro programa biológico como cualquier especie. Una rata vive tres años, un perro hasta quince, un caballo treinta, un elefante más de cien. En el Cáucaso y Bolivia abundan los centenarios y no sería extravagante alcanzar los ciento veinte años siempre y cuando superemos las enfermedades vasculares, las genéticas e inmunitarias, el cáncer y las infecciones, moderando los hábitos, ejercitando la templanza, equilibrando la alimentación y, desde ya, reduciendo las intoxicaciones y los accidentes.*

— ¡Qué curioso! —interrumpió Isaac Gurevich, miembro de una sinagoga reformista en Olivos—. ¡Ciento veinte años es el límite ambicionado por nuestros mayores!

Rosenvaser prosiguió:

*Millones de seres desaparecieron antes del hombre. Comenzada la vida, las enzimas aceleraron los procesos químicos y se crearon nuevos individuos que originaron otros más perfeccionados hasta que en pocos millones de años llegamos a la creación más extraordinaria de la naturaleza, el cerebro y la mente. El futuro sigue lleno de logros imprevisibles.*

— Esto me huele a materialismo izquierdista —murmuró Roque Denegrí, un católico del *Opus Dei*.

Waingortin también aportó su opinión:

— Según Freud —dijo—, la muerte no figura en los mecanismos inconscientes. Sólo forma parte de la *conciencia*. El ser humano es incapaz de aceptar su fin. Por desgracia la lógica y la filosofía no colaboran demasiado. Para Santayana, morir es triste porque las cosas deben perdurar y acaban antes de tiempo, pero es sólo un anhelo sentimental que no llega al núcleo del conflicto.

—¡Los médicos siempre acuden a la ciencia y se olvidan de la religión! —reflexionó Sebastián García, miembro de la iglesia metodista de El Talar—. Sólo las *Sagradas Escrituras* nos dan una explicación coherente del más allá.

Samuel terminó de leer su trabajo, molesto por las interrupciones:

*Alguna vez el hombre enseñará a sus hijos a no temer la muerte y encararla con naturalidad. Les dirá, por ejemplo: vives, luego, un día, vas a morir. Transita tu camino en plenitud. Ama a tus semejantes, protege y mejora tu entorno, procura llegar al tiempo máximo de tu especie y, al final, intégrate serenamente al mecanismo universal que condicionó tu presencia en el planeta.*

Entonces tomó de nuevo la palabra el doctor Waingortin:

—¡Qué ingenuidad espeluznante! Nadie quiere desaparecer, y tranquilizarnos con respecto a la muerte no nos hará vivir ciento veinte años. El ser humano jamás conseguirá educarse para aceptar que la vida se termina...

Rosenvaser intentó rebatirlo pero temió que de seguir en ese tren (¿ese tren?), peligraría su amistad de tantos años. De pronto recordó el incidente de Las Pirquitas...

Israel Waingortin se había casado con Berta Feinstein poco después de graduarse. Estaba ansioso por instalar su consultorio, y un amigo de Santa Fe le sugirió visitarlo para explorar las posibilidades. Pasó un par de semanas entrevistando sin éxito a amigos y conocidos hasta que finalmente decidió tomar el tren y buscar un sitio al azar.

Ciertas cosas sólo se hacen a los veinticinco años y su proyecto no le pareció descabellado.

Una mañana subió a un vagón de segunda clase del Ferrocarril Belgrano y se sucedieron las poblaciones: San Justo, Ataliva, Humberto, Juárez, Las Pirquitas. El nombre le recordó a su amigo Rosenvaser que se había graduado dos años antes que él y que, según decían, se instaló en esa localidad donde en pocos meses logró comprar una casa y un automóvil.

Israel bajó del tren frente a una calle de barro con una docena de casas de ladrillo sin revocar. Salió de la estación y le hizo señas a un muchacho que se acercaba a caballo:

— ¿Sabés dónde vive el doctor Rosenvaser?

— *Ahisito nomáh*, señor —le contestó—. Atravesando la *caie*.

Hizo sonar el llamador junto a la chapa de médico, y Samuel en persona le abrió la puerta y lo invitó a pasar:

— ¡Qué gustazo verte después de tanto tiempo!

— Uno se acuerda de los amigos cuando los necesita —respondió Israel.

Samuel le sirvió café, conversaron un rato y finalmente le preguntó:

— ¿Se puede saber qué andás haciendo por acá?

— Busco un lugar para establecerme.

El dueño de casa se puso serio.

—¿Instalarte en este pueblo...?

Israel asintió.

— ¡Haceme caso! No malgastés tu vida. La gente no tiene dinero ni para comer y te pagan las consultas con gallinas y huevos. ¡Aquí apenas hay lugar para un solo médico!

— ¡Pucha qué mala suerte! —respondió Waingortin—. ¡Pensé que...! ¿Sabés de otro sitio donde haga falta un clínico con ganas de trabajar?

— No quiero meter la pata porque me lo vas a echar en cara toda la vida —le contestó francamente Samuel.

Israel levantó la valija para volver a la estación.

— ¡No tenés que irte ya mismo! —balbuceó Rosenvaser—. Pasá la noche en casa y tomás el tren mañana.

Paulina preparó bifés con papas fritas para la cena que rociaron con un tinto mendocino y, en la sobremesa, Israel halagó a la mujer con galanterías que no le cayeron bien al marido.

— ¡La gran siete, che! —gruñó Samuel—. ¡Te tratamos como un príncipe y te permitís decir esas gansadas!

Israel se levantó de la mesa, se acostó a dormir y partió temprano sin despedirse.

— ¡Pasó tanta agua bajo los puentes! —reflexionó Rosenvaser—. ¡Qué extraño que lo recordara hoy!

— Creo haber llegado a los setenta con buena salud—, trató de disimular el miedo Samuel en el consultorio—, pero ya no soy ningún pichón.

El doctor Waingortin le hizo un electrocardiograma después del examen clínico, y lo invitó a sentarse junto al escritorio, pero mientras le decía *todo anda bien*, Samuel cayó muerto sobre la alfombra como fulminado por un rayo. Waingortin sabía lo que tenía que hacer: masaje cardíaco, respiración boca a boca más de media hora, inyectables, pero finalmente se dio por vencido ante el peor desastre de su vida médica. Buscó entonces el *electro* que había dejado sobre el escritorio y lo revisó detenidamente:

— ¡Apenas alguna anomalía sin importancia!

Había faltado la enfermera y estaba solo.

— ¡Justamente hoy! —pensó indignado—. ¿Qué les digo a los pacientes? ¡Creerán que yo lo liquidé!

De pronto recordó, él también, la riña en Las Pirquitas con el amigo que muerto se había convertido en su peor enemigo. ¡Qué mal se había portado Samuel cuando más lo necesitaba!

Alguien golpeó la puerta. Israel la entreabrió:

— ¿Me podrá atender, doctor? Mi tumor era a las cuatro.

— Tengo una jaqueca horrible —carraspeó Israel—. No lo podré examinar hoy. Llame por teléfono para pedir otra cita.

— ¡Qué falta de respeto! ¡Este país anda cada día peor! —murmuró el hombre mientras cerraba la puerta indignado.

Waingortin arrastró el cadáver hasta la camilla, lo levantó a duras penas, y casi vomita al tocar los pantalones empapados. Le corrió un frío por la espalda cuando le pareció que Rosenvaser lo miraba con los ojos fijos y las pupilas dilatadas, se apresuró a cerrarle los párpados, tragó medio comprimido de Lorazepán que encontró sobre el escritorio, y recién entonces llamó por teléfono a Paulina para contarle que el marido *se había descompuesto* y que debía venir a buscarlo.

Cubrió el cuerpo con una sábana y fregó la alfombra con un trapo de piso.

— ¿Estoy borrando las huellas de un crimen? ¿Acaso lo maté? ¡Hice lo imposible por salvarlo!

Se acomodó en el sillón detrás del escritorio junto a la ventana:

— ¡Qué distinta se ve la muerte detrás del escritorio! —pensó.

Sintió que se ahogaba, que le subía un calor a la garganta e hizo un esfuerzo por respirar mientras los ojos se le llenaban de lágrimas:

— ¡Pobre de mí! ¡Pobre de mí! —sollozó—. ¡A esta altura de mi vida!

Enjugó las lágrimas con un pañuelo y sintió una enorme piedad por sí mismo. Lamentaba la muerte de Rosenvaser, pero su lugar como médico estaba *detrás del escritorio*. Debía poner distancia entre la emoción y el deber y asegurarse de que no había cometido ningún error.

De pronto sonó el timbre, llegaron Paulina y los hijos, lloraron junto al cadáver, corrieron la sábana y le besaron la frente mientras Israel explicaba:

— ¡No pude hacer nada! ¡Fue un infarto masivo!

— Usted trató de ayudarlo, doctor. Mi marido estaba muy enfermo. Podía ocurrirle en cualquier momento.

Waingortin salió a dar una vuelta por el parque después que retiraron el cadáver, y caminó una hora antes de contárselo a Berta. No iba a tolerar ningún reproche de su mujer, ninguna crítica y, por lo tanto, mediría las palabras:

— ¡Pobrecito! —se abstería de exclamar—. ¡Qué buen tipo! ¡Se murió!

Berta deduciría que algo anduvo mal. Que metió la pata. Que no hizo lo que debía en el momento oportuno. No mencionaría la fragilidad de la vida ni el destino del ser humano porque ella lo descubriría inmediatamente.

— ¿No lo habrás matado? ¿No? —temía un gesto de incredulidad.

Se tranquilizó y subió al departamento.

— Llegás tarde. La cena esta fría —le reprochó Berta.

— Tuve que salir de un despelote.

Le contó todo. Samuel no era un hombre cualquiera, un enfermo más. Era su camarada de los años mozos, el colega reflexivo de la madurez.

— Son gajes del oficio —contestó ella.

— Hice todo lo que pude.

—¿Llamaste a los amigos? Uno tendrá que hablar mañana en el entierro.

— Espero que Denegri acepte. ¡Mientras no me carguen con el fardo!

— ¡Ah! Publicá el aviso fúnebre en *La Nación*. Nos hacen un descuento por ser miembros del *Club de Lectores*, ¿no?

## ANDRÓMEDA

"Para hacer una tarta de manzanas,  
primero tienes que crear el universo."

**Cari Sagan**

No quiero polemizar sobre las ideas de mi padre, pero si hoy pudiera hablar con él le diría que no logro imaginar a la Tierra yerta ni al Sol a punto de morir.

Papá estaba convencido de que tarde o temprano eso iba a ocurrir aunque no percibiéramos los indicios. Sin embargo, creo que en realidad a él lo obsesionaba su propio fin porque tampoco advertía las señales.

— ¿El mundo se extingue acaso cuando uno se va?  
—reflexionó una vez.

Lo cierto es que mi vida cambió a partir de la noche en que sonó el timbre mientras leía en el *living* después de cenar. El reloj del campanario había dado las once y Renata y los chicos dormían. Espié por la ventana. Era un hombre delgado, de unos cuarenta años, de *jeans* y remera.

— Tengo que entregarle unos papeles importantes  
—dijo.

Abrí la puerta sin desenganchar la cadena de seguridad y deslizó por la rendija un portafolio abultado.

— ¡Mire lo que hay dentro! —me indicó.

Corrí el cierre y amontoné sobre el bargueño una cantidad de manuscritos, recortes de periódicos, una libreta de enrolamiento y muchos billetes de veinte dólares, no menos de cincuenta.

— ¿Y esto? —le pregunté.

— Es suyo. Su padre lo llevaba cuando murió.

— ¿Está seguro?

— Yo lo maté.

No me explico cómo diablos dejé entrar a ese sujeto sin llamar a la policía. Soy un tipo pacífico, no sé usar armas y es fácil voltearme de un puñetazo. Me obsesionaba la idea de encontrar al asesino, lo había logrado y sentía más curiosidad que odio, más asombro que deseos de venganza.

El hombre observó con atención el *living*:

— Me llamo Héctor Varela —dijo.

— ¿Por qué se le ocurrió aparecer después de tanto tiempo? —le pregunté.

— Tuve mis razones. Cuando sucedió yo era un chiquilín que consumía cocaína a rolete y robaba para conseguirla. Tenía una Triumph 600 con la que corría carreras por las calles. Drogas y motos son una pésima combinación. Un día me encontré con su viejo. Fue un instante nomás. El cuerpo voló por el aire y la cabeza estalló junto al cordón de la vereda. Tuve miedo de que me agarraran, le di un tirón al portafolio y me escapé a cien por hora.

Parecía increíble. Yo soñaba todas las noches con el accidente y me despertaba bañado en sudor a punto de atrapar al homicida. Ahora lo tenía frente a mí.

— ¿Cuánto hace que vive acá?

No le contesté y él avanzó en el cuarto como si lo conociera. Revisó las paredes, los cuadros, la biblioteca, y se detuvo ante una fotografía de Stonehenge:

— ¿La sacó usted?

— Yo tengo una igual —me explicó—. En el sur de Inglaterra usaban esas piedras para predecir los solsticios, los equinoccios, los eclipses y los cambios de estación.



Ojeó un par de tomos de las *Obras Completas* de Copérnico, Tycho Brahe, Galileo y Kepler, y miró con atención las reproducciones en escala de varios astrolabios y sextantes que el viejo le compró a un anticuario en Venecia.

— Nadie los quiere en estos días —le mentí.

Los examinó uno a uno y fue dejándolos sobre el escritorio:

— No me sorprenden estos instrumentos —me dijo esbozando una sonrisa—. Soy astrólogo. Como su padre.

— ¿Mi padre?

— Claro.

— Se equivoca. Nunca lo entusiasmó la astrología.

— Me consta que sí. Conocía muy bien la influencia de los astros en el destino de las personas.

Lo observé detenidamente y llegué a la conclusión de que no podía ser un forajido. Tenía los dedos finos y delicados, las uñas pulidas y un reloj pulsera con los signos del Zodíaco. Me pidió el portafolio y sacó un recorte más de un diario viejo.

— Tome. Lea los párrafos marcados.

Reconocí la manera de subrayar de papá palabra por palabra con una línea ondulada y descifré con dificultad la hoja amarillenta:

*La vida en la Tierra consumió ya tres cuartas partes de su tiempo. El Sol comenzará a morir dentro de 11.000 millones de años. Primero se enfriará, después perderá tamaño, se agotará el combustible termonuclear y, finalmente, se transformará en una enorme masa gris.*

— Esto no prueba que a mi viejo le interesara la astrología —le dije—. Era médico y lo cautivaban todas las manifestaciones de la ciencia, el arte y la filosofía.

— ¿Recuerda qué día cumplía años?

— ¡Por supuesto! El 15 de junio.

— ¿Vio? Era de Géminis. Un signo de aire gobernado por Mercurio, el mensajero de los dioses. Los geminianos

somos ingeniosos, sagaces, volubles, conversadores, imaginativos y nos pasamos la vida tragando libros.

— ¿Usted también?

— Su viejo se empeñaba en hacer muchas cosas al mismo tiempo, se aburría fácilmente, opinaba sobre cualquier tema pero su erudición cautivaba más que su sensibilidad.

— ¡Hay tanta gente así! Eso no guarda relación con la fecha de nacimiento.

— Tiene muchísimo que ver —insistió Varela—. De paso, ¿era creyente?

— No. Combatía los dogmas. Decía que en las guerras religiosas se mataba invocando a Dios, de la misma manera que luego se asesinó en nombre de teorías racionales como el capitalismo y el marxismo.

— Mm... Aquí está lo que realmente opinaba de la fe.

Sacó otro manuscrito del portafolio. Era la letra de papá:

*Kirkegaard afirma que la devoción es una tarea más que un sostén, un dilema que se vive más que una evidencia que deba probarse —leí—. Sin embargo, el mundo más allá de la percepción del hombre está atiborrado de fallas humanas. Los cultos se contradicen y desembocan en discordias y luchas fanáticas. Intervienen en política sin evitar las guerras, los odios ni la opresión.*

— En la antigüedad, la astrología y la astronomía se consideraban ciencias complementarias —me interrumpió Varela.

— ¿Qué tiene que ver eso con la religión? —le pregunté.

Sacó de la estantería uno de los tomos de las *Obras Completas*, lo ojeó y señaló una página:

— La Iglesia hostilizó a Galileo por defender las ideas de Copérnico.

— No era fácil sostener que la Tierra gira alrededor del Sol cuando la fe reconocía todo lo contrario —aporté—. Sólo la teología y la lógica formal tenían el privilegio de investigar los fenómenos físicos.

— Tardaron cuatro siglos en aceptar que el sabio no estaba equivocado pero, en su tiempo, lo metieron preso por hereje —me contestó Varela.

— No se pueden trasladar a nuestra época las polémicas del Renacimiento.

— De acuerdo, pero siempre que las creencias compiten con el libre albedrío, lo sobrenatural termina por reinsertarse en la sociedad. El fundamentalismo es precisamente la irracionalidad de quienes escuchan la voz de un dios para satisfacer su frenesí metafísico.

Preferí no hacer comentarios y continué revisando el manuscrito de papá.

— *La vigencia de los credos —leí en voz alta— depende del temor que inspiran las enfermedades y la muerte, del ideario del poder de turno, de la prédica repetitiva y de la educación de los niños.*

— ¡Continúe! ¡Continúe! —me alentó Varela.

— *A pesar de la religión, el hombre sigue siendo el principal depredador del planeta, ataca a sus congéneres y goza en su afán de exterminio aunque involucre el riesgo de autodestruirse.*

— ¡Qué poco nos conocíamos, papá! —pensé para mis adentros.

— Hay personas que jamás dialogan con sus hijos —pareció adivinar Varela—. Se limitan a convivir y terminan separándose como extraños. ¿Alguna vez trató temas importantes con él?

— Toda la vida —le aseguré.

— ¿Nunca hablaban de la muerte? —me interrumpió Varela

— Se sentía muy bien, sospechosamente bien. Mis últimos años son apacibles —dijo una vez—. A pesar de la edad no estoy deteriorado y nada apunta a mi fin. No lo preveo ni tomo precauciones. Huelo que el destino me acecha porque no me da señales. ¡Estoy anclado en el océano, no hay signos de tormenta y voy a naufragar cuando llegue el temporal!

— ¡Vamos, papá! ¡Asustarte porque no te pasa nada! ¡Tenés miedo de morir de golpe! ¡Sos un gallina! —le contesté.

— ¡No creo que sea tan disparatado temer a la muerte! —me interrumpió Varela.

Agregué un leño al hogar, avivé la llama y me detuve a mirar el diploma de papá colgado en la pared.

— Gracias. Tenía frío —me dijo el visitante—. Siga hablándome de su padre.

— Cuando era chico, me aburría escucharlo contar sus desventuras como médico de campo. Lo consultaban por dolencias graves o banales, problemas de familia, decisiones financieras o, simplemente, para *sacar las castañas del fuego*. Ejercía una medicina *a tout faire*, como la llamaba, apta para todo servicio. No amasó una fortuna pero logró retirarse a los sesenta y cinco. Vivió de renta y se dedicó a leer y a viajar por el mundo. Con la misma pasión que puso en su tarea, ejerció también la jubilación.

— Recuerdo la época en que tropezó con el *Big Bang* —continué—. Enseguida se entusiasmó con esa teoría que, según él, desmantelaba las creencias míticas. El mundo se había creado hacía 15.000 millones de años a raíz de una tremenda explosión atómica.

"— Imaginemos que el estallido ocurrió el primer día de enero y hoy es 31 de diciembre —me explicó—. De noche aparece el ser humano. En las últimas dos horas avanza la civilización y en el minuto final se universaliza la cultura,

los vehículos espaciales intentan hallar inteligencia extraterrestre y la humanidad crea fórmulas infalibles para aniquilarse.

"— ¡Bravo! —protesté—. Pero me mandaste a estudiar catecismo antes de tomar la comunión.

"— ¡Eso fue hace mucho! —se disculpó—. Hoy pienso que la ética no requiere ninguna base devota porque promueve por sí misma la compasión, la educación y los vínculos sociales. Según Einstein, hay una religiosidad cósmica en la ciencia que no reconoce dogmas, se asombra al descubrir leyes universales y acepta el azar y la regularidad de los acontecimientos. Sin embargo, la física no superará jamás a Shakespeare. Para conocer el sentido de la vida, el monólogo de Hamlet seguirá siendo más ilustrativo que las matemáticas y la teoría del quantum.

"— No te entiendo —admití.

"— Para mí está claro —insistió él—. Estamos atrapados en una realidad con dos polos: las verdades reveladas de la religión y las afirmaciones cambiantes de los científicos. En el centro de ese dilema se ubica el hombre común que hace concesiones a los dos extremos."

— Me atrevo a reconocer hacia cuál de los dos se volcaba su papá —me interrumpió Varela.

— No se lo voy a discutir. Una vez quiso renovar el seguro de vida, pero por la edad el promotor intentó cobrarle una suma desorbitada. Salió indignado de la oficina. Cruzó la calle en la mitad de la cuadra, lo atropello una motocicleta y cayó muerto junto al cordón de la vereda. Pasaban las horas y no volvía a casa. Lo buscamos en los hospitales y en los sitios que solía frecuentar. A la mañana siguiente nos llamaron para reconocer un cadáver en la morgue. Era él.

— Su papá había dispuesto que lo cremaran, ¿no? —preguntó Varela.

— ¿Cómo sabe?

— Encontré el acta entre los papeles.

— Contaba con que respetaríamos su voluntad, pero a último momento mamá no transigió y lo enterramos en la Chacarita.

Escuchamos las cinco campanadas del reloj. Amanecía y el diálogo comenzaba a decaer cuando me dijo:

— Hace poco encontré el portafolio en el fondo de un cajón y saqué al azar un manuscrito. Mire, aquí está:

*Antes de desaparecer —leyó Varela— la Tierra se poblará de seres capaces de vivir en un ambiente enrarecido y el hombre se comunicará con individuos de otras galaxias para emigrar a un sistema más seguro. Cerca del final una cámara de televisión abandonada por los humanos transmitirá imágenes del Sol extinguiéndose en un desierto rojo lleno de humo mientras el vehículo espacial endereza hacia el nuevo hogar de la humanidad.*

— Esta frase me cambió la vida —susurró Varela—. Sé en qué galaxia se encuentra *el nuevo hogar*. Consta en los escritos de su papá.

— Bueno, hombre. No veo por qué lo preocupa un acontecimiento fortuito que, en todo caso, podría ocurrir dentro de millones de años —le respondí.

Sus ojos se llenaron de lágrimas:

— Hace poco me enteré de que tengo SIDA y vine a entregarle sus bienes. Me hice cargo de ellos cuando él ya no los necesitaba.

— Es una manera singular de ver las cosas. ¡Usted lo mató!

— Llame a la policía, si le parece. A esta enfermedad no le interesa la justicia.

— ¡Qué novedad!

— Mire la foto en la libreta de enrolamiento de su viejo —me la mostró—. Es igual a mí.

— El parecido es asombroso.

— Vea la fecha de nacimiento. Con excepción del año, es la mía. Dentro de poco se va a cumplir otro aniversario del accidente.

Sentí piedad por el infeliz que asesinó a mi padre:

— Hágase tratar y vivirá. En cualquier momento va a aparecer una forma de curarse.

— Me costaba aceptar que mi muerte era inevitable hasta que nos reunimos anoche —me dijo Varela—. ¿Con quién?

— Con el viejo, con su papá.

— Déjese de tonterías. Usted quiere contarme que soñó.

— Dije que me reuní con él. ¿Le parece extraño?

— Inconcebible.

— No es menos absurdo que usted y yo podamos dialogar como gente civilizada.

— A mí también me sorprende. En otra época juré vengar su muerte.

— Yo sólo lo maté físicamente, entiéndame bien. Le aseguro que su padre y yo siempre constituimos la misma persona —insistió el visitante.

— ¿La misma persona?

— Sí.

— ¿Quiere sugerir que usted y él...?

— No lo dude. Desde anoche, estamos dispuestos a partir.

— ¡Qué disparate!

— Centenares de iniciados comenzaron ya el éxodo a la galaxia de Andrómeda, el nuevo hogar de la humanidad donde no existe el tiempo y la vida es eterna. No queremos contaminar el universo con los gérmenes de la Tierra. Tal vez por eso vinimos a devolverle los papeles y el dinero. Viajaremos en cualquier momento. Quizás hoy.

## ÍNDICE

La Trinidad de Mateo Benegas.....	9
La familia de Isaac.....	29
El sonido cósmico .....	41
Pollos .....	51
Santa Cleopatra .....	63
El sentido de la vida.....	71
Jacinta y Eduviges .....	79
Los asesinos.....	83
La inversión.....	97
Kadish .....	107
La cortina .....	117
El ojo ajeno .....	127
El escritorio .....	141
Andrómeda .....	149



Desde la desmesura alucinatoria de un santurrón hasta la parábola, en clave fantástica, de un médico acuciado por lo que Paul Éluard llamó *le dur désir de durer*, los catorce relatos que integran este nuevo libro de Alberto Kaplan promueven en su lector un apetito hoy infrecuente: el de una curiosidad inteligente que hace del buen argumento su alimento y, del espíritu crítico, su sazón. Atravesadas por el humor y la ironía, y construidas desde una erudición que evita la pedantería al ser solidaria con el fluir de los hechos, estas *Historias con cristianos, judíos e incrédulos* revisitan con calculada distancia aquello que anuncian desde el título: los dogmas religiosos, sus prescripciones bien y mal entendidas, la razonada suspicacia del ateo, la prescindencia del agnóstico. Cristianos o gentiles, criollos o inmigrantes, pobres o ricos, ruines u honorables, los atribulados seres de estos cuentos se enfrentan, abrumados por las pesadillas de la Historia, a la penosa disyuntiva entre *creer o no creer*. Y, entre todas las voces que componen ese coro mixto de feligreses y forasteros de toda creencia, una de ellas se destaca por su coloratura: aquella que nos recuerda que, si la fe puede mover una montaña, el ateísmo es capaz de pulverizarla; y que sólo una razón abierta a los mecanismos del asombro puede ofrecernos el módico consuelo de una comprensión tolerante. No sería errado reconocer, en esa voz, al autor de estos cuentos. Un demiurgo ácido y desencantado, pero no lo suficiente como para desconfiar de ese penúltimo recurso que es la buena literatura.

**Guillermo Saavedra**